

## CAPÍTULO DOS

*Loyola, vestido como caballero, abandona el domicilio familiar sin haber comunicado a nadie su intención de hacerse peregrino y viajar hasta Jerusalén. Como primer destino se ha propuesto el monasterio de Montserrat, donde llega con la idea de realizar una confesión general que le limpie de pecado para, después, velar armas ante el altar de la virgen y cambiar el vestido civil por el de peregrino.*

*Don Quijote abandona el domicilio sin dar parte a nadie de su intención y con la idea de viajar por todo el mundo. La primera parada es una venta, que él imagina castillo, donde, tras una esperpéntica cena, espera velar armas y ser armado caballero.*

### MEDITADO ADIOS A LA ‘ALDEA’ DE LOYOLA

Tras la “visitación” de “nuestra Señora” y la confirmación en el nuevo estado, el gentilhomme Iñigo López de Loyola, ya en su fuero interno transformado en Ignacio de Loyola, se dispone a abandonar la casa familiar.

Aun no tiene la pierna recuperada del todo y carece de un plan concreto para el futuro pero, influido por el prólogo de fray Gauberto María de Vagad al *Flos Sanctorum* y por la *Vida de Cristo* de Ludolfo de Sajonia, en su mente bulle la idea de viajar a Jerusalén para conocer y vivir permanentemente en los lugares frecuentados por Cristo.

También se agita en su cabeza el deseo de peregrinar, de vivir errante realizando el bien, otra idea tomada de los inicios del *Flos*, donde Santiago de la Vorágine divide la historia de la humanidad en cuatro etapas o ‘eras’: de la desviación, de la renovación, de la reconciliación y de la peregrinación. La última, era de la peregrinación, “abarca la vida presente, que es tiempo de incesante caminar y de lucha constante”<sup>538</sup>, y se extiende desde el hoy en que se escribió el libro hasta el hoy en que vive Iñigo, o el hoy de quien comience su lectura en cualquier época.

Imbuido, pues, de esa idea “de incesante caminar y de lucha constante”, tan afín al ideal caballeresco y militar que acaba de abandonar, el ‘nuevo’ hombre-peregrino, a quien llamaremos ya Ignacio, solo desea salir

**Pensaba muchas veces** en su propósito, **deseando** ya ser sano del todo para **poner en** camino [...] Y echando sus cuentas, qué es lo que haría después que viniese de Jerusalén para que siempre viviese en penitencia, ofrecíasele meterse en la Cartuja de Sevilla, sin decir quién era para que en menos le tuviesen y allí nunca comer sino yerbas. Mas cuando otra vez **tornaba a pensar** en las penitencias, que **andando por el mundo** deseaba hacer, resfriábasele el deseo de la Cartuja, temiendo que no pudiese ejercitar el odio que contra sí tenía concebido. Todavía a un criado de casa, que iba a Burgos, mandó que se informase de la regla de la Cartuja, y la información que de ella tuvo le pareció bien. Mas por la razón arriba dicha y porque **todo estaba embebido en la ida que pensaba presto hacer**, y aquello no se había de tratar sino después de la vuelta, no miraba tanto en ello; antes, hallándose ya con algunas fuerzas, le pareció que era **tiempo** de partirse. (R, 11-12).

Hasta tres veces repite el narrador el verbo ‘pensar’ asociado a la idea obsesiva de no poder dejar de hacerlo, de encontrarse obcecado (“Pensaba muchas veces”, “tornaba a pensar”) y absorto en dichos pensamientos (‘todo embebido’).

Le obsesiona “la ida que pensaba presto hacer”, abandonar la casa del hermano e irse por el mundo haciendo penitencias. Es tal el deseo de poner en práctica los

---

<sup>538</sup> Vorágine 1996: 19.

pensamientos que, sin aguardar a encontrarse bueno del todo, “le pareció que era tiempo de partirse”.

### MEDITADO ADIÓS A LA ‘ALDEA’ MANCHEGA

Una vez Alonso Quijano convertido en don Quijote e investido de los elementos que le caracterizan como caballero andante, lo único que necesita es empezar “a vivir como tal, o, si se quiere, a representar”<sup>539</sup>, pues el “loco hace realidad sus fantasías sin conciencia de ello, esto es, engañándose sin saberlo”<sup>540</sup>

Hechas pues estas prevenciones, no quiso aguardar más **tiempo** a poner en efeto su **pensamiento**, apretándole a ello la falta que él **pensaba** que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que **pensaba** deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que emendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer.

Así comienza el segundo capítulo de la novela, con el hidalgo ya transmutado en don Quijote y convencido y pertrechado para poner inmediatamente en práctica los pensamientos que le acosan, según pone de manifiesto el narrador repitiendo, hasta tres veces, el concepto ‘pensar’ asociado a la idea de agobiarse (“apretándole”) por el acuciante deseo de poner en marcha algo fervientemente deseado.

Comparando el contenido de este fragmento con el del Relato, la voluntad imitativa resulta casi evidente

RELATO	QUIJOTE
<u>Pensaba</u> muchas veces en <u>su propósito</u> , deseando <u>ya</u> ser sano del todo para se <b>poner en</b> camino [...] otra vez <u>tornaba a pensar</u> en las penitencias, que <u>andando</u> por el <b>mundo</b> deseaba <u>hacer</u> [...] <u>todo</u> estaba embebido en la ida que <b>pensaba</b> <u>presto hacer</u> [...] le pareció que era <b>tiempo</b> de partirse	no quiso aguardar más <b>tiempo</b> a <b>poner en</b> efeto <u>su pensamiento</u> , <u>apretándole</u> a ello la falta que él <b>pensaba</b> que hacía en el <b>mundo</b> su tardanza, según eran los agravios que <b>pensaba</b> deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que emendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer

Además del contenido paralelo, del estado de agitación y zozobra de ánimo que transmiten ambos narradores, resultan también análogos el deseo de salir de Ignacio y el de don Quijote. En los dos se aprecian grandes dosis de ingenuidad, de obstinación por hacer lo mismo que han leído en los libros, de querer repetir las hazañas de sus héroes pero sin calibrar, todavía, los grandes esfuerzos y sacrificios que conlleva. El referente indiscutible es el concepto ‘pensar’, repetido en tres ocasiones en ambos fragmentos y, también, la idea de irse por el ‘mundo’.

Ignacio desea vivir siempre haciendo penitencias “andando por el **mundo**”, prácticamente lo mismo que don Quijote, cuyo propósito es igualmente genérico, remediar los problemas del mundo. Ambos parten convencidos de la necesidad universal de sus hazañas, ignoran qué misión desempeñarán con exactitud, pero creen imprescindible su entrega, su heroísmo.

<sup>539</sup> Torrente 2004: 67.

<sup>540</sup> Castilla 2005: 55.

Las acciones que cada uno se propone, llámense penitencias, servicios<sup>541</sup> o defensas, pueden englobarse dentro del proyecto que, según Vargas Llosa, identifica a un caballero andante, o a un religioso: “un individuo que, motivado por una vocación generosa, se lanza por los caminos, a buscar remedio para todo lo que anda mal en el planeta”<sup>542</sup>. De hecho, la mayoría de las actuaciones seleccionadas por el narrador de la novela (“agravios<sup>543</sup> que pensaba deshacer, turtos que enderezar<sup>544</sup>, sinrazones que emendar, y abusos<sup>545</sup> que mejorar, y deudas que satisfacer”) encuentran su paralelo, como se aprecia en las notas a pie de página, en comportamientos de Loyola recogidos en el Relato o la Vida.

Loyola elige la peregrinación como una redención. Don Quijote decide, también para redimirse, salir en busca de aventuras, de vivencias.

Ambos sueñan con vivir experiencias heroicas y sobrehumanas a las que van a lanzarse temerariamente porque se sienten protegidos, inmunes. La aspiración de santidad, o caballería, les incita a extremar, a llevar al límite, las virtudes humanas. Quieren transformarse en héroes virtuosos y dignos de admiración, de veneración, en ejemplos a seguir por quienes, sumidos en la vulgaridad, necesitan un referente.

### TIEMPO DE PARTIR

Loyola sale de casa sin un proyecto preconcebido. Su gran objetivo es alcanzar la santidad, aunque ignora cómo lograrlo. Solo ha previsto, por ahora, velar armas en Montserrat, vestirse como peregrino e iniciar el viaje hasta Jerusalén. El resto, igual que a don Quijote, se lo irán sugiriendo sus héroes librescos.

Ambas salidas son fruto de un largo proceso imaginativo y meditativo, de una idea pensada y anhelada desde antes y durante el tiempo de las “prevenciones”, de ahí la significativa presencia en ambos textos del vocablo ‘tiempo’, el concepto que marca el fin de la etapa meditativa y abre el de la peregrinación activa, el “tiempo de incesante caminar y de lucha constante”

RELATO	QUIJOTE
le pareció que era <b>tiempo</b> de partirse	no quiso aguardar más <b>tiempo</b>

Tanto Loyola como don Quijote han llegado a una misma conclusión: intervenir para remediar los males del mundo. Han asumido la responsabilidad del héroe, entregarse a una causa. Y lo hacen, como dice L. A. Pérez refiriéndose a don Quijote, "no porque su destino lo fuerce sino porque él mismo se lo propone"<sup>546</sup>, porque acaba de iniciar una andadura similar al peregrinaje de Loyola, un largo recorrido guiado por una idea liberadora para sí mismo y de ayuda a la humanidad, aunque, al mismo tiempo, movido por un último deseo de fama y gloria universal y eterna.

<sup>541</sup> “Su mística es una mística de servicio, del más elevado servicio. Algunos han ido incluso muy lejos en esta dirección, al cabo de la cual han caído en la comparación, casi inevitable, entre Ignacio de Loyola y otro <<caballero>> -en este caso <<el de la triste figura>>” Guillerrou 1963: 62.

<sup>542</sup> Neumeister 2006: 126.

<sup>543</sup> “las ofensas y **agravios** que se le hacían los pagaba con semejantes oficios de caridad”(Vida V, II)

<sup>544</sup> “De suerte que de lo que él padeció y en lo que él fue tentado, aprendió por experiencia cómo había de **enderezar** y ayudar a otros cuando lo son” (Vida II, I)

<sup>545</sup> “Se esforzó también por suprimir algunos **abusos**,y con la ayuda de Dios se puso orden en alguno” (R, 88)

<sup>546</sup> Pérez 1971 : 200.

También Ribadeneyra, basándose en el anterior fragmento del Relato, realiza una auténtica parodia, a lo divino, de su contenido, de forma que puede decirse que todo el capítulo segundo de la Vida es pura retórica religiosa, y alguna mentira de la que se hablará en su momento. Solo comentar que Ribadeneyra, obsesionado con adelantar a estos inicios los poderes milagrosos de Loyola, le adjudica, graciosamente, un don divino (“una lumbre y sabiduría soberana que nuestro Señor infundió en su entendimiento”<sup>547</sup>), una excepcional capacidad para discernir entre espíritus buenos y malos, y continúa

*Y alumbrados ya sus ojos y esclarecidos con nuevo conocimiento, y esforzada su voluntad con este favor de Dios, diose prisa y pasó adelante, ayudándose por una parte de la lección, y por otra de la consideración de las cosas divinas, y apercibiéndose para las asechanzas y celadas del enemigo. Y trató muy de veras consigo mismo de mudar la vida y **enderezar** la proa de sus **pensamientos** a otro puerto más cierto y más seguro que hasta allí, y destejer la tela que había tejido, y desmarañar los embustes y enredos de su vanidad, con particular aborrecimiento de sus pecados y deseo de **satisfacer** por ellos y tomar venganza de sí; que es comúnmente el primer escalón que han de subir los que por temor de Dios se vuelven a Él [...] con estos deseos tan fervorosos que nuestro Señor le daba, se resfriaban todos aquellos feos y vanos **pensamientos del mundo**, y con la luz del sol de justicia que ya resplandecía en su ánima, se **deshacían** las tinieblas de la vanidad. (Vida I, II)*

Viene a decir, más o menos, que Loyola, tras distinguir entre espíritus buenos y malos, entre humildad y vanidad (“se **deshacían** las tinieblas de la vanidad”), gracias a la ayuda de dios decidió cambiar de vida (“**enderezar** la proa”), arrepentirse y pagar por sus culpas pasadas (“**satisfacer** por ellos”).

Los tres verbos señalados en negritas se encuentran, precisamente, entre los escogidos por el narrador de la novela para definir los propósitos perseguidos por don Quijote para su futuro inmediato. Son objetivos en clara consonancia con la retórica caballeresca, igual que el texto de Ribadeneyra se caracteriza por el abuso excesivo de la retórica religiosa. La diferencia es que la acción de los verbos de la Vida recae sobre el mismo Loyola, está encaminada a su regeneración espiritual, mientras que la de don Quijote, al menos aparentemente, se dirige a los demás. Y digo aparentemente porque la ambivalencia del lenguaje permite, como casi siempre, una lectura paralela a la Vida, porque los proyectos de futuro de don Quijote, sus propósitos de hacer el bien a los demás, se asemejan, gracias a la permeabilidad del trabajo imitatorio, al mismo fin de reconversión espiritual iniciado por Loyola

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>con estos deseos tan fervorosos que nuestro Señor le daba, se resfriaban todos aquellos feos y vanos <b>pensamientos del mundo</b>, y con la luz del sol de justicia que</i>	según eran los agravios que <b>pensaba deshacer</b>

<sup>547</sup> “Porque, primeramente entendió que había dos espíritus, no solamente diversos, sino en todo y por todo tan contrarios entre sí, como son las causas de donde ellos proceden, que son luz y tinieblas, verdad y falsedad, Cristo y Belial. Después de esto comenzó a notar las propiedades de los dos espíritus; y de aquí se siguió una lumbre y sabiduría soberana que nuestro Señor infundió en su entendimiento, para discernir y conocer la diferencia de estos espíritus, y una fuerza y vigor sobrenatural en su voluntad para aborrecer todo lo que el mundo le representaba, y para apetecer y desear y proseguir todo lo que el espíritu de Dios le ofrecía y proponía. De los cuales principios y avisos se sirvió después por toda la vida. De esta manera, pues se deshicieron aquellas tinieblas que el príncipe de ellas le ponía delante” (Vida I, II)

<i>ya resplandecía en su ánimo, se deshacían las tinieblas de la vanidad</i>	
<i>trató muy de veras consigo mismo de mudar la vida y enderezar la proa de sus pensamientos a otro puerto</i>	según eran los agravios que <b>pensaba</b> deshacer, tuertos que <b>enderezar</b>
<i>con particular aborrecimiento de sus pecados y deseo de satisfacer por ellos y tomar venganza de sí</i>	sinrazones que emendar, y abusos que mejorar, y deudas que <b>satisfacer</b>

### PRIMERA SALIDA

Convencido y agobiado por la necesidad que tenía el mundo de su presencia, don Quijote inicia la primera salida

Y así sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana antes del día, que era uno de los calurosos del mes de Julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento, y alborozo, de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo.

Destaca, ante todo, el secreto en torno a la salida (“sin dar parte a persona” “sin que nadie le viese” “antes del día” “por la puerta falsa”), tal vez, según la crítica, porque la “salida furtiva del caballero novel es habitual en los libros de caballerías”<sup>548</sup>, pero, sobre todo, o al mismo tiempo, porque también Loyola abandonó su casa de forma semejante. Según vimos, tanto el hermano mayor como “todos los de casa” fueron conscientes del cambio ocurrido en su interior y sospechaban que traería consecuencias. Él mismo, dándose cuenta de que andaban al loro y queriendo evitar disgustos familiares, ideó un habilidoso sofisma para marcharse, según dice, con la conciencia tranquila

hallándose ya con algunas fuerzas, le pareció que era tiempo de partirse, y dijo a su hermano: <<Señor, el duque de Nájera, como sabéis, ya sabe que estoy bueno. Será bueno que vaya a Navarrete>> (estaba entonces allí el duque). El hermano le llevó a una cámara y después a otra, y con muchas admiraciones le empieza a rogar que no se eche a perder; y que mire cuánta esperanza tiene dél la gente, y cuánto puede valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía. Mas la respuesta fue de manera que, sin apartarse de la verdad, porque dello tenía ya grande escrúpulo, se descabulló del hermano. (R, 12)

El hermano mayor, actuando como padre de familia conocedor de las excentricidades y del cambio, le acosa, de cámara en cámara, temiendo “se eche a perder”, una expresión que Gonçalves debió recoger literalmente de Loyola.

No olvidemos que él relata su vida al portugués y este toma notas. Después, gracias a su excelente memoria, reconstruye la narración y rescata perlas como esa, o como el fragmento entre comillas, donde puede apreciarse un curioso detalle de la doble redacción.

Gonçalves, siempre preciso, no suele repetir vocablos seguidos, aquí lo hace doblemente: “<< el duque de Nájera, como sabéis, ya sabe que estoy bueno. Será bueno que vaya a Navarrete>>”. ¿A qué vienen esas reiteraciones?

Porque es lenguaje coloquial, otra frase anotada literalmente por Gonçalves tal como fue dicha por Loyola y que el sincero confidente no quiere rectificar porque,

<sup>548</sup> Quijote 1998: 5: 45.

precisamente, en ella se fundamenta la mentira piadosa, o la verdad a medias, con que se despidió del hermano.

Loyola ya no se encuentra bajo el mando del duque de Nájera<sup>549</sup>, quiere pasar por su casa, pero su verdadera intención, viajar a Jerusalén, la está ocultando. Y para no enfrentarse con la familia, ni tampoco mentir (“tenía ya grande escrúpulo”), inventa ese juego de palabras que Gonçalves se ve obligado a repetir entre comillas para no atribuirse la autoría del complejo galimatías-mentirijilla.

Muchos años después, Loyola recuerda esos pequeños detalles, las cámaras, las “admiraciones”, los argumentos utilizados para convencerle. Debe entenderse que el hermano, militar con prestigio, considera el hecho de irse, en plan peregrino pobre, un deshonor para la casa. De ahí las “admiraciones”, los elogios y aspavientos con que discurre rogándole “que no se eche a perder”, que no malogre su futuro, pues tenían esperanzas en él. Todo con el objetivo, concluye Loyola, “de apartarle del buen deseo que tenía”.

Hay una clara divergencia entre la opinión de ambos hermanos, difícilmente pueden ponerse de acuerdo porque lo que para uno es echarse a perder, para el otro es un “buen deseo”, por eso, al fin, “se descabulló<sup>550</sup> del hermano”.

Debió resultar difícil para el hermano, y el resto de la casa, aceptar un cambio tan radical en tan breve espacio de tiempo. Porque ¿cómo entender que el ferviente admirador de Amadís, el joven militar que volvió herido de Pamplona pensando en batallas y princesas, ahora, apenas un mes después de haber comenzado las lecturas religiosas, solo hable de cosas de dios, escriba un libro religioso y, el resto del tiempo, lo pase en oración o mirando, extasiado, “muchas veces y por muy grande espacio”, el firmamento? Para colmo asegura que, “Estando una noche despierto, vio claramente una imagen de nuestra Señora con el santo Niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva”.

Es, precisamente, la expresión “que no se eche a perder” atribuida al hermano la que conecta este momento con la novela, pues aparece repetida, como veremos en el capítulo quinto, en boca del ‘ama’ de don Quijote y dentro de un contexto de tensiones y reproches familiares a su proyecto caballeresco.

Loyola abandona, pues, la casa del hermano sin haber comunicado a nadie el propósito de peregrinar a Jerusalén, igual que don Quijote salió “sin dar parte a persona alguna de su intención”.

## CALLADAS INTENCIONES

Y para que no quepa duda de la intencionalidad imitativa, Cervantes añade otro exquisito dato.

Hemos visto a la familia de Ignacio sospechando de sus intenciones, presintiendo los nuevos propósitos, pero solo eso, intuyendo, porque él no lo comunicó a nadie. De hecho, un poco más adelante, confirma en el Relato que la primera persona a la que informó sobre la determinación de viajar a Jerusalén y dedicarse por entero a dios fue al confesor de Montserrat

fue el primer hombre a quien descubrió su determinación (R,17).

También en la Vida queda constancia de la decisión

---

<sup>549</sup> “Don Antonio Manrique de Lara, Duque de Nájera desde 1515 y Virrey de Navarra de 1516 a 1521; murió el 13 de diciembre de 1535, cf. Luis de Salazar y Castro, Historia genealógica de la Casa de Lara, II, Madrid (1697), 170 y 175.” Loyola 1947: 28: 140-141.

<sup>550</sup> “**Descabullirse.** Escaparse entre la bulla, conviene a saber, entre la mucha gente bulliciosa [...] También puede venir del verbo descapullirse, dexando la capa, como escaparse” Covarrubias 1993.

*Confesóse generalmente de toda su vida, por escrito y con mucho cuidado, y duró la confesión tres días, con un religioso principal de aquella santa casa y gran siervo de Dios y conocido y reverenciado por tal, francés de nación, que se llamaba fray Juan Chanones; el cual fue el primero a quien, como a padre y maestro espiritual, descubrió Ignacio sus propósitos y **intentos** (Vida I, IV).*

Queda claro que, según el Relato y la Vida, el confesor de Montserrat fue el primero en conocer los propósitos de Ignacio, por eso el narrador de la novela informa de que don Quijote sale de su casa “sin dar parte a persona alguna de su **intención**”.

Para corroborar la voluntad paródica, el narrador utiliza un término, “**intención**”, análogo al “**intentos**” empleado por el narrador de la Vida. Se trata de resaltar la discreción con que salen ambos protagonistas y el vínculo paródico entre la novela, el Relato y la Vida

RELATO	VIDA	QUIJOTE
fue el primer hombre a quien descubrió su <u>determinación</u>	<i>fue el primero a quien, como a padre y maestro espiritual, descubrió Ignacio sus propósitos y <b>intentos</b></i>	Y así sin dar parte a persona alguna de su <b>intención</b>

En definitiva, cuando el narrador de la novela informa sobre el sigilo con que don Quijote abandona su casa, está parodiando la cautelosa salida de Loyola y la oposición del hermano al proyecto.

### MUY DE MAÑANA

Otro dato que corrobora el furtivismo de la salida es la hora (“antes del día”) en que se produce

Y así sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana antes del día

Don Quijote sale antes de que amanezca, aprovechando las sombras de la noche y el descanso de su familia.

No ocurre lo mismo con Loyola. “La partida de Iñigo para Aranzazu y Montserrat debió de ocurrir hacia fines de febrero o principio de marzo”<sup>551</sup> de 1522 y, según él mismo especifica en el Relato, salió acompañado de otro hermano, el sacerdote Pero López de Loyola, “Rector en 1525 de la iglesia de San Sebastián de Azpeitia, y que meses antes, en 1521, acababa de tener una hija, Potenciana”<sup>552</sup>. Tras la oración en Aranzazu, donde se despidió del hermano y donde casi todos los biógrafos señalan “que en esa noche sagrada ofreciera Iñigo al Señor su voto de castidad por manos de María”<sup>553</sup>, se dirige, todavía con dos criados a Navarrete, donde los despide y “se partió solo, en su mula, de Navarrete para Montserrat” (R, 13).

Ahí consigue Loyola liberarse del ‘control’ de sus vínculos familiares y comienza el anhelado viaje hacia la santidad. Por fin se encuentra solo y, según Larrañaga, en “el camino real, en el que entra, para nunca más salirse de él”<sup>554</sup>.

<sup>551</sup> Loyola 1947: 143.

<sup>552</sup> Loyola 1947: 142.

<sup>553</sup> Loyola 1947: 144.

<sup>554</sup> Larrañaga 1944: 4.

No obstante, en la salida de Loyola también se aprecian datos de furtivismo, pues a nadie comunicó la verdadera intención ni el último objetivo del viaje.

Se produce un pequeño desajuste entre la salida de nuestros caballeros, pero Cervantes, empeñado en la imitación perfecta, arregla el desaguizado recurriendo a otra salida, la más ‘mítica’ de Ignacio, la realizada, como veremos más adelante, desde Montserrat una mañana, después de haber velado armas toda la noche y vestirse el hábito de peregrino que le caracterizará definitivamente en su nueva andadura

-en amaneciendo se partió por no ser conocido (R,18).

-*Y por no ser conocido, antes que amaneciese* (Vida I, IV).

Ribadeneyra rectifica la pequeña contradicción apreciada en la frase del Relato y sitúa la salida, para no ser conocido, “antes” del amanecer, antes de que haya luz. Por eso Cervantes, atento a todos los detalles de ambos textos, construye una frase híbrida con la que zanja, irónicamente, la soterrada polémica

RELATO	VIDA	QUIJOTE
<u>en amaneciendo</u> se partió por no ser conocido	<i>Y por no ser conocido, <u>antes que amaneciese</u></i>	una <u>mañana, antes del día</u>

Los tres coinciden en la forma y momento en que los protagonistas abandonan el domicilio familiar de referencia y comienzan la gran aventura en busca de gloria y fama.

### EN JULIO, ARMADO Y GOZOSO

Además del sigilo y el momento escogido para abandonar la casa, el narrador ofrece otro dato bastante impreciso (el día “era uno de los calurosos del mes de julio”) al que añadirá, un poco más adelante, el día concreto de la semana (“acertó a ser viernes aquel día”), de forma que ya conocemos, si no la fecha exacta de la salida de don Quijote, sí dos significativos detalles: fue un viernes del mes de julio.

Con todo lo mucho escrito sobre la ‘temporalidad’ en la novela, solo adelantar que se trata de una información básica para explicar el sencillo esquema circular, no de la Primera Parte, como sostiene Casaldueiro, sino de toda la novela pues, como veremos en el apartado “Muerte de don Quijote”, la muerte de Alonso Quijano, como la de Iñigo López de Loyola, se produjo, también, un viernes de un concreto mes de julio.

Ingenioso y astuto, Cervantes distribuye la información teniendo siempre presente un propósito y un método imitativo aplicado con inusitada precisión.

En otra recolección semejante a la realizada en el capítulo anterior, el narrador añade que don Quijote sale de casa totalmente pertrechado

Y así sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana antes del día, que era uno de los calurosos del mes de Julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento, y alborozo, de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo.

Con la expresión general “se armó de todas sus armas”, el narrador no solo resume el conjunto de elementos bélicos especificados a continuación uno a uno, sino que, especialmente, conecta el momento de la salida de don Quijote con el de la salida y disposición espiritual de Loyola pues, según Ribadeneyra, ya se encontraba, antes incluso de la ‘visitación’ de la virgen, perfectamente armado con los sacramentos

*Confesose enteramente de sus pecados la víspera de los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo, y como caballero cristiano se armó de las verdaderas armas de*



[ILUSTRACIÓN 2]



*los otros santos sacramentos, que Jesús Cristo nuestro Redentor nos dejó para nuestro remedio y defensa. (Vida I, I)*

La metáfora caballeresca empleada por Ribadeneira para explicar la fortaleza espiritual lograda por Iñigo tras serle administrados los últimos sacramentos, la devuelve Cervantes a su ámbito literario para describir el acto de colocarse la vestimenta que caracterizará a don Quijote como caballero andante, aunque, al mismo tiempo y gracias a la conexión con la expresión de la Vida, la frase permite el retorno simbólico, don Quijote imitando los prolegómenos de la salida de Loyola, armado y confirmado en la idea de peregrinar e imitar a los santos, o caballeros, más famosos de la cristiandad

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>como caballero cristiano <u>se armó de las verdaderas armas</u> de los otros santos sacramentos, que Jesucristo nuestro Redentor nos dejó para nuestro remedio y defensa</i>	<u>se armó de</u> todas sus <u>armas</u> , subió sobre Rocinante

Don Quijote se encuentra ya vestido con la armadura característica de un perfecto caballero andante y, como Loyola, a caballo

la una pierna llevaba toda ligada con una venda y algo maltratada; tanto que, aunque iba a caballo, cada noche la hallaba hinchada. (R-16).

A pesar de presentar a don Quijote como caballero totalmente armado, el narrador vuelve a sugerirnos el importante fallo de la “mal compuesta celada”, sobre todo para recordarnos la ya conocida relación existente entre la endeble celada y la todavía precaria formación espiritual de Loyola.

Y así como a él le satisfizo la ‘facilidad’ para poner en práctica el “buen deseo que tenía”, don Quijote sintió “contento y alborozo de ver con cuánta **facilidad** había dado principio a su buen deseo”. Tanto el narrador del Relato como el de la novela han sustituido la idea de salida, de inicio de la peregrinación, o aventura, por la expresión “buen deseo”, asociada, también en ambos casos, al “contento y alborozo” por haber puesto en marcha los nuevos y respectivos proyectos.

Ribadeneira, refiriéndose a la ansiedad y satisfacción de Ignacio en los momentos previos a la salida, llama a estos propósitos “*deseos*”, y los describe como “*dolores de su gozoso parto*”. Y un poco más adelante nos presenta a Loyola, saliendo de Montserrat ya armado y encaminado hacia su destino, como ‘gozoso’ y ‘placentero’, algo muy parecido al “grandísimo contento, y alborozo” con el que sale don Quijote

<b>RELATO</b>	<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
-cosas difíciles y graves, las cuales cuando proponía, le parecía hallar en sí <b>facilidad</b> de ponerlas en obra -mire <b>cuánta</b> esperanza tiene del la gente, y cuanto puede valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del <u>buen deseo</u> que tenía	<i>-estando ya con estos propósitos y <b>deseos</b>, y andando como con dolores de su gozoso parto su hermano mayor y la gente de su casa fácilmente vinieron a entender que estaba tocado de Dios</i> <i>-yendo tan <u>gozoso</u> con su nueva librea, que no cabía en sí de <u>placer</u></i>	por la puerta falsa de un corral salió al campo, con <u>grandísimo contento</u> , y <u>alborozo</u> , de ver con <b>cuánta facilidad</b> había dado principio a su <u>buen deseo</u>

Debe tenerse en cuenta que los dos breves fragmentos del Relato seleccionados para establecer la relación pertenecen al mismo capítulo primero que está siendo, junto a los comienzos del segundo, objeto actual de la parodia. Cervantes exprime al máximo cada dato, cada detalle psicológico, geográfico o consuetudinario con la intención de alcanzar la imitación perfecta.

En definitiva, Ignacio y don Quijote, influidos por los libros y ansiosos por imitar a sus héroes, con nuevos nombres y una supuesta nueva personalidad, sin comunicárselo a nadie y en contra de la opinión de sus familiares, un día, muy de mañana, convencidos de la necesidad de decir “adiós a todo eso que los demás decían”<sup>555</sup> que eran ellos, abandonan los respectivos domicilios y armados y gozosos por haber conseguido lo que se proponían, comienzan una andadura cuyo objetivo es, en última instancia, la consecución de un reino que ambos pretenden conquistar a través de una carrera de servicios a la humanidad.

Era el día que llevaban meses esperando, el principio de sus nuevas y definitivas vidas, les embargaba la emoción de quien está “a punto de iniciar un viaje sin retorno”<sup>556</sup>, porque el “delirante construye su realidad, y, como hecha por él mismo a su medida y conveniencia, no cabe en ella ni el equívoco ni la ambigüedad”<sup>557</sup>.

### **TITUBEOS DE NOVEL CABALLERO**

A pesar de tanta igualdad entre la primera salida de Ignacio y la de don Quijote, se aprecia, sin embargo, una importante diferencia. El primero, como sabemos, se fue simulando que no se iba y, para no levantar sospechas, salió de la casa vestido con el traje de caballero rico, como aparentando ir de visita al duque de Nájera. Engalanado de esa forma cabalga desde Loyola hasta el monasterio de Montserrat donde, tras confesarse y velar armas, deja el caballo, la ropa y se viste finalmente la indumentaria de peregrino

Y fuese su camino de Montserrat, **pensando**, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios. Y como **tenía todo el entendimiento** lleno de **aquellas** cosas, Amadís de Gaula y de semejantes **libros, veníanle algunas cosas al pensamiento** semejantes a **aquellas**; y así se determinó de velar sus **armas**. (R, 17)

Llega a Montserrat “pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios”, él mismo insiste en el pensamiento obsesivo, en la obcecación por realizar hechos gloriosos, hazañas que le reporten tanta fama como a los más grandes santos.

No obstante, en su cabeza conviven todavía las antiguas fantasías caballerescas con los nuevos propósitos. Las sombras del militar admirador de Amadís no se han borrado del todo, son incluso imprescindibles para llenar los huecos y sinsentidos provocados por la novedosa actividad.

Solo así se comprende que para formalizar el nuevo compromiso, para consumir externamente un deseo interior desdibujado, mezcle, ingenuamente, el rito caballeresco de la vela de armas con el de entregarse a dios. Necesitaba solemnizar su propósito, creérselo, fijar en la mente el trascendental momento en que se despojó de las ropas de caballero para vestirse el traje de peregrino.

Don Quijote, sin embargo, ha salido de casa ya ataviado como caballero andante, se vistió allí mismo sin ninguna ceremonia, aunque es consciente de no haber cumplido

---

<sup>555</sup> Duque 2006: 13.

<sup>556</sup> Buzzati 2010: 9.

<sup>557</sup> Castilla del Pino 1997: 445.

una serie de requisitos previos (“conforme a la ley de caballería”) que de alguna manera formalicen su compromiso, por eso, nada más abandonar la casa, le asalta un pensamiento terrible

Mas apenas se vio en el campo, cuando le asaltó un **pensamiento** terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; **y fue**, que **le vino a la memoria** que no era **armado** caballero, y que conforme a la ley de caballería, ni podía, ni debía tomar **armas** con ningún caballero; y puesto que lo fuera, había de llevar **armas** blancas, como **novel caballero**, sin empresa en el escudo, hasta que **por su esfuerzo la ganase**. Estos **pensamientos** le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse **armar** caballero del primero que topase, **a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros, que tal le tenían**. En lo de las **armas** blancas, **pensaba** limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó, **y prosiguió su camino**, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en **aquello** consistía la fuerza de las aventuras.

El pensamiento que le acucia surge de la falta de sincronía entre los nuevos propósitos y la vestimenta, entre la intención y el conjunto de requisitos exigidos por la “ley de caballería”.

Como todo neófito, necesita cumplir los formalismos para sentirse seguro del cambio, de ahí el temor, el “pensamiento terrible”, el titubeo que le asalta cuando aprecia la falta de una condición indispensable: ser armado caballero.

Nos encontramos, pues, con ambos personajes (Ignacio camino de Montserrat y don Quijote camino de la venta) acuciados por un mismo pensamiento, por un mismo deseo de formalizar solemnemente ‘las comenzadas empresas’.

Los dos sienten la misma angustia intelectual, la misma duda. Los dos se encuentran confusos entre el pensamiento firme de las “hazañas” que desean hacer y la incertidumbre de cómo comenzar. Finalmente, ambos toman la misma decisión: actuar como, según los libros, lo hicieron otros.

Ignacio, siguiendo fundamentalmente el Amadís, se inventa una anacrónica vela de armas en el monasterio. Don Quijote hará lo mismo en la venta. Lo importante es cumplir un rito que les permita creer en sí mismos, igualarse con los héroes libresco que se han propuesto imitar. Lo dicen expresamente los narradores del Relato y la novela

RELATO	QUIJOTE
<b>tenía</b> todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes <b>libros</b>	a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los <b>libros</b> , que tal le <b>tenían</b>

En ambos casos los libros espollean el pensamiento obsesivo de los protagonistas, tal como hiperbólicamente se apunta en el Relato con la rotunda (“tenía todo el entendimiento lleno”) y despectiva frase (“semejantes libros”) que forma parte de la esencia paródica de la obra de Cervantes, de la idea primigenia sobre la que se erige la locura y el comportamiento libresco de don Quijote.

Ya en el capítulo anterior vimos la incuestionable similitud entre la saturación caballesca de la mente de Iñigo y la de Quijana, ambos con el entendimiento ‘lleno’ de literatura, de fantasías literarias

RELATO	QUIJOTE
tenía <b>todo</b> el entendimiento <b>lleno de</b> aquellas cosas...de semejantes <b>libros</b>	<b>Llenósele</b> la fantasía <b>de todo</b> aquello que <b>leía en los libros</b> (QI, 1)

Además de la idea general de atiborramiento literario, se imita hasta el mismo vocabulario, especialmente el verbo ‘llenar’, en el sentido figurado de ocupar enteramente, de saturar el pensamiento, la mente. La única diferencia es que en el Relato se habla de “entendimiento” y en la novela de “fantasía”, pero en ambos casos la idea es plantear la pasión literaria, la Literatura, según diría Bolaño, como enfermedad. Un concepto en el que insiste Cervantes en varias ocasiones, por ejemplo, cuando nos presenta a don Quijote “**todo** absorto y empapado en lo **que había leído** en sus **libros** mentirosos” (QI, 18).

La expresión “**todo** absorto y empapado” equivale a “tenía **todo** el entendimiento **lleno**”, ambos personajes viven enfrascados en sus pensamientos, aspiran a realizar, a imitar las más o menos fantásticas historias leídas en los libros.

Ya al inicio de este capítulo segundo, el narrador, siguiendo el contenido del Relato, planteó esa misma idea de un don Quijote obsesionado por imitar comportamientos libresco. Ahora vuelve a insistir porque también en el Relato se repite otras tres veces el concepto ‘pensar’ como motor del cambio

RELATO	QUIJOTE
<b>pensando</b> , como siempre solía [...] tenía <b>todo el entendimiento lleno</b> de aquellas cosas [...] veníanle algunas cosas al <b>pensamiento</b>	le asaltó un <b>pensamiento</b> terrible [...] <b>le vino a la memoria</b> [...] Estos <b>pensamientos</b> le hicieron titubear [...] <b>pensaba</b> limpiarlas

Cervantes maneja el texto a fondo, lo manipula a su antojo, a su propósito de transformar en caballeresco lo religioso. La frase del Relato, “**veníanle** algunas cosas al **pensamiento**”, actúa como referente indiscutible de la construcción análoga “**le vino** a la **memoria**”.

Igual ocurre con la determinación de Ignacio de velar armas (, “y así se determinó de velar sus **armas**”), evocada en la novela con la frase “propuso de hacerse **armar** caballero del primero que topase”. Además de la analogía entre los verbos (se determinó / propuso de hacerse) se aprecia igualdad entre los objetivos marcados por los protagonistas: Ignacio ‘velar sus **armas**’ para armarse peregrino, para formalizar su entrega a dios, don Quijote “hacerse **armar** caballero” para formalizar su entrega a la humanidad.

En definitiva, el irónico “pensamiento terrible” de no estar armado caballero, responde a la determinación de Loyola de velar sus armas en Montserrat, acto que Cervantes, debido al sin fin de digresiones que introducirá a continuación, traslada al capítulo tercero, probablemente con la intención de alejar la evidente recreación paródica, casi mimética, del Relato.

Es igualmente paródica la idea del camino, la situación de ambos caballeros pensando y organizando su futuro a medida que se alejan de sus respectivos domicilios, a medida que comienzan a saborear la posibilidad de actuar libremente.

El cuadro comparativo, con los referentes comunes resaltados en negritas, señala claramente el perseverante propósito de imitación paródica

RELATO	QUIJOTE
<b>Y fuese su camino</b>	<b>y prosiguió su camino</b>

<b>Pensando / pensamiento</b>	<b>pensamiento / pensamientos / pensaba</b>
<b>tenía todo</b> el entendimiento <b>lleno de</b> aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes <b>libros</b>	-a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los <b>libros</b> , que tal le <b>tenían</b> - <b>Llenósele</b> la fantasía <b>de todo</b> aquello que leía en los <b>libros</b> (QI, 1)
<b>veníanle</b> algunas cosas al <b>pensamiento</b> semejantes a aquellas; y así se determinó de velar sus <b>armas</b>	le asaltó un <b>pensamiento</b> terrible [...] <b>le vino</b> a la memoria que no era <b>armado</b> caballero

La sincronía entre ambos fragmentos resalta porque Cervantes condensa y reajusta, caballerescamente, los conceptos esenciales planteados en el Relato, los temas del pensamiento obsesivo, la imitación, los libros y el camino.

No obstante, hay detalles ausentes, que no concuerdan con la información del Relato y que, aunque parezcan provenir de la otra fuente temática de la novela, los libros de caballerías, proceden, sin embargo, de la Vida, cuyo estilo y veleidades sugieren siempre a Cervantes tantas ideas como los libros de caballerías. Veamos el fragmento correspondiente al comentado del Relato y la novela

*El cual, como hubiese leído en sus libros de caballerías, que los caballeros noveles solían velar sus armas, por imitar él como caballero novel de Cristo, con espiritual representación, aquel hecho caballeroso y velar sus nuevas y, al parecer, pobres y flacas armas (mas en hecho de verdad muy ricas y muy fuertes) que contra el enemigo de nuestra naturaleza se había vestido, toda aquella noche, parte en pie y parte de rodillas, estuvo velando delante de la imagen de nuestra Señora. (Vida I, IV).*

Tratando de evitar previsibles reproches a la ingenuidad de Loyola, Ribadeneyra plantea la vela de armas en Montserrat como un gesto mimético, como la escenificación espiritual (“*espiritual representación*”) del acto de velar las armas que, según los libros de caballerías, llevan a cabo los caballeros noveles. Como Ignacio es un caballero novel de Cristo, escenifica, pues, el cambio de la milicia humana a la divina.

La intención de Ribadeneyra es deslindar la confusión caballeresco-espiritual todavía reinante en la cabeza de Loyola, el resto es una evidente copia del Relato, al que, en plan plumífero devoto, y por seguir, graciosamente, con el símil de la caballería a lo divino que tan hondo calará en la Compañía gracias a esta comparación, añade el detalle literario de “*caballero novel de Cristo*” que a Cervantes le viene de perlas para sus intenciones sarcástico-caballerescas.

Son estos prolegómenos, y otros muchos fragmentos de la Vida en los que se recurre a la simbología de la milicia divina, los que alimentan permanentemente la ambigua idiosincrasia de don Quijote, angustiado ante la idea de no ser armado caballero porque, mientras tanto, según la ley de la caballería, no debe actuar ni enfrentarse a nadie, lo cual frustra el deseo y la necesidad que, según piensa, el mundo tiene de su ayuda. Como riguroso cumplidor de las leyes de la caballería, sabe que, mientras no realice grandes hazañas, deberá “llevar **armas** blancas, **como novel caballero**, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase”.

Es prácticamente lo mismo dicho por Ribadeneyra. Según él, Loyola es un “*caballero novel de Cristo*”, todavía no ha realizado grandes hazañas, sus armas son “*pobres y flacas*”, o blancas, carecen, como las de don Quijote, de “*empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase*”. Prácticamente lo mismo dicho por Ribadeneyra. Loyola es un “*caballero novel de Cristo*”, todavía no ha realizado grandes hazañas, sus armas

son “*pobres y flacas*”, o blancas, carecen, como las de don Quijote, de “empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase”.

Tal situación de incertidumbre, de no saber qué hacer ante el dilema de salir vestido de caballero andante sin realmente serlo, sin haber sido armado, “le hicieron titubear en su propósito”.

Pero veamos, antes de analizar dicho titubeo, los definitivos paralelismos entre el fragmento de la Vida y la novela, el continuo cuentagotas de referentes que hacen incuestionable el trasfondo paródico

<b>VIDA</b>	<b>RELATO</b>
<i>como hubiese leído en sus libros <b>de caballerías</b></i>	conforme a la ley <b>de caballería</b>
<i>que los <b>caballeros</b> noveles solían velar sus <b>armas</b></i>	ni podía, ni debía tomar <b>armas</b> con ningún <b>caballero</b>
<i>por imitar él <b>como caballero novel</b> de Cristo</i>	<b>como novel caballero</b>
<i>por imitar</i>	a <b>imitación</b>

Don Quijote, situado ya fuera de casa, en el campo (igual que Loyola cuando se encuentra por fin solo y con todo su proyecto por delante), aprecia algunos cabos sueltos, detalles que, tal vez, no calculó antes, pero que ahora toman relevancia, porque ¿cómo efectuar el cambio real, cómo formalizar la idea para que las futuras hazañas, los servicios en pro de los menesterosos, tengan orígenes y fines, destinatarios? Necesita actuar en nombre de una orden, de un poder simbólico que legitime e institucionalice sus actos.

Pero ¿y Loyola? ¿cómo imitar a los santos sin ser religioso, sin pertenecer a ninguna orden? Ya había decidido peregrinar, abrirse, pero su ardor guerrero le impedía acomodarse a la quietud de una orden, aunque fuera la más rigurosa, la Cartuja. Pensaba en “grandes exteriores”, en grandes hazañas por amor de dios, pero ¿cómo legitimarlas, cómo diferenciarlas de anteriores actuaciones?: “conforme a la ley de caballería, ni podía, ni debía tomar armas con ningún caballero”, entonces ¿en nombre de quién, con qué título, con qué derecho legitimará sus actuaciones ante los demás?

Precisamente, ese será el primer reproche, el primer obstáculo que encontrará Loyola en su carrera, razón por la que, a la vuelta de Jerusalén, tomará la decisión de estudiar. Necesitaba un título para que nadie le echara en cara en nombre de quién y en base a qué fundamentos predicaba, adoctrinaba a los demás.

Con la genialidad acostumbrada, Cervantes traslada sutilmente el problema a la novela: “Estos pensamientos”, continúa el maravilloso narrador, “le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse **armar** caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los **libros**, que tal le tenían”. De nuevo sorprende la lúcida lectura del novelista, su interpretación y adaptación de los textos, porque ¿qué hizo el ingenioso, el industrioso Ignacio? No achantarse, buscar una solución práctica solo localizable entre los recursos disponibles, en su memoria militar-caballeresca, en su cultura: imitar la vela de armas de los caballeros andantes, pero con la intención no de vestirse sus armas, sino de sustituirlas por el traje de peregrino que se colocará inmediatamente.

Como esta significativa ceremonia será ampliamente analizada en el capítulo siguiente, comentemos ahora el titubeo de don Quijote ante el problema de no estar armado caballero, resuelto, según el narrador, más debido a su locura que a sus razonamientos



mas pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros, que tal le tenían.

¿Sugiere Cervantes que en la determinación de Loyola de velar armas se aprecian indicios de locura? Desde luego su decisión se inspira, como la de don Quijote, en lecturas de libros de caballerías; Loyola resuelve un dilema de trasfondo religioso acudiendo a la experiencia que posee, la literatura caballeresca, de forma que, tanto para él, como para don Quijote, es válida la conclusión del narrador al afirmar que imita a “otros muchos que así lo hicieron”.

La solución, evidentemente, no es muy razonable, por eso el narrador aprecia en ella atisbos de locura, igual que quienes vieron a Loyola en Montserrat vestido de caballero y velando armas ante el altar de la virgen: “El hermano lego, encargado de los pobres que se acercan al monasterio de Montserrat, le calificará, diciendo <<que aquel peregrino era loco por Nuestro Señor Jesucristo>>”<sup>558</sup>.

El mismo Loyola, en el examen general “que se ha de proponer a todos los que pidieren ser admitidos en la Compañía de Jesús”, dispone que los candidatos deberán “vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor [...] pasar injurias, falsos testimonios, afrentas, y ser tenidos y estimados por locos, no dando ellos ocasión alguna dello”<sup>559</sup>, no actuando como locos pero llevando una vida tan rigurosa por Cristo que los demás lo vean como una auténtica locura.

También el vocablo ‘empresa’ (“Mas, apenas se vio en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada **empresa**”) aparecerá reiteradamente en la novela imitando el lenguaje de los libros de caballerías y, especialmente, el de la Vida, donde se utiliza en múltiples ocasiones

*-Entre los cuales habrá muchas de las **empresas** señaladas, que siendo él capitán, se han acometido y acabado. (Vida I, II).*

*-¿Qué quiere decir esto? ¿Qué camino es éste por donde entramos? ¿Qué nueva **empresa** es ésta que acometemos? (Vida I, VII).*

## DEL PRIMERO QUE TOPASE

Parte de la locura atribuida por el narrador a don Quijote deriva de la precipitada decisión de “hacerse armar caballero del primero que topase”.

Tratándose de un formalismo fundamental en el currículo de un caballero, resulta anormal y desacertado delegar la organización de la ceremonia en cualquiera, azarosamente, tal como hará don Quijote en el capítulo siguiente.

Sin embargo, ese “primero que topase” sugiere también una segunda lectura, una nueva crítica de Cervantes a sutiles discrepancias informativas entre el Relato y la Vida.

Según Gonçalves, Loyola llega a Montserrat y, en apenas tiempo, se confiesa

y llegado a Montserrat, después de hecha oración y concertado con el confesor, se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días; y concertó con el confesor que mandase recoger la mula, y que la espada y el puñal colgase en la iglesia en el altar de Nuestra Señora. Y éste fue el primer hombre a quien descubrió su determinación, porque hasta entonces a ningún confesor lo había descubierto. (R,17)

A pesar de la imprecisión del texto, la conclusión es que Loyola llega al monasterio, hace oración, concierta determinados asuntos con el primer confesor que encuentra, o estaba disponible, y se confiesa.

---

<sup>558</sup> Larrañaga 1944: 4.

<sup>559</sup> Larrañaga 1944: 12.

Conozcamos ahora la versión de la Vida

*A este santo lugar llegó nuestro Ignacio, y lo primero que hizo fue buscar un escogido confesor, como enfermo que busca el mejor médico para curarse. Confesóse generalmente de toda su vida, por escrito y con mucho cuidado, y duró la confesión tres días, con un religioso principal de aquella santa casa y gran siervo de Dios y conocido y reverenciado por tal, francés de nación, que se llamaba fray Juan Chanones; el cual fue el primero a quien, como a padre y maestro espiritual, descubrió Ignacio sus propósitos y intentos. (Vida I, IV)*

El anónimo y simple “confesor” del Relato se ha transformado en un ‘buscado’ y “escogido confesor”, el mejor entre todos los posibles (“el mejor médico”), hasta el punto de que se le califica como “religioso principal”, “conocido y reverenciado” y “padre y maestro espiritual”, algo totalmente incierto, pues Chanones era un francés que a “los treinta y dos años renunció a la vicaría de Mirepoix, en Francia, para vestir la cogulla benedictina en Montserrat; y al entrar de novicio en la abadía, hubo de expresarse en latín por desconocer aún el catalán y el castellano”<sup>560</sup>.

Cuando en 1522 Loyola llega a Montserrat, Juan de Chanones tenía, según Larrañaga, cuarenta y cuatro años y era “confesor de los peregrinos que se acercaban al monasterio”; además de ser probablemente el único accesible para los peregrinos, Chanones no era todavía el reputado benedictino, el “conocido y reverenciado” confesor que en 1568, con ochenta y nueve años, murió en olor de santidad.

¿Por qué este error? ¿Por qué Ribadeneyra transforma el imprevisible encuentro del Relato en una búsqueda estudiada?

Porque su propósito es adoctrinar a los lectores en la conveniencia de ‘escoger’ un confesor, un director espiritual. El problema es que la versión de los hechos históricos no es cierta. Ribadeneyra falta a la verdad, se inventa, con fines moralizantes, un dato que trastoca la realidad y nos presenta a un Loyola mucho más maduro y avezado en materias espirituales, pues del Relato no se deduce en ningún momento que escogiese al confesor, al contrario, iba despistado y, además, ignoraba el esmero en la elección del confesor que Ribadeneyra pretende inculcar en los lectores.

Su intención no es, pues, contar la verdad, sino manipular la historia para adoctrinar con ella, para encomiar la madurez, casi la divina intuición de Ignacio en estas tareas espirituales.

Cervantes, atento a la manipulación informativa, a la falsedad histórica, restablece la verdad haciendo que don Quijote piense y se haga armar caballero, en el capítulo siguiente, no del noble caballero que, según los libros de caballerías, le correspondería, sino “del primero que topase”, tal como hizo Loyola.

## **ARMAS COMO ARMIÑO**

Recordemos que el primer paso dado por Alonso Quijano para convertirse en don Quijote fue una limpieza general de las armas de sus antepasados, bueno, un intento de limpieza pues, el sutilísimo narrador precisó que “Limpiólas, y aderezólas lo mejor que pudo”, una aclaración que pone en entredicho el resultado; no debió limpiarlas demasiado bien cuando añade una explicación (“lo mejor que pudo”) con la que sugiere incapacidad para hacerlo perfectamente, tal como ahora se corrobora al especificar la intención de limpiarlas nuevamente, al menos, las armas blancas

En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un arminio;

---

<sup>560</sup> Loyola 1947:12:152.

Tan puntillosa precisión resultaría exagerada si el ambiguo narrador no acostumbrara a semejantes sutilezas. En efecto, ya vimos que la limpieza de armas y la posterior investidura del hidalgo manchego deben situarse en el ambiente de transformación vivido por Iñigo desde el momento en que, tras renegar de su pasado, determina “dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo”.

Pero el lento proceso que Iñigo, ignorante en materia de espíritu, deberá recorrer hasta llegar a un grado de perfección mínima, pasa, además del voto de castidad, por otro detalle trascendental y previo: una confesión general que le absuelva realmente de su pecaminoso pasado, que le limpie definitivamente de los muchos pecados de su vida anterior, solo entonces su alma quedará blanca. Teniendo en cuenta que Loyola, en Montserrat, realizó una confesión general, y por escrito, que duró ¡tres días!, puede decirse, apropiándonos de las palabras del narrador, que su alma quedó tan blanca como un armiño, más blanca que la piel del animal considerado prototipo de la blancura, de la pureza, pues “Para encarecer la blancura de alguna cosa dezimos ser blanca como un armiño”<sup>561</sup> y, especialmente, porque la “imagen emblemática del armiño, inspirada en Alciato, que fue usada como símbolo de la castidad, fue también muy utilizada por los predicadores y, en general, está presente en muchos textos de humanistas que tratan de la castidad”<sup>562</sup>.

El extremado, pulcro e inverosímil deseo de don Quijote solo puede entenderse en sentido figurado, como parte del trasfondo de la novela, solo así toma cuerpo la genial sutileza del narrador. Si la limpieza de armas del capítulo primero representaba, simbólicamente, el primer paso de don Quijote para armarse contra el pecado, para aludir, metafóricamente a la “*castidad sin mancilla*” guardada por Loyola desde la aparición de la virgen hasta su muerte, ¿cómo quedaría su alma después de dar este segundo paso de limpieza interior que duró tres días? ¿Qué buscaba Loyola con esta profunda confesión sino librarse, definitivamente, de los pecados y escrúpulos que, a partir de ahora, le acosarán obsesivamente? Su único deseo era dejar el alma más blanca que un armiño.

Don Quijote aspira a dar ese paso, es una pretensión (“pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar”) porque, como se verá, todavía no ha llegado a la venta, centro neurálgico de la trama argumental de este capítulo y el siguiente.

Como referente formal el narrador ha dejado dos pistas alusivas al trasfondo paródico

VIDA	QUIJOTE
<p><i>Y bien se vio que no fue sueño sino verdadera y provechosa esta visitación divina, pues con ella le infundió el Señor tanta gracia y le trocó <b>de manera, que desde aquel punto hasta el último de su vida guardó la <b>limpieza</b> y castidad sin mancilla, con grande entereza y puridad de su ánima</b></i></p>	<p>En lo de las armas blancas, pensaba <b>limpiarlas de manera</b>, en teniendo lugar, <b>que</b> lo fuesen más que un armiño</p>

Además del concepto ‘limpieza’ y la expresión ‘de manera que’, Ribadeneyra plantea el acto como una decisión de por vida, algo definitivo, tal como queda sugerido en la novela. Solo en ese contexto toma sentido la enigmática frase del narrador, sin él estaría

<sup>561</sup> Covarrubias 1993.

<sup>562</sup> Garau 2010: 186.

fuera de lugar, pues a don Quijote no se le verá ni realizar dicha limpieza ni usar las armas, de ahí el incierto “en teniendo lugar” que nunca se producirá en la novela, pero sí en el monasterio donde Loyola, tras la exhaustiva confesión, quedará relimpio de pecado.

### PROSIGUIÓ SU CAMINO

Con la determinación de realizar la limpieza cuando corresponda, don Quijote se tranquiliza y sigue adelante

y con esto se quietó y **prosiguió su camino**, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

La falta de objetivo concreto dejando la elección del camino al caballo, “recurso frecuente de autores de los libros caballerescos”<sup>563</sup>, vuelve a ser otra evidente referencia a un famoso episodio presente en el Relato y la Vida, a otro importante detalle que demuestra la influencia ejercida por los libros de caballerías en los prolegómenos de la primera salida de Loyola.

Se trata de una anécdota ampliamente explotada por Cervantes en el capítulo cuarto y del que ahora solo viene a cuento conocer el origen de ese gesto de poner en manos del caballo la elección del camino “para lograr la aventura”<sup>564</sup>.

Ya en el capítulo primero vimos a Ignacio, antes de llegar al monasterio de Montserrat, discutiendo con un moro sobre la virginidad de María. Loyola se caldea por los razonamientos poco ortodoxos del moro que, intuyendo alguna reacción violenta, decide, prudentemente, adelantarse. Loyola quedó pensativo, dudando entre ir a buscar al moro para acuchillarle o desentenderse del asunto. Al final, no sabiendo qué hacer, dejó la solución en manos de la mula

se determinó en esto, scilicet, de dejar ir a la mula con la rienda suelta hasta al lugar donde se dividían los caminos (R,16)

La versión de Ribadeneyra es parecida

*Este pensamiento, al parecer piadoso, puso en grande aprieto a nuestro nuevo soldado; y después de haber buen rato pensado en ello, al fin se determinó de **seguir su camino** hasta una encrucijada, de donde se partía el camino para el pueblo donde iba el moro, y allí soltar la rienda a la cabalgadura en que iba, para que, si ella echase por el camino por donde el moro iba, le buscase y le matase a puñaladas; pero si fuese por el otro camino, le dejase y no hiciese más caso dél. Quiso la bondad divina, que con su sabiduría y providencia ordena todas las cosas para bien de los que le desean agrandar y servir, que la cabalgadura, dejando el camino ancho y llano por do había ido el moro, se fuese por el que era más a propósito para Ignacio. (Vida I, III).*

Cervantes no solo imita el gesto de abandono de voluntad, sino que, irónicamente, añade una opinión del narrador (“creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras”) cuyo último designio es alertar sobre la ingenuidad religiosa de un hombre capaz de pensar que dios, a través de la mula, decidirá su futuro y el del moro, tal como deduce Ribadeneyra, (“*Quiso la bondad divina*”), al que claramente nos remite la expresión “**prosiguió su camino**”, paralela a la empleada en la Vida.

En definitiva, el novel religioso desconoce todavía el auténtico camino hacia la santidad y se dedica a imitar a los santos en sus gestos externos, por eso, en el encuentro con el moro, soluciona el problema dejando la responsabilidad en manos del caballo, estimando que dios hará lo adecuado e ignorando el disparate que supone acuchillar a un hombre por cuestiones de fe.

---

<sup>563</sup> Cervantes 1991: 5: 80.

<sup>564</sup> Cervantes 1998: 17: 46.

Don Quijote piensa y actúa de la misma manera, su decisión de dejar la elección del camino en manos de Rocinante es otra referencia a su estado mental, al atiborramiento literario, a la locura de quien desea resucitar, con sus propias experiencias, las aventuras de los libros de caballerías, o de santos.

Muy sutilmente Blasco conecta la decisión de don Quijote con una de las normas del pensamiento de los jesuitas, la ‘*indiferencia*’, “entendida como <<no querer nada por sí mismo>>, estar tan disponible como un cadáver, el <<buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida.>> Se trata, en definitiva, de que el ejercitante esté siempre dispuesto a lo que Dios decida. Esta misma indiferencia es la que caracteriza el errático viaje de don Quijote y ello no pasa desapercibido para Miguel de Unamuno que escribe al respecto: <<Resuelto don Quijote a hacerse armar caballero del primero que topase, se quitó y prosiguió su camino sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras. Y creyendo muy bien al creer así. Su heroico espíritu igual habría de ejercitarse en una que en otra aventura: en la que Dios tuviese a bien repararle>>”<sup>565</sup>.

En la siguiente comparación esquemática queda clara la relación, interna y externa, existente entre los tres fragmentos y cómo Cervantes se apropia de formas e ideas para amalgamar un texto independiente con retazos de las dos fuentes

RELATO	VIDA	QUIJOTE
se determinó en esto, scilicet, de <u>dejar ir a la mula con la rienda suelta hasta al lugar donde se dividían los caminos</u>	<i>determinó de <u>seguir su camino</u> hasta una encrucijada, de donde se partía el camino para el pueblo donde iba el moro, y allí soltar la rienda a la cabalgadura</i>	con esto se quietó y <u>prosiguió su camino</u> , sin llevar otro que aquel que su <u>caballo</u> quería
<b>pensando / pensamiento</b>		<b>pensamiento / pensamientos / pensaba</b>
<u>tenía</u> todo el entendimiento lleno de[...] semejantes <u>libros</u>	<i>como hubiese <u>leído en sus libros</u></i>	- según él había <u>leído en los libros</u> , que tal le <u>tenían</u> -Llenósele la fantasía de <u>todo</u> aquello que <u>leía en los libros</u> (QI, 1)
<u>veníanle</u> algunas cosas al <u>pensamiento</u> semejantes a aquellas; y así se determinó de velar sus <u>armas</u>	<i>velar sus <u>armas</u></i>	le asaltó un <u>pensamiento</u> terrible [...] <u>le vino</u> a la <u>memoria</u> que no era <u>armado</u> caballero
	<i><u>de caballerías</u></i>	<b><u>de caballería</u></b>
	<i><u>como caballero novel</u></i>	<b><u>como novel caballero</u></b>

### IMITATIO-INVENTIO

La intención de don Quijote nada más salir de su casa es “hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron”.

Basándose en ese propósito, Torrente Ballester comenzaba su lúcido ensayo con la definición del vocablo ‘parodia’: Imitación burlesca, escrita las más de las veces en verso, de una obra seria de la literatura.

<sup>565</sup> Blasco 2004.

El concepto de ‘imitación’ con el que se inicia la definición resulta, pues, básico en la idea de parodia que, junto al adjetivo ‘burlesco’, confirma el propósito de comicidad que le caracteriza. “Retenida, pues, la imitación como objeto inmediato de examen, lo primero que salta a la vista [...] es la necesaria existencia, y la no menos necesaria presencia, de ese <<modelo>> que se imita: estar presente de <<modo referencial>> es el modo de actuación del modelo, el cual, por necesidad, tiene que ser tenido en cuenta por el imitador o parodista, quien no introduce en él modificación alguna, sino que toma, de sus caracteres, los que le convienen, y los transfiere, debidamente modificados, a la obra nueva, a la parodia. En esto consiste, como es obvio, la imitación, la cual, por su parte, no se agota y realiza en esta etapa previa de la mera transferencia, sino que la utiliza como material básico de la proyectada obra nueva. A través de los caracteres transferidos, la obra <<seria>>, la obra <<imitada>>, permanece en la parodia, está presente y activa en ella, con función estructurante o constructiva las más de las veces, pero, al mismo tiempo, advirtiendo de que la obra parodiada está allí, remitiendo al lector a ella, objeto inmutable de relación”<sup>566</sup>.

Será difícil encontrar una explicación que defina tan matemáticamente la relación entre el Quijote y sus fuentes ocultas, la existencia y presencia en la novela de los modelos (Relato-Vida) de donde Cervantes toma cuanto le conviene para ‘transferirlo, debidamente modificado’, de forma que “la obra <<seria>>, la obra <<imitada>>, permanece en la parodia, está presente y activa en ella”.

Pero resulta que el Relato, la Vida y el Quijote son tres libros biográficos que narran, transfieren, debidamente modificada, la historia, ya escrita, de un personaje que murió no hace mucho tiempo. Los tres se basan en diversas fuentes orales y documentales, los tres imitan unos modelos, lo cual les permite hacer juicios de valor y jugar con la diversa información, con los diferentes criterios de cada uno de los autores, de forma que, además de imitar, Gonçalves, Ribadeneyra y Cervantes también inventan, crean un personaje que, siendo en el fondo el mismo, llega a parecer distinto, incluso contrario.

Nos encontramos, pues, ante una saga de autores en torno a un mismo tema donde la ‘*imitatio*’ y la ‘*inventio*’ se mezclan en insólita comunión, apoyándose en los textos con libertad y, por tanto, con capacidad crítica.

El interés de Cervantes en que apreciemos dicha conjunción es tan relevante que lo manifiesta rotundamente, en boca del “gracioso y bien intencionado” amigo, en el prólogo del primer Quijote

Solo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo, que, cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere.

Más que un consejo para la elaboración del prólogo, se trata de una reflexión, de un guiño dirigido a explicar la importancia de la imitación en el conjunto de la novela, de la que se dice que será más perfecta<sup>567</sup> cuanto más se imiten sus fuentes; don Quijote será más perfecto caballero cuanto mejor encaje su personalidad con la de Loyola, cuanto más se nutra del fondo y forma de las fuentes.

Ahora bien, Ribadeneyra realiza sobre el Relato un trabajo de imitación tan disparatadamente imperfecto que llega a ser más paródico que el de Cervantes, pero, sobre todo, no toma en cuenta “las <<puntualidades de la verdad>>”. Las puntualidades de la verdad no solo exigen seguir el decoro de la imitación verosímil de las acciones, sino que son también determinadas por los saberes: las ciencias del lenguaje y las

---

<sup>566</sup> Torrente 2004: 13-14.

<sup>567</sup> “La <<imitación perfecta>> consiste en la imitación del orden natural de las cosas [...] De allí que la imitación perfecta solo pueda ser lo que Aristóteles exige y prescribe que sea: verosímil, semejante a la verdad, la prefiguración de lo que podría ser” Rodríguez Vecchini 1999: 230-231.

ciencias de las cosas: del espacio, del tiempo, del movimiento, etc. Estos criterios científicos o técnicos, del *trivium* y el *cuadrivium*, no son, por supuesto, extraños a las exigencias de la imitación perfecta. Bien al contrario, sirven de medida de la verosimilitud [...] La prueba retórica, en cambio, no atañe a lo probable, en el sentido de lo verificable; solo busca que el argumento tenga la apariencia de la verdad para que sea creído y cumpla, por tanto, con la finalidad del arte de la retórica, que es la persuasión. Y la persuasión, claro está, es independiente de la verdad o de la verificación”<sup>568</sup>.

Debe hacerse hincapié en la diferencia entre los objetivos de la retórica y la historia, entre la persuasión y la búsqueda de la verdad, pues de ahí parte la idea central, la razón de ser de la obra de Cervantes: el historiador, el humanista, solo debe persuadir con la verdad. Lo contrario es engañar, algo radicalmente opuesto a los principios éticos, humanísticos y cristianos.

Por supuesto, la imitación y la verdad no están reñidas con la parodia, la alegoría o la crítica, porque la imitación no debe excluir la intención, pues incurriría “en la repetición”<sup>569</sup>.

Precisamente, una de las aspiraciones fundamentales de Loyola es la imitación permanente e intencionada de Cristo. El “mecanismo básico al cual recurre Ignacio para poner en práctica el crecimiento espiritual es la identificación con la persona de Cristo [...] hay que recordar que Ignacio era especialmente devoto de la *Imitatio Christi*”<sup>570</sup>, razón por la que muchos estudiosos de la novela han encontrado la proyección de ese libro sobre el personaje de don Quijote.

No es, pues, de extrañar que para Fernández Martín “Las andanzas del caballero manchego [sean] una caricatura casi perfecta de la vida de Jesucristo [...] Su locura es la misma que la de los santos y los mártires, solo que el caballero no persigue la santidad ni espera ser santificado. En este sentido se diría que Don Quijote secularizó la *imitatio Christi* sin por ello abandonarla del todo”<sup>571</sup>.

En el capítulo 25, cuando don Quijote “se halla a punto de emprender la imitación en toda regla de un caballero andante que hace penitencia”<sup>572</sup>, realiza la siguiente alabanza de la imitación

Digo asimismo, que cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe

La frase, pronunciada en Sierra Morena, hace referencia no solo a la imitación de los caballeros andantes mencionados por don Quijote, sino al verdadero objeto de la imitación paródica, la penitencia de Loyola en Manresa. Porque Cervantes pinta a don Quijote de forma muy similar a como aparece Loyola en los libros donde se recoge su penitencia: solo, rezando, ataviado con un saco, dejándose crecer las uñas y los cabellos, alimentándose de yerbas y viviendo en una cueva.

Según Riley, don Quijote, en Sierra Morena, “está tratando de vivir la literatura [...] porque en ningún otro momento encuentra mejor oportunidad de llevar a cabo la que él imagina ha de ser una imitación realmente espléndida de un caballero andante, una imitación perfecta en todos sus detalles”. La penitencia es, en efecto, pura literatura, igual que fue la de Loyola en Manresa, inspirada no sabemos si en algún santo concreto, en varios, o en una mezcla de vidas de santos y de caballeros andantes, no olvidemos que él mismo recuerda al principio del Relato cómo tenía toda la cabeza llena de

---

<sup>568</sup> Rodríguez Vecchini 1999: 233.

<sup>569</sup> Fernández Martín 2009: 82.

<sup>570</sup> Meissner 1995: 137.

<sup>571</sup> Fernández Martín 2009: 392, 386.

<sup>572</sup> Riley 1971: 109 y s.

semejantes libros (“como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes libros, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquellas”), tanto de los caballerescos que acaba de abandonar como de la nueva literatura, los libros de santos, que ahora ocupan su entendimiento<sup>573</sup>.

Porque, leyendo la vida de nuestro Señor y de los santos, se paraba a pensar, razonando consigo: ¿qué sería, si yo hiciese esto que hizo S. Francisco, y esto que hizo S. Domingo? [...] Mas todo su discurso era decir consigo: S. Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. (R,7)

Sobre tales deseos de imitación se insiste varias veces en los comienzos del Relato

-Y aquí se le ofrecían los deseos de imitar los santos, no mirando más circunstancias que prometerse así con la gracia de Dios de hacerlo como ellos lo habían hecho (R,9).

-Y así, cuando se acordaba de hacer alguna penitencia que hicieron los Santos, proponía de hacer la misma y aun más (R,14).

-su intención era hacer estas obras grandes exteriores, porque así las habían hecho los Santos para gloria de dios, sin mirar otra ninguna más particular circunstancias (R,14).

También Ribadeneyra recoge profusamente en la Vida el propósito de imitación constante del primer Loyola. Veamos un par de ejemplos

*-Y no solamente comenzó a gustar, mas también a trocársele el corazón, y a querer **imitar** y obrar lo que leía.(Vida I, II).*

*-vínole al pensamiento un ejemplo de un santo que, para alcanzar de Dios una cosa que le pedía, determinó de no desayunarse hasta alcanzarla. A cuya **imitación** propuso él también de no comer ni beber hasta hallar la paz tan deseada de su alma, si ya no se viese por ello a peligro de morir. (Vida I, VI).*

Las intenciones de don Quijote, como ampliamente queda reflejado a lo largo de la obra, son exactamente las mismas, imitar a sus héroes mezclando, sin orden ni concierto, personajes históricos con personajes ficticios

-propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron. (QI, 2).

-Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje (QI, 2).

-Apenas los divisó don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y, por **imitar** en todo cuanto a él le parecía posible los pasos que había leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer (QI, 4).

-Y no piense, Sancho, que así a humo de pajas hago esto, que bien tengo a quien **imitar** en ello (QI, 10).

---

<sup>573</sup> “Ignacio recuerda la viva impresión que le causó durante su convalecencia <<un libro de la vida de los santos>>, identificado con una traducción castellana de la *Legenda aurea* de Jacobo de Vorágine. La lectura le proporciona unos modelos dignos de imitación, en especial las vidas de Santo Domingo y San Francisco, dos santos fundadores de distintas órdenes que dedicaron su vida a la predicación. Además, podía sentirse identificado con parte de la hagiografía del Santo italiano: <<Durante su juventud ejerció el oficio de comerciante y vivió entregado a las vanidades del mundo hasta que cumplió veinte años; pero, cuando tenía más o menos esta edad, el señor lo castigó con el azote de una enfermedad, le movió a cambiar de conducta y lo transformó repentinamente en otro hombre>> [...] Entre las tipologías de las vidas de santos, para mi interés actual distingo dos estereotipos diferentes: la *hagiografía de la degradación*, en la que se cuenta una vida cuya santidad está ya apuntada desde el nacimiento o desde su infancia, como la de Santo Domingo, y la *hagiografía de la transformación*, en la que el personaje, tras una profunda <<crisis>>, abandona su vida anterior”. Cacho 1992: 134.



-Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la **imitación** que hizo a la penitencia de Beltenebros (QI, 25).

-Y podrá ser que viniese a contentarme con sola la **imitación** de Amadís (QI, 25).

En definitiva, ambos evolucionan de forma paralela, estimulando sus respectivas imaginaciones con lecturas y soñando con emular a los más famosos santos o caballeros. Loyola quiere imitar a san Francisco y a santo Domingo, y don Quijote al Cid o al Caballero de la Ardiente Espada, da lo mismo, las leyendas existentes sobre ambos eran tan ficticias, tan adornadas de fantasías (de ahí la irónica frase explicativa “según dice la historia”) como las de los santos admirados por Loyola, al que vemos hablando consigo mismo (“todo su discurso era decir consigo”) y citando expresamente a los santos que desea imitar, tal como hace don Quijote (Decía él) hablando solo y nombrando y admirando a sus héroes.

En sus inicios Loyola quiere imitar a los santos en sus acciones externas<sup>574</sup>, confundía la espiritualidad con “grandes exteriores” y pensaba que para ser santo era suficiente con imitar los gestos externos de los más famosos, de ahí sus deseos de hacer lo mismo que san Francisco o santo Domingo, transformados ahora en sus nuevos héroes<sup>575</sup>. También don Quijote quiere imitar a los héroes de sus libros por sus hazañas, así que las raíces de la locura de don Quijote, sus deseos de imitar a los caballeros y redimir al mundo<sup>576</sup>, se encuentran en el libro de Gonçalves, pues Cervantes se inspira en la fantasía vehemente y exaltada de Loyola que, en sus ensueños, proyecta el “mundo ficticio de los libros sobre el mundo real que le circunda [...] su locura no origina una pérdida de la facultad del entendimiento, ni le deja en manos del instinto irracional, sino que procede de la misma agudeza de su espíritu y de su natural imaginativo, que le hace vivir absorto en la ficción y el ensueño”<sup>577</sup>.

Estos razonamientos de Vilanova sobre don Quijote son fácilmente extrapolables a la personalidad de Loyola que emerge del Relato, y así parece que lo vio Cervantes, pues los sueños de gloria militar y la evolución hacia un ideal divino, son los mismos atribuidos a don Quijote, cuya voluntad era “ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban”.

Leturia demuestra con varias comparaciones cómo Loyola, durante su convalecencia, no solo se influye de los libros leídos, sino que los imita y toma como modelo para sus inicios y primeras peregrinaciones, porque su voluntad era todavía juguete de sus propios pensamientos, de santidad ahora, de mundo un instante después. Pero poco a poco, continúa Leturia, el vaivén entre los ensueños mundanos y divinos se fue

---

<sup>574</sup> “Como sucesor de Domingo y de Francisco puede brillar también, puede batir marcas de voluntad, incluso cojeando de una pierna [...] Francisco obtuvo laureles en este ejército. Domingo fue ascendido a santo también en este ejército. ¿Por qué el caballero Loyola no va a brillar por su fama? La estrella de Amadís palidece. Traspasa sus atractivos colores al cielo del Redentor.” Marcuse 1997: 41.

<sup>575</sup> Según Leturia el valor y la entereza demostrados en Pamplona y durante la convalecencia se reflejan en la admiración que comienza a sentir por el “aspecto práctico y heroico de los santos [...] Se trataba de obrar, de señalarse entre los héroes, de labrarse un porvenir con sus hazañas. Y ¿no eran héroes los santos? Y si lo eran ¿por qué él, que a nadie pensaba ceder la palma en proezas, no iba a hacer lo que ellos hicieron” Leturia 1941: 16.

<sup>576</sup> “lo que hace don Quijote, en la Primera parte sobre todo, es *locura*, una locura que consiste en querer mejorar el mundo, incluso en querer redimirlo. Se arroga, pues, don Quijote –aunque no sea intencionadamente- casi un papel de redentor divino, lo cual es, en el Siglo de Oro, un pecado grave, pura soberbia y pura arrogancia, pues no le concierne al hombre entrometerse en lo que es de Dios” Neuschäfer 1999: 42.

<sup>577</sup> Vilanova 1989: 30-33.

inclinando hacia el último y el “hidalgo tocado por la gracia, se replegó más bien a senos recónditos del espíritu, iniciando en ellos una transformación radical y callada”<sup>578</sup>. También don Quijote oscila en un vaivén incesante. Por un lado, y de forma manifiesta, los libros de caballerías, por otro, y de forma encubierta, las fuentes ignacianas, las que dotan a la novela del sentido de parábola “de una vida religiosa entendida como prueba”<sup>579</sup>, algo notoriamente apreciado en los episodios ambientados en la penitencia de Sierra Morena.

Aunque no es este el momento de recrearse en el complejo trabajo de imitación desarrollado por Cervantes en dicha penitencia, veamos una breve muestra indicativa de cómo las fuentes esenciales de dicha imitación no son, como se viene sosteniendo, los libros de caballerías, sino, básicamente, la información procedente del Relato y la Vida, porque una cosa es lo que dice don Quijote, o el narrador, y otra lo que calla Cervantes

Y puesto que yo no pienso imitar a Roldán, o Orlando, o Rotolando (que todos estos tres nombres tenía), parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo, como mejor pudiere, en las que me pareciere ser más esenciales. Y podrá ser que viniese a contentarme, con sola la imitación de Amadís, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama, como el que más. (QI, 25).

En esta respuesta don Quijote nos adelanta información sobre sus ideas futuras, sobre las normas o reglas que van a regir su comportamiento como penitente en los siguientes capítulos. Su intención, dice, es imitar, en lo esencial, a Orlando, aunque él mismo se corrige y apunta que, a lo mejor, se conforma con imitar a Amadís.

Don Quijote habla de posibilidades, de comportarse haciendo un bosquejo de las penitencias de Orlando “como mejor pudiere”, como vaya saliendo. Aunque esa expresión coloquial también puede incluirse en el grupo de advertencias cautelares que, como veremos enseguida, aparecen unidas al concepto de imitación. Porque al explicar sus propósitos, don Quijote también expone los de Cervantes, cuya intención es, realmente, hacer un bosquejo, imitar, en lo posible, la esencia de la penitencia de Loyola en Manresa (probablemente muy inspirada en la de Amadís) con el tono y las exageraciones que lo muestra Ribadeneyra, haciendo el desesperado, gimiendo, llorando e imitando a otros santos

*Habiase pasado en este tiempo del hospital a un monasterio de Santo Domingo que hay en Manresa, adonde aquellos padres le hicieron mucha caridad, y estaba aposentado en una celda cuando pasaba esta grande tormenta, la cual no aflojaba punto con los gemidos y lágrimas, antes se acrecentó por un torbellino nuevo que le apretó muy fuertemente con un desesperado pensamiento, que le decía que se echase de una ventana abajo de su celda y se despeñase; mas él respondía: No haré tal, no tentaré a mi Dios -; y con esto se volvía a Dios y decía: - ¿Qué es esto, Señor? Vos no sois mi Dios y mi fortaleza? Pues ¿cómo, Señor, me queréis echar de Vos? ¿Por qué permitís que ande tan triste y así me aflija mi enemigo que me da grito preguntándome cada hora: ¿adónde se te ha ido tu Dios? Dando, pues, a Dios estas amorosas quejas y estos penosos gemidos, vínole al pensamiento un ejemplo de un santo que, para alcanzar de*

---

<sup>578</sup> Leturia 1941: 181.

<sup>579</sup> “Vivir en sentido cristiano es <<imitación de Cristo>> Para ello se necesitan abnegación y aceptación de la cruz y el sufrimiento. De forma similar, don Quijote también se propone una imitación. Su modelo a seguir es el caballero tal y como aparece representado en las novelas de caballerías. Sus tres salidas se convierten para él en pruebas a las que tiene que someterse. De acuerdo con su tarea como caballero tiene que autorrealizarse cumpliendo con su deber cristiano de apoyar a los oprimidos y a los débiles y de probar sus virtudes caballerescas. Sus salidas se convierten así en parábolas de una vida religiosa entendida como prueba.” Schmauser-Walter 1998: 94.

*Dios una cosa que le pedía, determinó de no desayunarse hasta alcanzarla. A cuya imitación propuso él también de no comer ni beber hasta hallar la paz tan deseada de su alma, si ya no se viese por ello a peligro de morir. (Vida I, VI).*

La intención de don Quijote es hacer locuras “de lloros y sentimientos”, algo muy parecido a los “*gemidos y lágrimas*” y a las “*amorosas quejas*” y “*penosos gemidos*” que Ribadeneyra atribuye caprichosamente a Loyola que, además, tiene propósitos de ayunar e imitar a un santo. ¿No son, en lo esencial, objetivos semejantes?

Cervantes aspira a realizar una parodia perfecta, pero también desea, por varios motivos, cumplir con la condición básica de la imitación literaria señalada por la erudición del siglo XVI, que existiese cierto parecido entre el imitador y el autor imitado, que se dejase entrever, para honrar o burlar, el trabajo de base.

“La imitación cervantina responde a un plan preconcebido y tiene un evidente sentido paródico y ejemplarizante”<sup>580</sup>, pues debe considerarse como alguna “de las formas en las que los autores reales contrarrestaban la censura”<sup>581</sup>, “la propuesta de Cervantes se reduce a un intento de aprovechar la receptividad de los lectores, orientándola hacia fines humanamente constructivos, en suma, a humanizarlos más por medio de la lectura. Leer por puro entretenimiento no es suficiente ni debería serlo para un escritor que se respete a sí mismo; pero tampoco para un lector”<sup>582</sup>.

La ética de Cervantes es en ese aspecto tan rigurosa que, aunque no debe pronunciarse claramente sobre el autor o autores objetos de su imitación, sí renuncia al honor de la total autoría, llegando incluso a negar, como vimos, su paternidad con una frase (“yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de don Quijote”) en la que resalta el origen imitativo de la novela que, por otra parte, contiene los requisitos de originalidad e imaginación requeridos, también, por la preceptiva de la época: “Escritores como Petrarca y Erasmo defienden la imitación, pero procurando que ésta sea compatible con la expresión de una cierta originalidad, que es la captada por nuestra propia experiencia”<sup>583</sup>.

En otras ocasiones insiste Cervantes en el carácter imitativo de su obra, casi siempre en momentos en los que el paralelismo con algún hecho significativo de la vida de Loyola resulta bastante evidente, como en la vela de armas o en la encrucijada de caminos, dos ejemplos reconocidos y defendidos hasta por los propios jesuitas, aunque siempre vía Ribadeneyra, nunca del Relato.

Cervantes llega incluso a comunicarnos, a través del narrador, su propósito de imitar hasta el lenguaje de los libros

Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, **imitando en cuanto podía** su lenguaje. (QI, 2).

De nuevo una expresión (“en cuanto podía”) sugiere, ambiguamente, la prudencia en las tareas imitativas, en el trasvase del lenguaje religioso al caballeresco. Tal idea de cautela, de precaución es tan importante en la novela que, un par de capítulos después, vuelve a insistirse en ella

Apenas los divisó don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y, por **imitar en todo cuanto a él le parecía posible** los pasos que había leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer. (QI, 4).

Se trata de imitar sin sobrepasarse, sin llegar a desvelar, a manifestar la procedencia de la imitación, pues todas las actuaciones de don Quijote están motivadas por dicho principio

---

<sup>580</sup> Fernández Martín 2009: 69.

<sup>581</sup> Dopico 2003: 136.

<sup>582</sup> Fernández Martín 2009: 97.

<sup>583</sup> Ayuso-García 1990.

-Y no pienses, Sancho, que así a humo de pajas hago esto, que bien tengo a quien **imitar** en ello (QI, 10).

-confieso que me he retirado, pero no huido, y en esto he **imitado** a muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores, y desto están las historias llenas (QII, 28).

También Loyola, en Alcalá o Salamanca, por ejemplo, guardó sus fuerzas para tiempos mejores, porque, en definitiva, siempre que don Quijote habla de imitación, lo hace de tal forma que potencia la asociación con el tema de fondo latente hasta el último capítulo de la novela, donde Alonso Quijano, libre de todas las veleidades imitativas que le han hecho ser don Quijote, muere en su cama un 31 de julio, el mismo día en que muere en Roma el hombre Iñigo de Loyola. A partir de ese momento, las dos leyendas, la de Ignacio y la de don Quijote, inician una andadura universal.

De esa forma, el persistente propósito de imitación se cumple desde el primero hasta el último capítulo. Cervantes no crea desde la nada, sino que permanece ligado a una línea biográfica trazada por otros escritores que, en el fondo, dictan cada uno de los pasos de don Quijote.

El siguiente cuadro de referentes ofrece una idea esquemática de la intensa relación existente entre la novela y sus fuentes. Resulta muy significativa la repetición del verbo ‘proponer’, o ‘proponer-hacer’, asociado a la idea de ‘imitar’

RELATO	VIDA	QUIJOTE
Deseos de <b>imitar</b> los santos	<i>querer <b>imitar</b> y obrar lo que <b>leía</b></i>	<b>imitar</b> en todo cuanto a él le parecía posible los pasos que había <b>leído</b> en sus libros
<b>hacerlo</b> como ellos lo habían hecho	<i>vínole al pensamiento un <u>ejemplo</u> de un santo</i>	le pareció venir allí de molde uno que pensaba <b>hacer</b>
deseos de <b>imitar</b> los santos [...] hacerlo <u>como ellos lo habían hecho</u> cuando se acordaba de <u>hacer alguna penitencia que <b>hicieron</b> los Santos, <b>proponía de hacer</b> la misma y aun más</u>	<i>-A cuya <b>imitación</b> propuso él también de no comer ni beber - por <b>imitar</b> él</i>	<b>propuso de hacerse</b> armar caballero del primero que topase, <b>a imitación de otros muchos que así lo <b>hicieron</b></b>
cuando se acordaba de <b>hacer</b> alguna <b>penitencia</b> que hicieron los Santos		imitación que <b>hizo</b> a la <b>penitencia</b> de Beltenebros

### RUBICUNDO APOLO

Volvamos, tras la digresión, al momento de la salida de don Quijote, al punto en el que, tras el “pensamiento terrible” que le hizo titubear de su propósito, encuentra la solución y decide armarse caballero del primero que topase, algo que le relaja (“con esto se quietó”) y estimula su imaginación mientras se deja llevar por Rocinante

Yendo pues caminando nuestro flamante aventurero, iba **hablando consigo mismo, y diciendo**

En el capítulo anterior vimos las múltiples formas utilizadas por Ribadeneyra para referirse a Loyola anteponiendo, casi siempre, el afectivo “nuestro” (“*nuestro Ignacio*”, “*nuestro peregrino*”, etc.). “Se trata de un valor redundante que no indica pertenencia, como lo hace el uso normal, sino que denota una relación de complicidad entre el

escritor y el lector”<sup>584</sup>. Cervantes parodia el uso abusivo de dicho ‘valor redundante’ anteponiendo también el término al nombre de don Quijote. En los dos primeros capítulos ocurre en cinco ocasiones y siempre con una afectividad no exenta de ironía y de guasa.

En este caso, al denominar a don Quijote “nuestro flamante aventurero”, se alude a su recién estrenada actividad, paralela a la nueva situación de Loyola que, alejado definitivamente de su profesión militar y convertido en un intrépido peregrino, pretendía llegar a Jerusalén a pie y sin ningún tipo de medios, una arriesgada empresa que lo convirtió, como a don Quijote, en un ‘flamante aventurero’.

Más adelante veremos cómo ese sentido de aventurero se amplía de acuerdo con las distintas vicisitudes, o aventuras, vividas por el peregrino.

Pero oigamos el soliloquio de don Quijote, lo que va diciendo mientras, entregado al discurrir de su caballo, delira por la llanura manchega

-¿Quién duda, sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? "**Apenas había** el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha, y espaciosa tierra, las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas, habían saludado con dulce, y meliflua armonía, la venida de la rosada Aurora, que dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas, y balcones del Manchego horizonte, a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo, y conocido campo de Montiel" (Y era la verdad que por él caminaba) Y añadió diciendo:

-Dichosa edad, y siglo dichoso, aquel donde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia!, ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.

Según Fernández Martín, “El *Quijote* es una historia desnuda prácticamente de descripciones, si se exceptúan las que el narrador introduce al comienzo de algunos capítulos, parodiando los retratos de paisajes que Don Quijote había leído en los libros de caballerías”<sup>585</sup>.

En ese apartado de parodia paisajística debe incluirse gran parte del anterior monólogo de don Quijote, en el que se distinguen, si no dos voces, sí, al menos, un intérprete de dos discursos diferenciados por autoría y estilo.

El primero es del propio don Quijote. El otro, también de él, debe atribuirse a un supuesto autor de libros de caballerías que describirá, en el futuro, su primera salida. Desde ese planteamiento analicemos ambos discursos.

El primero, fragmentado en dos partes por el segundo, comienza con una pregunta retórica cargada de matices y sugerencias en la que don Quijote, “no solo se imagina un gran caballero, se imagina también el texto del sabio historiador a quien tocará narrar sus valerosas hazañas”<sup>586</sup>.

¿Quién **duda**, sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no

---

<sup>584</sup> Torruella 2008.

<sup>585</sup> Fernández Martín 2009: 118.

<sup>586</sup> Johnson 1995.

ponga cuando llegue a **contar** esta mi **primera salida tan de mañana**, desta **manera**?

Resulta chocante y presuntuoso que nada más salir, antes de realizar empresa alguna, pronostique que sus “hechos” llegarán a ser famosos. Sorprende, igualmente, la caracterización de dicha historia como “verdadera” pues, además, acto seguido, con el breve ejemplo ofrecido por don Quijote, se comprobará que el supuesto fragmento de dicha historia no brilla precisamente por su fidelidad a los hechos.

En efecto, si analizamos el texto atribuido por don Quijote al supuesto historiador, lo primero que llama la atención es “la concentración de epítetos, hipérbatos, metáforas manidas o alusiones mitológicas que dan a estos fragmentos descriptivos un aspecto fuertemente artificioso, afectado y retoricista”<sup>587</sup>. Pero, además, lo realmente sorprendente es su contenido, la falta de veracidad, pues don Quijote no acaba de dejar “la blanda cama del celoso marido”, sino su solitaria cama de soltero. Tampoco se ha mostrado triunfal al mundo (“por las puertas, y balcones del Manchego horizonte, a los mortales se mostraba”) sino que ha salido a hurtadillas, por la puerta falsa de la casa. Al margen del amanecer “de arcadias imposibles”<sup>588</sup>, de la tópica retórica mitológica utilizada por el supuesto “sabio” para decir, simplemente, que amanecía en el momento en que don Quijote salió de su casa, lo realmente importante es la falta de verosimilitud que, como norma, él mismo atribuye a los libros que le han hecho perder la cabeza.

En ese sentido, el fragmento resulta revelador, en cuanto presenta a un don Quijote profundo conocedor de la mecánica especulativa de los libros<sup>589</sup> de ficción, de cómo mienten, de cómo convierten una simple y sencilla salida de casa en una altisonante y suntuosa entrada en la eternidad.

¿Por qué, entonces, ha definido tal historia, tal forma de hacer historia, como “verdadera”?

La respuesta se encuentra en los inicios de la Vida, en el prólogo dedicado por Ribadeneyra “A los hermanos en Cristo carísimos de la Compañía de Jesús”, donde aparece una declaración de principios que interesa releer

*Y porque la **primera** regla de la buena historia es, que se guarde **verdad** en ella, ante todas cosas protesto, que no diré aquí cosas inciertas y **dudosas**, sino muy sabidas, y averiguadas. **Contaré** lo que yo mismo oí, vi y toqué con las manos en nuestro B. P. Ignacio, a cuyos pechos me crié desde mi niñez y tierna edad. Pues el Padre de las misericordias fue servido de traerme el año de mil y quinientos y cuarenta (antes que yo tuviese catorce años cumplidos, ni la Compañía fuese confirmada del Papa) al conocimiento y conversación de este santo varón. La cual fue de **manera**, que dentro y fuera de casa, en la ciudad y fuera de ella, no me apartaba de su lado, acompañándole, **escribiéndole** y sirviéndole en todo lo que se ofrecía, notando sus meneos, dichos y hechos, con aprovechamiento de mi ánima y particular admiración. La cual crecía cada día tanto más, cuanto él iba descubriendo más de lo mucho que en su pecho tenía encerrado, y yo con la edad iba abriendo los ojos, para ver lo que antes por falta de ella no veía. Por esta tan íntima conversación, y familiaridad que yo tuve con nuestro Padre, pude ver y notar, no solamente las cosas exteriores y patentes que estaban expuestas a los ojos de muchos, pero también algunas de las secretas que a pocos se descubrían. También diré lo que el mismo padre contó de sí, a ruegos de toda la Compañía. (Vida, A los hermanos).*

---

<sup>587</sup> Paz Gago 1995: 137

<sup>588</sup> Penón 2009: 500.

<sup>589</sup> “Este hipotético narrador ideal, según don Quijote, tomaría su estructura discursiva exclusivamente del ámbito de la escritura”. Sacido 1997: 46.

Ribadeneyra declara, ante todo, su intención de no decir “*cosas inciertas y dudosas, sino muy sabidas, y averiguadas*”, porque la “*verdad*” es “*la primera regla de la buena historia*”. Promete, pues, información documentada y contrastada sobre todo lo que dirá, algo que, como ya sabemos, no es realmente cierto pues, por ejemplo, sobre la anécdota del gran “estallido”, o temblor, no existe tal documentación ni certeza, al contrario, o es invención suya o pura leyenda. Lo mismo ocurre, como se irá viendo, en otros muchos episodios de la Vida.

Sin embargo, a sabiendas del componente ficticio que caracteriza a su libro, a sabiendas de la falta de rigor documental y racional en todo cuanto escribe, Ribadeneyra no duda en calificar su obra de “*buena historia*” o de ‘*historia verdadera*’, tal como la define fray Luis de Granada en una de las conocidas Cartas al prólogo de la Vida, y en la que el célebre dominico certifica la verdad del contenido del libro basándose en que sería imposible desviarse “*un cabello*” de la verdad ante “*tantos testigo de vista*”

*y hace más verdadera su historia, pues se escribió en tiempo de tantos testigos de vista, donde no era lícito desviarse un cabello del hilo de la verdad (Vida, Granada I).*

Lo que Granada calla es que ningún testigo, nadie contrario a lo dicho por Ribadeneyra sobre Loyola, se atrevería a hablar, es como jactarse de la falta de oposición en épocas de Stalin, Franco, Pinochet o los hermanos Castro. La prueba incuestionable de la existencia de esa mordaza dictatorial es el silencio general en torno al secuestro del Relato, o la trabajosa y enrevesada forma utilizada por Cervantes para poder denunciarlo.

Pero, además, Ribadeneyra se arroga en el anterior fragmento una información privilegiada (“*lo que yo mismo oí, vi y toqué con las manos*” “*íntima conversación, y familiaridad*”) de la que alardea en varias ocasiones (“*dentro y fuera de casa, en la ciudad y fuera de ella, no me apartaba de su lado, acompañándole, escribiéndole y sirviéndole en todo lo que se ofrecía, notando sus meneos, dichos y hechos*”) y que en ningún momento se aprecia en la Vida, fundamentalmente porque Loyola huía de la afectividad o el favoritismo con cualquiera de sus compañeros.

Otra cosa es que Ribadeneyra buscara todo eso, como lo prueba el hecho de que se vanaglorie de ello una vez muerto, lo que sugiere la profunda decepción que debió sufrir al sentirse repudiado y sustituido para la elaboración del Relato por un compañero portugués que solo llevaba en Roma unos meses y al que Loyola no había visto en su vida.

Son detalles a tener en cuenta porque, de muchas maneras, Cervantes vertió en la novela el trasfondo de tensiones y resquemores internos que el frustrado Ribadeneyra deja traslucir en su obra.

Pero siguiendo con la cuestionada declaración de principios colocada al frente de la Vida y dedicada a sus “hermanos”, Ribadeneyra dice notar “*sus meneos*” (el oscilante movimiento producto de la cojera) y, también, sus “*dichos y hechos*”.

Es el último sustantivo, “*hechos*”, el que de nuevo llama la atención al conectar el fragmento con la novela, pues no olvidemos que don Quijote se ha preguntado a sí mismo sobre sus “*famosos hechos*”, un vocablo con el que se alude, expresamente, al Relato.

Recordemos que el Relato, la verdadera historia de la vida de Loyola contada por él mismo, no fue editado hasta el siglo XX y que ninguno de los manuscritos encontrados otorga al libro un título concreto, de forma que su denominación a lo largo de la historia ha dependido siempre de la voluntad de los editores modernos, por lo que puede encontrarse bajo cualquiera de los siguientes nombres: *Actas del P. Ignacio, Autobiografía, Relato del peregrino, El peregrino, Memorias, o Confesiones*.

No obstante, el Padre Nadal, en el prólogo que hacia 1567 escribió para la edición latina de Aníbal de Coudray, incluyó una frase (“Estos son los ‘*Hechos*’ del P. Ignacio, tal como hoy se hallan en circulación”) en la que le otorga al Relato el título de ‘Hechos’, no sin cierta petulancia en cuanto que con esa denominación equipara la vida de Ignacio, el Relato, con la obra de san Lucas ‘Hechos de los Apóstoles’.

Lo importante del dato es que sugiere la posibilidad de que en época de Cervantes se conociera al Relato, clandestinamente, con el nombre de ‘Hechos’ del P. Ignacio, un libro que debía ser famoso no solo por su secuestro sino porque en él se narran, precisa y sinceramente, las cárceles y demás ‘hechos’ represivos sufridos por Loyola y que le hicieron famoso. A ellos parece referirse sutilmente don Quijote con “mis famosos hechos”, de forma que la expresión, “la verdadera historia de mis famosos hechos”, contiene en sí una sutilísima referencia al complejo entramado de las fuentes quijotescas; por un lado a la falsa Vida que, sin lugar a dudas, será presentada como “verdadera historia” de los famosos hechos; por otro al Relato, mencionado oblicua y enrevesadamente por Ribadeneyra en el anterior fragmento de la Vida (“*También diré lo que el mismo padre contó de sí, a ruegos de toda la Compañía*”).

Ya comentamos en el apartado dedicado a la Vida la trascendencia e importancia que Ribadeneyra concedió a este prólogo y cómo fue modificándolo y enturbiándolo en sucesivas ediciones, siempre con la intención de decir las cosas a medias y de forma lo suficientemente ambigua como para que su conciencia quedara tranquila y, al mismo tiempo, la verdad no pudiera llegar a conocerse.

Relee, por favor, amable lect@r, y a ser posible en voz alta, aquel texto, incluso toda la *Dedicatoria*, porque ahí se encuentra uno de los motivos esenciales que movieron a Cervantes a escribir sobre la verdad, la ética y los principios del humanismo. Ahí se encuentra la clave, el sentido de la pregunta retórica formulada por don Quijote y de la tópica y mentirosa respuesta que él mismo ofrece al poner un ejemplo de la forma en la que “**el sabio que** los escribiere” narrará su primera salida. Porque el sabio, al que los “libros de caballerías se atribuyen con frecuencia”<sup>590</sup>, no es otro que Ribadeneyra que, en la comentada dedicatoria que está sirviendo de núcleo paródico de este momento de la novela, sugiere la idea del sabio escritor a quien don Quijote atribuye el amanecer ripioso

*De los vivos diremos poco; de los muertos algo más, conforme a lo **que el Sabio** nos amonesta, que no alabemos a nadie antes de su muerte dando a entender (como dice San Ambrosio) que le alabemos después de sus días y le ensalcemos después de su acabamiento*

Ribadeneyra, en otro alarde más de erudición retórica, dice regirse por las reglas del ‘sabio’, por eso don Quijote profetiza que sus ‘hechos’ serán escritos por un sabio, al que atribuye un discurso del que podría decirse lo mismo que de la Vida: “don Quijote recurre a un estilo sobrecargado de metáforas y figuras retóricas, un estilo excepcional por lo excesivo, monstruoso en el sentido de desproporcionado y raro. Como en una acción reminiscente del parto del monstruo, el lenguaje se multiplica en boca de don Quijote”<sup>591</sup>.

Aunque el proceso de imitación seguido por Cervantes parodia en estos fragmentos el artificioso estilo y los calculados métodos utilizados por Ribadeneyra, también, en la breve pregunta retórica de don Quijote, se aprecia una significativa cantidad de referentes comunes con el párrafo núcleo de la Vida, coincidencia que solo puede admitirse como resultado de una clara voluntad paródica.

---

<sup>590</sup> Quijote 1998: 18: 46.

<sup>591</sup> Miñana 2005.



En conclusión, además del adjetivo ‘primera’ que abre el texto de Ribadeneira y casi cierra el de la novela, en ambos casos se antepone el respeto a la verdad como principio fundamental de la historia escrita. También en ambos casos se definen las actuaciones de los protagonistas como “hechos”, Ribadeneira habla de los “*dichos y hechos*” de Loyola, don Quijote de sus “famosos **hechos**”. Por último, en los dos textos se utilizan los verbos contar, escribir y dudar, aunque este último aparece en la Vida como adjetivo. A ello debe añadirse el sustantivo sabio, más inusual y también presente en la Dedicatoria de la Vida. Comparemos el conjunto esquemáticamente

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<b>dudosas</b>	<b>duda</b>
<i>buena historia</i>	verdadera <b>historia</b>
<i>verdad</i>	<b>verdadera</b>
<i>dichos y hechos</i>	famosos <b>hechos</b>
<i>que el Sabio</i>	<b>que el sabio</b>
<i>escribiéndole</i>	<b>escribiere</b>
<i>contaré, contó</i>	<b>contar</b>
<i>primera</i>	<b>primera</b>
<i>de manera</i>	<b>de esta manera</b>

Precisamente el verbo dudar, al comienzo de la pregunta de don Quijote, inicia el planteamiento crítico de Cervantes, la burla, la denuncia a los hipócritas procedimientos de Ribadeneira, pues en esa misma declaración de principios, tan aparentemente sincera y comprometida, sobre todo viniendo de un religioso, se oculta el primer engaño, la promesa de no decir “*cosas inciertas y dudosas*”, inmediatamente rota cuando, al final del fragmento, concluye: “*También diré lo que el mismo padre contó de sí, a ruegos de toda la Compañía*” .

Al referirse al Relato sin nombrarlo, ya se aprecia una voluntad de engañar, de no decir la verdad pero, como vimos en su momento, a partir de esa frase y para separarla de la oscura alusión al autor del Relato (“*contando al padre Luis Gonçález de Cámara, con mucho peso y con un semblante del cielo, lo que se le ofrecía; y el dicho padre, en acabándolo de oír, lo escribía casi con las mismas palabras que lo había oído*”) introdujo quince o veinte líneas de prosa forrajera, argucia que vuelve a repetir inmediatamente y con el mismo tono y cantidad para separar la anterior cita de la última referencia a las obras de Gonçalves (“*Y todo esto tengo yo como entonces se escribió*”). La prueba de la manifiesta voluntad de engañar oculta tras la *Dedicatoria* ha sido su eficacia, el hecho de que Gonçalves y su obra hayan pasado desapercibidos para la inmensa mayoría de los sagaces estudiosos durante más de cuatro siglos.

En definitiva, don Quijote no duda de que, en los venideros tiempos, se publicará un libro con marchamo de verdadera historia, donde lo importante no será la verdad, sino la idea preconcebida del caballero andante, el tópico literario de una salida en la que prima la retórica y todo el artificio pseudo literario que envuelve a la prosa no comprometida con la verdad. Pero, según el resto del monólogo, no es eso lo que desea, sino lo que teme, lo que ve venir, pues conoce muy bien a los autores de ese tipo de literatura con la que ha enloquecido y con la que, al parecer, según se deduce de la imaginada salida mitológica, ahora se muestra irónico y crítico.

Cervantes se ha colado de nuevo en la mente de Loyola antes de morir, antes de rechazar a Ribadeneira como confidente y elegir a Gonçalves. De las circunstancias del nacimiento del Relato dedujo que Loyola no deseaba una biografía caracterizada por la retórica ampulosa y vacua, no deseaba una biografía al uso, sino un relato de la verdad,

donde los hechos de su vida quedaran escrupulosamente recogidos, con la mayor fidelidad posible a sus palabras, y sin quitar ni añadir información según intereses espurios.

### EN POS DEL CAZADOR

Corroborar la intencionalidad paródica del discurso otro fragmento perteneciente, también, al mismo capítulo dos de la Vida, igualmente imprescindible para comprender el objetivo de la burla lingüística, de las razones estilísticas y literarias que movieron a Cervantes a repetir en varias ocasiones estos mismos planteamientos.

Según Ribadeneyra, entre todas las ocupaciones de Ignacio antes de ponerse en camino, ninguna le satisfacía tanto como “*estar mirando atentamente la hermosura del cielo y de las estrellas, lo cual hacía muy a menudo y muy de espacio*”

*Y fue tanta la costumbre que hizo en esto, que aun le duró después por toda la vida; porque muchos años después, siendo ya viejo, le vi yo estando en alguna azotea, o en algún lugar eminente y alto de donde se descubría nuestro hemisferio y buena parte del cielo, enclavar los ojos en él; y a cabo de rato que había estado como hombre arrobado y suspenso y que volvía en sí, se enternecía y saltándosele las lágrimas de los ojos (por el deleite grande que tenía su corazón), le oía decir: <<¡Ay, cuán vil y baja me parece la tierra, cuando miro al cielo; estiercol y basura es>> Trató también lo que había de hacer a la vuelta Jerusalén; pero no se determinó en cosa ninguna, sino que, como venado sediento y tocado ya de la yerba, buscaba con ansia las fuentes de aguas vivas, y corría en pos del cazador que le había herido con las saetas de su amor. Y así de día y de noche se desvelaba en buscar un estado y manera de vida, en el cual, puestas debajo de sus pies todas las cosas mundanas y la rueda de la vanidad pudiese él castigarse y macerarse con extremado rigor y aspereza, y agradar más a su Señor. (Vida I, II)*

Ribadeneyra ha colocado a Loyola ante un paisaje espectacular (“*en algún lugar eminente y alto de donde se descubría nuestro hemisferio y buena parte del cielo*”), en un escenario más propio de la pintura mística del barroco que de una sencilla realidad, y ahí, ambientado donde él considera conveniente, le atribuye, entre comillas, un párrafo absolutamente falso, cargado de topicazos pastoriles y seudoliterarios que nada tienen que ver con la personalidad, gusto y estilo del fundador de la Compañía.

La prueba de la falsedad de la anécdota, basada en un personalizado “*le vi yo*”, es que acto seguido, aunque recuerda con precisión una frase que atribuye a Loyola pero que adolece del mismo vicio reiterativo (“*vil y baja*”, “*estiercol y basura*”) que el resto de la Vida, no puede especificar el lugar donde se desarrolla, una azotea o un “*lugar eminente y alto*”; aunque dice recordar el ambiente y las palabras exactas pronunciadas por Loyola, se ve incapaz de especificar el lugar donde se dijeron.

En conjunto, la descripción atribuida por don Quijote al futuro escritor se caracteriza, pues, por los mismos defectos del fragmento de la Vida, ambos carentes de contenido y sostenidos sobre una carga retórica cuajada de tópicos vacíos y reiterativos, pura verbosidad atestada de sinónimos, duplicidad de términos y demás lastres literarios característicos de los autores religiosos de la época, casi todos en la misma línea, aunque “nunca llegan al extremo de Ribadeneyra, que llena de voces parejas capítulos enteros de sus obras”<sup>592</sup>. En este caso encontramos grupos de sinónimos como: “*eminente y alto*”, “*arrobado y suspenso*”, “*vil y baja*”, “*estiercol y basura*”, “*estado y manera*”, “*castigarse y macerarse*”, “*rigor y aspereza*”, etc.

---

<sup>592</sup> Lapesa 1971: 207.

Eso es lo que, subrepticamente, critica el narrador de la novela al poner en boca de don Quijote un monólogo que él mismo atribuye al futuro escritor de su biografía, cuya prosa, para que no haya duda, aparece también caracterizada por sinónimos y dobles adjetivos: “ancha y espaciosa”, “pequeños y pintados”, “dulce, y meliflua”, “puertas, y balcones”, “antiguo, y conocido”.

La misma burla se aprecia si comparamos el “melifluo” planteamiento del venado (“*como venado sediento y tocado ya de la yerba, buscaba con ansia las fuentes de aguas vivas, y corría en pos del cazador que le había herido con las saetas de su amor*”) con la burlesca y tópica descripción de la aurora que don Quijote atribuye, igualmente, a su futuro biógrafo (“Apenas había el rubicundo Apolo, tendido por la faz de la ancha, y espaciosa tierra, las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas”).

En definitiva, aunque en este caso la ausencia de referentes testimoniales impide establecer una analogía incuestionable, sí parece evidente la igualdad de estilo existente entre el fragmento de la Vida, perteneciente al capítulo que está siendo objeto central de la parodia, y el fragmento de la novela que, podría decirse, aparece como espurio, en cuanto don Quijote lo atribuye a un futuro biógrafo que identificamos con Ribadeneyra. Se trata de otra forma de seguir con la parodia, de burlarse del estilo de la Vida sin utilizar referentes concretos, construyendo textos caracterizados por retóricas análogas y tan melindrosas como insinúan las palabras burlescas de don Quijote.

En otras muchas ocasiones se burlará Cervantes de ese tipo de escritura, ya sea valiéndose de recursos caballerescos, pastoriles o poéticos. Lo expresa rotundamente en el Viaje del Parnaso

Otros alfeñicados y deshechos  
en puro azúcar, con la voz süave,  
de su melifluidaz muy satisfechos,  
en tono blando, sosegado y grave,  
églogas pastorales recitaban,  
en quien la gala y la agudeza cabe.<sup>593</sup>

¿Existe alguna égloga pastoril donde pueda encontrarse un ejemplo tan “puro azúcar”, tan melifluo, como ese venado sediento corriendo “*en pos del cazador que le había herido con las saetas de su amor*”?

Ya sea en prosa o en verso, Cervantes se burla de la “gala” y “agudeza” de tales religiosos, o escritores afines que, con pretensiones corporativas y literarias, recurren a un lenguaje figurado y falsamente poético para ganar el corazón de sus incultos feligreses.

## PEREGRINA HISTORIA

Una vez finalizada la intervención atribuida al futuro autor-falsario que escribirá su salida, don Quijote, hablando por sí mismo, añadió diciendo

Dichosa edad, y siglo dichoso, aquel donde saldrán a luz las famosas hazañas más, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro.

Con tono nostálgico y esperanzado evoca un indeterminado futuro en el que se publicarán sus famosas hazañas, y lo hace con una frase muy parecida a la anterior, aunque procurando que se aprecie la desigualdad entre una y otra

---

<sup>593</sup> Cervantes 1990: 85.

en los <u>venideros tiempos</u> , cuando <u>salga a luz</u> la verdadera historia de <u>mis famosos hechos</u>	Dichosa <u>edad</u> , y <u>siglo</u> dichoso, aquel donde <u>saldrán a luz</u> las <u>famosas hazañas mías</u>
--	--

Ambas se inician evocando el futuro. La primera un futuro inmediato (“venideros tiempos”), la segunda un tiempo tan indeterminado y lejano que lo sitúa, no en otro siglo, sino en otra edad, en otro hipotético, pero sí muy lejano, período de tiempo.

El núcleo de la evocación se centra, también en ambos casos, en la publicación (salga a luz/ saldrán a luz) de los ‘famosos’ ‘hechos’ o ‘hazañas’ de don Quijote, algo incomprensible salvo que, como apuntaba genialmente Coleridge, no sea “su figura misma la que tiene en el pensamiento, sino al ídolo de su imaginación, al ser imaginario que está representando”<sup>594</sup>, es decir, a Ignacio de Loyola, contrastado en las dos opuestas figuras, en los dos antitéticos libros que recogen su vida.

A la retórica huera y burlesca desarrollada por el autor de los “venideros tiempos”, identificado con Ribadeneyra, se opone el lenguaje preciso y elogioso de estos segundos escritos (“las famosas hazañas mías”) identificados con el Relato, todavía secuestrado en los momentos en que Cervantes escribe y, tal vez por eso, convertido en símbolo de una represión (recordemos el “post tenebras spero lucem” de la portada) a la que, entonces, no se le veía fin y que se ha prolongado, prácticamente, durante cuatro siglos.

No obstante, el segundo bloque se inicia con un esperanzador deseo, repitiendo dos veces casi seguidas el concepto ‘dicha’. No parece dudar de que sucederá, de que llegará el momento en que salgan “a luz” “las famosas hazañas mías”, un concepto, hazañas, que, aunque Ribadeneyra menciona, donde aparece claramente identificado con las acciones de Loyola es en el Relato, concretamente en el punto actual de la parodia, en los momentos previos a la llegada del peregrino a Montserrat: “Y fuese su camino de Montserrate, pensando, como siempre solía, en las **hazañas** que había de hacer por amor de Dios” (R, 17).

Don Quijote no duda que el conjunto de tópicos y falsedades conocido como historia verdadera de sus “famosos hechos” (la Vida) se publicará en los “tiempos venideros”, poco después de la muerte de Loyola. La esperanza de que se publiquen las segundas “las famosas hazañas” (el Relato), las secuestradas y suplantadas, es tan escasa que se asienta en márgenes tan amplios como la edad o el siglo. Para el primer fragmento utilizó el subjuntivo, para el segundo, el futuro.

Sin ninguna modestia, como quien habla del ser imaginario al que está representando, don Quijote opina sobre sus propias hazañas, otro recurso cervantino para ensalzar el Relato como obra digna “de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro”. Se elogia, pues, la obra expresamente, y se la envuelve en un lenguaje cuya sobriedad y belleza contribuye a resaltar, por contraste con las fatuas maneras evocadoras de la Vida, el valor de la obra de Gonçalves.

Don Quijote completa su intervención con un ruego, a través del tiempo, dirigido a quien se encargue de realizar el “comento” del libro

¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia!, ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.

Solicita especial atención para Rocinante (“compañero eterno”), en cuanto ambos, caballero y caballo, son tan inseparables como Loyola y Gonçalves, sin cuyos escritos sería imposible conocer los verdaderos “caminos y carreras” del peregrino. Cervantes exalta varias veces en su novela el Relato y a Gonçalves, en reconocimiento al

<sup>594</sup> Coleridge 1986: 10.

extraordinario valor de su escritura y a su calidad humana como humilde y, prácticamente, ausente autor de la obra. Parece estar fascinado por la breve, atrevida y compleja narración de un libro lleno de vida, donde los avatares de Loyola, además de ofrecer un riquísimo campo para la psicología y el pensamiento individual, sirven de eje para la reconstrucción de toda una época de Europa (guerras, tempestades, peste, naufragios, visiones, procesos, vida social, ideologías, represión, etc.), un mundo en sus mínimos detalles recogido en apenas setenta páginas "dignas de entallarse en bronce". Generoso, y al tanto de todos los pormenores, tampoco olvida Cervantes agradecer el arduo trabajo de quien descifre el suyo, una gentileza destinada a elogiar y estimular la complejísima y dura tarea de penetrar por la laboriosa, juguetona y enrevesada senda oculta de la novela, pero también un guiño al compromiso ético y humanístico de ideologías muy próximas a pesar de las intuitas distancias temporales.

Desde luego, la referencia al cronista de la peregrina historia debe asociarse a la "necesidad de comento" planteada por don Quijote en 1615<sup>595</sup>, donde queda claramente sugerida la idea del comentario profundo, de la inevitable explicación complementaria que requerirá la obra "para entenderla".

Y hablando como en profecía y con un afectivo y modernísimo 'tú' ('oh tú quienquiera que seas'), demanda, desde el pasado, una atención primordial ("Ruégote") al Relato, pues él y su autor son el objetivo central de este alegato, tal como queda confirmado con la denominación de "peregrina historia" que el propio don Quijote le otorga a la novela, en homenaje, por supuesto, a las más de sesenta veces que, en el Relato, se denomina a Loyola 'el peregrino', sobrenombre, por otra parte, presente en casi toda la obra de Cervantes.

### **CAMPO DE MONTIEL**

Tanto el supuesto autor de las futuras memorias, como el narrador de la novela, han especificado que don Quijote se encontraba cabalgando "por el antiguo y conocido campo de Montiel", "a caballo de las actuales provincias de Ciudad Real y Albacete"<sup>596</sup>, una referencia geográfica que opera como trasfondo escénico de los próximos capítulos, tal vez en paralelo al escenario geográfico, al área donde se desarrollan los primeros días de Ignacio, entre Loyola, Montserrat y Manresa.

En ese amplio espacio transcurren unos acontecimientos que ahora, simbólicamente, se sitúan en el campo de **Montiel**, escogido, probablemente, porque la raíz 'Mont' se presta al juego anagramático con el monasterio de **Montserrat**, primer centro neurálgico de los hechos de Ignacio.

Una conjetura solo aceptable en la medida en que, como ya hemos visto y seguiremos viendo, otros espacios geográficos de la novela también aluden, con datos anagramáticos, a espacios reales donde transcurrieron los hechos históricos de la parodia.

Desde ese prisma reivindicamos como espacios quijotescos no solo los topónimos citados expresamente en la ficción novelesca, sino también los ocultos y alusivos a los lugares reales que representan y que, por motivos obvios, no debían nombrarse.

### **CUITADO CORAZÓN**

Don Quijote prosigue su evocación dirigiéndose ahora a Dulcinea, a la que llama princesa y señora de su corazón

---

<sup>595</sup> "Y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla" (QII, 3).

<sup>596</sup> Quijote 1998: 2: 35.

-¡Oh princesa Dulcinea, señora deste **cautivo corazón!** Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el **riguroso afincamiento** de mandarme no parecer ante la vuestra hermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece.

Si en el capítulo anterior aspiraba a encontrar para su amada un nombre que “se encaminase al de princesa”, ahora le concede abiertamente ese título que recalca la coincidencia con el rango de doña Catalina, primera señora de los pensamientos de Loyola, ahora sustituida por la virgen, a la que también, quienes se entregan a ella, le otorgan título de princesa y señora de sus pensamientos.

Los rasgos arcaizantes apreciados en el lenguaje de don Quijote también coinciden, en general, con las particularidades del lenguaje de Loyola. Según sus biógrafos, la importancia del euskera en su lengua y prosa “está en el influjo que la sintaxis y morfología vascas ejercieron en el castellano de sus Ejercicios, de su Diario espiritual y de los demás escritos redactados inmediata y exclusivamente por él [...] Bastante de las irregularidades y características del lenguaje de San Ignacio se explican por su falta de formación literaria, por ciertas formas populares usadas en el <<argot>> militar en que se desenvolvió de joven, y por reminiscencias latinas, francesas e italianas que se mezclaron más tarde a su léxico sin lograr una fusión armoniosa. Pero el secreto más profundo y universal de las más peculiares y extrañas está en el vascuence: así sus continuas elipses, sus interminables infinitivos y gerundios, sus infinitivos sustantivados, sus reflexivos incorrectos, su curioso uso u omisión de los artículos y pronombres, su hipérbaton vasco y aun las traducciones casi literales de algunas frases”<sup>597</sup>.

El lenguaje de don Quijote es, pues, un híbrido de las peculiaridades idiomáticas de Loyola, de los libros de caballerías y de las no menos personales de Ribadeneyra<sup>598</sup>, una combinación que, unida al contenido de esos libros y autores, llena de disparates la imaginación de don Quijote

Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje. Con esto, caminaba tan despacio, y el sol **entraba** tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a **derretirle** los sesos, si algunos tuviera.

Cervantes va ensartando, uniendo los muchos arcaísmos y memeces sugeridas por el estilo y lenguaje de la Vida, por eso especifica el narrador que son “al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje”, frase con la que vuelve a informarse sutilmente tanto del proceso de imitación como de la cautela (“en cuanto podía”) con que debe realizarse, evitando la comprometida evidencia.

Debido a esas circunstancias imitativas, don Quijote avanza tan despacio y el sol, del mes de julio, “**entraba** tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a **derretirle** los sesos, si algunos tuviera”, otra frase burlesca del narrador con la que insiste en el deteriorado estado mental e, indirectamente, en la influencia dañina del exceso del sol en la cabeza, otro prodigio paródico sobre un fragmento ya conocido de la Vida

*Porque, como ya su corazón estaba mudado y como una cera blanda dispuesto para que en él se imprimiesen las cosas divinas, las voces y alabanzas del Señor que **entran** por sus oídos, **penetraban** hasta lo interior de sus entrañas; y con el calor de la devoción **derretíase** en ellas, contemplando su verdad (Vida I, V).*

Según Ribadeneyra, tras la vela de armas en Montserrat, Loyola se dirige a Manresa con el corazón “*mudado*”; el cambio definitivo, la ‘conversión’ o idea de entregarse a dios,

<sup>597</sup> Leturia 1941: 49-50.

<sup>598</sup> “De vez en cuando salpica su expresión con deijos de arcaísmo” Lapesa 1971: 208.

no tenía ya vuelta de hoja, por eso su corazón, sinécdoque de su espíritu, era como “*cera blanda*”, impresionable y muy sensible a “*las cosas divinas*”.

Pero la metáfora sobre disponibilidad, entrega sin trabas a dios y, al mismo tiempo, sobre la acción de él sobre Loyola, no finaliza ahí, sino que, rizando el rizo, para insinuar una unión casi mística, dilata la alegoría continuándola con una ficción según la cual “*las voces y alabanzas del Señor*” entraban por sus oídos y “*penetraban hasta lo interior de sus entrañas; y con el calor de la devoción **derretíase** en ellas*”. Parece una imagen casi virtual, voces divinas penetrando por los oídos hasta el interior de las entrañas donde, con el calor, se derriten como cera, provocando una fusión mística, la unidad con dios, la contemplación de “*su verdad*”.

Ribadeneyra ha adelantado los acontecimientos, Loyola estaba todavía demasiado verde en espíritu como para andar tan aventajado en experiencias místicas, para alcanzar cotas tan altas de espiritualidad, pero a él no parece importarle, sabe que va a ser santo y no tiene reparos en tratarlo desde el principio como tal, en inflar los capítulos de su hagiografía con misticismos tópicos, con fantasías espectaculares y capaces de impresionar a sus lectores.

Una vez más Cervantes aprecia los excesos y, jocosamente, los traslada a don Quijote, aunque con ligeras variantes. Él ya ha perdido la chaveta de tanto leer, ha salido de casa al amanecer y, ahora, mediodía pasado, se encuentra alejado del lugar y avanzando lentamente, porque hace tanto calor en ese julio manchego, el sol aprieta tanto, que “fuera bastante a **derretirle** los sesos, si algunos tuviera”.

La irracional y fantasiosa invención de Ribadeneyra ha sido ordenada racionalmente. Cervantes, casi con los mismos elementos, ha construido una narración coherente con el argumento que viene desarrollando, insistiendo en la locura de quien ha salido trastocado y sigue agravando la enfermedad con factores tan hostiles como el calor, no olvidemos que “la sequedad del cerebro ha provocado la pérdida de juicio” de don Quijote.

La conexión entre el texto de la Vida y el de la novela parece evidente. Además de la idea general del fundido de órganos internos del cuerpo por exceso de calor, Cervantes repite dos de los verbos claves de la acción: ‘entrar’ y ‘derretirse’. Después sustituye los “*oídos*” y el “*interior de sus entrañas*”, por otra casquería (“los sesos”) y, por último, el quimérico “*calor de la devoción*”, por el natural “ardor” del sol. Imitando a Ribadeneyra, ahora es Cervantes quien está ensartando disparates, “todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje”

<i>VIDA</i>	<i>QUIJOTE</i>
<b><i>entran</i></b>	<b><i>entraba</i></b>
<i>por sus oídos... hasta lo interior de sus entrañas</i>	<u><i>los sesos</i></u>
<i>con el calor de la devoción</i>	<u><i>con tanto ardor</i></u>
<b><i>derretíase</i></b>	<b><i>derretirle</i></b>

### ALCAZAR DE REDENCIÓN

Acalorado y contento, don Quijote continúa su camino

Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del **valor** de su fuerte brazo.

De nuevo un fragmento breve y, aparentemente, anodino, resulta bastante complejo y poliédrico.

Primero el narrador, continuando con el desarrollo lógico de la novela, informa sobre la continuidad del viaje, la falta de acontecimientos y las aventuras que bullen en la cabeza de don Quijote, lo cual le desespera. Una apreciación que vuelve a remitir al texto de la Dedicatoria “A los hermanos”

*Entre los cuales habrá muchas de las empresas señaladas, que siendo él capitán, se han acometido y acabado, y algunos de los encuentros y persecuciones que con su prudencia y **valor** se han evitado o resistido y otras cosas que siendo propósito general se ordenaron y establecieron y por estos respetos parece que están tan trabadas y encadenadas con su vida, que apenas se pueden apartar della. Pero no por esto me tengo por obligado **de contar**lo todo, sin dejar nada que de contar sea; que no es esta mi intención, sino de coger algunas cosas y entresacar las que me parecerán más notables o más a mi propósito, que es dar a entender el discurso de la Compañía; las cuales, si ahora que está fresca su memoria no se escribiesen, por ventura se olvidarían con el tiempo.*

Aunque Ribadeneira ya manifestó en esta misma dedicatoria su voluntad de decir la verdad de todo cuanto sabe sobre la vida del fundador de la Compañía, ahora plantea otra posibilidad: callarse algunas cosas. Una calculada y enrevesada frase (“no por esto me tengo por obligado **de contar**lo todo, sin dejar nada que de contar sea”) que le sirve de excusa para defenderse, ante sus mismos compañeros, sus hermanos, del posible rechazo que provocará el libro cuando se comprueben sus manipulaciones, verdades a medias y silencios. Se defiende, pues, diciendo que no está obligado a contarlo todo, a no silenciar cosas importantes, su intención es narrar solo aquellas que considera “*más notables o más a mi propósito*”; la intención central de la obra ya no es la biografía de Loyola, sino “*dar a entender el discurso de la Compañía*”.

Cervantes, viejo lector y profundo conocedor del arte del disimulo, ironiza sobre los turbios propósitos y métodos de Ribadeneira copiándole la desconcertante expresión e incluyendo en la frase, además del verbo (“*sea*” / “*fuese*”), el vocablo “cosa”, con el que Ribadeneira se ha referido, de forma general, a sus objetivos (“*coger algunas cosas*”)

VIDA	QUIJOTE
<i>contarlo todo, <u>sin dejar nada que de contar sea</u></i>	<b>sin</b> acontecerle cosa <b>que de contar</b> fuese

En el fragmento de la Vida aparecen también otros dos vocablos (“*empresas*” y “*acometido*”) muy característicos de la novela, y un tercero (“*valor*”) repetido en ambos fragmentos (“*prudencia y valor*” / “*experiencia del valor*”) y que, atribuido a don Quijote, actúa como referente de las reiterativas alusiones al valor físico-espiritual de Loyola.

Oculto, además, el fragmento una segunda intención.

Siguiendo el desarrollo diacrónico del Relato, ahora sería el momento de parodiar el ya comentado episodio de Loyola con el moro, pues ocurrió antes de la llegada a Montserrat, lugar que, en la novela, se identificará con la venta a la que está a punto de llegar don Quijote y donde pasará la primera noche y velará armas.

El episodio del moro, parodiado por Cervantes en el capítulo cuarto por diferentes motivos, debería desarrollarse ahora, de ahí que don Quijote, comportándose como un personaje pirandeliiano, sienta, en contra de los planteamientos organizativos de su autor, la necesidad de imitar el episodio cuando realmente le corresponde. El referente es el verbo ‘topar’ que, desde la novela, sugiere el episodio de la Vida



<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>Iba, pues, nuestro Ignacio su camino, como dijimos, hacia Montserrat, y <b>topó</b> a caso <u>con un moro</u></i>	quisiera <b>topar</b> luego luego <u>con quien</u> hacer experiencia del valor de su fuerte brazo

Don Quijote espera enfrentarse, topar ahora “con quien”, o sea, con una sola persona, pero Cervantes toma otra decisión, retrasa el acontecimiento hasta el capítulo cuarto y sitúa al caballero ante las puertas de una venta que, para él, será castillo y, para nosotros, puede ser monasterio

Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fue la del Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha es que él anduvo todo aquel día, y, al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre, y que, mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vio, no lejos del camino por donde iba, una venta, que fue como si viera una estrella que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaban. Diose priesa a caminar, y llegó a ella a tiempo que anochecía

Aunque la mención de los supuestos autores que ya han escrito sobre don Quijote se presenta como un recurso típico de los libros de caballerías, lo más importante para nuestro propósito es la confirmación en sí de los autores, de las fuentes ocultas de la novela que, gracias al juego de la imitación caballeresca, pueden citarse libremente por el narrador para aludir, además, a las significativas discrepancias estructurales, a la existencia de una serie de célebres episodios ordenados al antojo de cada una de las fuentes.

Ni la Vida ni la novela seguirán rigurosamente el orden cronológico establecido por el Relato para algunos acontecimientos. En ambos casos se introducen pequeñas variantes, alteraciones poco importantes, pero siempre al servicio de los intereses particulares de cada uno de los autores.

Ante estos desajustes estructurales entre autores y basándose en el conocimiento de otras diversas fuentes, al parecer orales y escritas, existentes sobre las aventuras de don Quijote (“lo que yo he podido averiguar” y “los anales de la Mancha”), nuestro narrador llega a una conclusión organizativa tan diferente de los otros que, quizás, lo más que puede deducirse de esta imprecisa e intrigante información es su voluntad y capacidad autónoma, algo que cuadra a la perfección con la sugerencia, comentada más arriba, del simbólico desajuste existente entre el deseo de don Quijote de ‘topar’ con el moro al que quiso acuchillar Loyola y la voluntad del narrador de cumplir, previamente, con el precepto caballeresco, e ignaciano, de velar las armas.

El narrador se muestra fiel a las fuentes en cuanto a su contenido, pero libre a la hora de organizarlas, fundamentalmente porque debe aparentar siempre la intención de parodia caballeresca y, a la vez, disimular el verdadero propósito subyacente.

La abundancia de autores y fuentes sugerida por el narrador es, también, un indicio del complejo entramado bibliográfico ya existente, en época de la redacción del Quijote, sobre la figura de Ignacio de Loyola, ampliamente potenciada con motivo del proceso de beatificación y posterior canonización en curso<sup>599</sup>. Debía hablarse mucho, oficial y

<sup>599</sup> “procesos de beatificación, el burgense en julio de 1590, el complutense el 5 de junio de 1595, el azpeitiano el 21 de julio de 1595, <<los testimonios sobre su vida, forman una selva florida y fantástica>>” Cacho 2003: 365.

extraoficialmente, de una vida, cuya historia, desde su muerte, era objeto de manipulaciones y fuertes controversias entre las diversas órdenes religiosas y entidades jurídicas que trataban de recomponer ('sin hacer ruido') sus respectivas actuaciones.

A toda esa información no incluida en las dos biografías esenciales (la secuestrada y la oficial) parece referirse el narrador con el título genérico 'anales de la Mancha', información varia procedente de distintas fuentes en torno a Iñigo e Ignacio de Loyola.

En definitiva, el narrador, tras posponer la parodia del encuentro con el moro al capítulo cuarto, sitúa a don Quijote en el lugar exacto donde se centra ahora la imitación histórica, momentos antes de la llegada de Loyola al monasterio de Montserrat

al **anochecer**, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de **hambre**, y que, mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o **alguna** majada de pastores **donde** recogerse y adonde pudiese **remediar** su **mucha hambre** y necesidad

Agotado, hambriento y polvoriento, así debió sentirse Ignacio tras varios días de camino. Una situación descrita tanto en el Relato como en la Vida, a cuyo texto recurre Cervantes para imitar unas circunstancias similares de Loyola camino de Jerusalén y en medio del campo

*Porque **muchas** veces no le dejaban entrar en los pueblos, y **algunas** era tanta la **hambre** y flaqueza que padecía, que sin poder dar un paso más adelante le era forzado quedarse **donde** le tomaba la **noche**, hasta que de lo alto le viniese el **remedio**. (Vida I, X)*

La analogía es evidente. Al anochecer, o de noche, ambos se encuentran solos en el camino, agotados, sin provisiones, muertos de hambre y buscando un remedio. La gran diferencia es que Ignacio espera que la ayuda venga "de lo alto", mientras que don Quijote, mirando "a toda partes", la busca abajo.

¿No es más ficticia la solución de la Vida que la de la novela?

El episodio de la Vida que, diacrónicamente, no se corresponde con el momento de la parodia, nos muestra cómo Cervantes utiliza las fuentes libremente, sujeto al núcleo paródico de cada momento, pero recurriendo al resto para cubrir sus intenciones narrativas o críticas.

El cuadro de referentes muestra claramente la doble intención, formal y semántica, de la imitación

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>la <b>noche</b></i>	<b>anochecer</b>
<i><u>sin poder dar un paso más adelante</u></i>	<u>cansados</u>
<i>era tanta la <b>hambre y flaqueza</b></i>	<u>muertos de hambre</u> / mucha <b>hambre y necesidad</b>
<i>entrar en los pueblos</i>	algún castillo o alguna majada de pastores
<i><u>quedarse <b>donde</b> le tomaba la noche</u></i>	<u><b>donde</b> recogerse</u>
<i><u>de lo alto</u> le viniese el <b>remedio</b></i>	<u>adonde</u> pudiese <b>remediar</b>

Don Quijote avanza angustiado buscando un lugar, un "castillo o alguna majada de pastores donde recogerse", de pronto

vio, no lejos del camino por donde iba, una venta, que fue como si viera una estrella que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaban. Diose prisa a caminar, y llegó a ella a tiempo que anochecía.

No es la posibilidad de mitigar el hambre y el cansancio lo que complace a don Quijote sino, como veremos enseguida, el anhelo de hacerse armar caballero. Por ello la luz de

la venta, según sugieren las palabras del narrador, brilla como algo más que una luz mortecina en la distancia, relumbra como una estrella redentora, ¿por qué?

Como sabemos, Ignacio, a fines de febrero de 1522, abandonó su casa camino de Aranzazu. Allí se despidió de su hermano y siguió hasta Navarrete, cerca de Pamplona, donde dejó a dos criados que le acompañaban y, por fin solo, se encaminó con una mula a Montserrat, donde llegó sobre el 21 de marzo.

“La peregrinación a Montserrat era muy popular en aquellos tiempo. De ahí que a Iñigo le viniese la idea de realizarla, tanto más que aquel célebre santuario mariano quedaba al lado del camino que tenía que recorrer para llegar a Barcelona, puerto de embarque para Roma, donde tenía que solicitar del papa el permiso para ir a Jerusalén. Además de encomendar sus planes a la Santísima Virgen, como ya lo había hecho en Aránzazu, tenía intención de vestirse allí de las armas de su nueva milicia espiritual, a la manera que los noveles caballeros solían hacerlo para dar comienzo a la terrena. Esta ceremonia iba precedida de una vigilia nocturna, durante la cual el nuevo caballero velaba sus armas. Así lo prescribían las *Siete partidas* y así lo había visto Iñigo practicado en los libros de caballerías”<sup>600</sup>.

Llevaba, pues, unas tres semanas de camino y debía sentirse, como sugiere Cervantes, cansado, muerto de hambre y polvoriento, tres razones de peso para que cuando se cumple un objetivo y, además, se llega a un lugar donde recuperarse, el viajero se muestre entusiasmado. Pero Ignacio ha convertido Montserrat en su primera gran meta, el lugar donde piensa confesar, velar armas y vestirse de peregrino, donde piensa abandonar los símbolos externos que lo identifican con quien ya no desea ser y transmutarse en quien ha decidido convertirse. Porque “un peregrinaje no es, simplemente, el viaje que realiza un peregrino; es, en realidad, una alegoría de la vida. La narrativa visionaria describe la forma en que todos aprendemos de la vida [...] En los poemas visionarios, la recompensa siempre viene al final, como, por ejemplo, cuando el héroe alcanza una etérea manifestación de amor [...] o consigue llegar a una ciudad santa”<sup>601</sup>.

¿Se entiende por qué el narrador habla de una estrella que le encaminaba “a los alcázares de su redención”? Ignacio llegó a Montserrat siendo, al menos aparentemente, Iñigo, y abandonó el monasterio ‘encaminado’ para ser, definitivamente, Ignacio. A partir de ahí solo piensa en redimirse, en entregarse para siempre a dios. No olvidemos que había diseñado un plan

Y fuese su camino de Montserrate, pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios. Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes libros, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquellas; y así se determinó de velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de nuestra Señora de Montserrate, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo.

Antes de llegar ya tiene pensado velar las armas, sabe que ni se sentará ni se acostará, incluso que pasará toda la noche de pie y de rodillas ante el altar de la virgen.

El mismo embolado, entre caballeresco y religioso, lleva don Quijote en la cabeza. No espera, como sería natural, encontrar una venta manchega, sino un castillo, un alcázar, algo que se parezca al monasterio donde deberá representar lo leído en los libros que tal le tenían.

---

<sup>600</sup> Dalmases 1986: 44.

<sup>601</sup> Meyer 2008: 276.

El texto cervantino expele tal perfume a espiritualidad, a mimesis piadosa, que la crítica especializada ha resaltado siempre el trasfondo religioso del fragmento

-La estrella [...] tiene un valor metafórico. No sirve de punto de referencia para indicarnos una dada dimensión; lo que hace es lanzarnos a la lejanía, abrir una perspectiva que, dirigiéndonos al infinito, nos entregue de una vez y en toda su intensidad el significado de la venta: como la estrella para los Reyes Magos, así la venta para don Quijote<sup>602</sup>.

-la venta, vista a lo lejos, es imaginada como una promesa de hallarse cerca de los <<alcázares>> en donde habrá redención para don Quijote, para que su ser él se realice plenamente. Como en otros casos, el lenguaje religioso se combina con el profano en modo extraño<sup>603</sup>.

Casalduero y Castro captaron el simbolismo del texto, el ‘extraño’ y poético lenguaje utilizado por el narrador para describir la prosaica meta de la venta. Ambos hablan de metáfora, de otra dimensión, de redención “para que su ser él se realice plenamente”.

Lo que no llegaron a captar fue el trasfondo, por qué el lenguaje religioso se combina, ‘como en otros casos’, con el profano, por qué la venta desprende un halo de misticismo sugerido por el narrador y al que don Quijote parece ajeno.

Es hasta tal punto sugerente la prosa cervantina que transmite hasta las ingenuas y excesivas pretensiones de un don Quijote soñando con ‘los alcázares’ (“una estrella que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaban”) sin ni siquiera haber llegado todavía “a los portales”. Genial alusión a las candorosas pretensiones de un Ignacio soñando con la santidad cuando todavía anda pensando en acuchillar a un moro por no aceptar un dogma católico.

De nuevo Cervantes recurre al episodio del moro latente en estos prolegómenos a la llegada de Loyola a Montserrat y, para que no haya la menor duda, vuelve a colocar un referente (“no lejos **del camino por donde iba**”) indicador del momento de la parodia, pues se trata de contrastar la opinión del fundamentalista Ribadeneyra, para quien el hecho de apuñalar al moro era, al parecer, un pensamiento piadoso, con la del humanista Cervantes, para quien pensar de esa manera significa encontrarse muy lejos, en los portales, de la redención cristiana

VIDA	QUIJOTE
<p><i>al fin se determinó de seguir su camino hasta una encrucijada, de donde se partía <b>el camino para el pueblo donde iba el moro</b>, y allí soltar la rienda a la cabalgadura en que iba, para que, si ella echase por <b>el camino por donde el moro iba</b> (Vida I, III)</i></p>	<p>vio, no lejos <b>del camino por donde iba</b>, una venta, que fue como si viera una estrella que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaban.</p>

La expresión “fue como si viera una estrella” resulta otro sutilísimo matiz que sugiere la situación geográfica, no de la venta ubicada en la llanura manchega, sino del monasterio enclavado en lo alto del impresionante macizo rocoso que, en la distancia, da la sensación de fortaleza o alcázar. Leturia, tal vez influido por Cervantes, describe ese momento de llegada al monasterio, fundiendo los efusivos sentimientos de Ignacio con un “marco ultraterreno” y portentoso: “Absorbido en su nuevo designio, y transportado

<sup>602</sup> Casalduero 1970: 55.

<sup>603</sup> Castro 1974: 59.

**[ILUSTRACIÓN 3]**



de gozo por verse ya tan cerca de su Señora, apenas debió de parar mientes el peregrino, al llegar a Montserrat la mañana del 21 de marzo, en los gigantes monolitos rocosos que, entre brotes de vigorosa vegetación, se yerguen unos y se suspenden otros sobre iglesia y abadía, engastándolas en la grandiosidad ciclópea de un marco ultraterreno”<sup>604</sup>.

Don Quijote sí ‘paró mientes’, porque avanzando, como Loyola, al paso de su caballería, tuvo tiempo de contemplar el objetivo desde diversas perspectivas, de recrearse y emocionarse ante el logro de la inminente y ansiada meta a la que llega, además, con la amenazante presencia de la noche

**Diose priesa** a caminar, y llegó a ella a tiempo que anochecía.

otra expresión que remite de nuevo al episodio del moro

*Porque no sabía si la fe que profesaba y la piedad cristiana le obligaba a **darse priesa** tras el moro (Vida I, III).*

Ignacio y don Quijote avanzan con prisa hacia los respectivos destinos, aunque cada uno, parece decir Cervantes, movido, según sus correspondientes historiadores, por distintos intereses.

Llegamos, pues, a la venta, trasunto del monasterio donde Loyola hizo una confesión general para desembarazarse de su pasado, para limpiarse interiormente a fondo y escenificar, con la vela de armas, el cambio de caballero militar a caballero a lo divino. Todos los pasos de don Quijote en la venta irán guiados en ese sentido, imitar, simbólicamente, el comportamiento y los actos esenciales realizados por Loyola en Montserrat.

## COMPOSICIÓN VIENDO EL LUGAR

Estaban acaso a la puerta **dos mujeres mozas**, destas que llaman del partido, las cuales iban a Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada; y como a **nuestro** aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que **había leído**, luego que vio la venta **se le representó** que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando a la venta que a él le parecía castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna **trompeta** de que llegaba caballero al castillo. Pero como vio que se tardaban y que Rocinante se daba priesa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta y vio a las dos distraídas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando.

Como persona que ha perdido el juicio, don Quijote proyecta sus fantasías en la realidad. No ve lo que tiene ante sus ojos, una venta, sino que ‘se le representa’ un castillo. Percibe el mundo no como realmente es, sino como necesita que sea para poder realizarse en su nueva identidad, para que todo suceda “al modo de lo que había leído”. Todo cuanto piensa pasa por el filtro de sus lecturas y se transforma en parte de ellas, lo resume perfectamente el narrador: “luego que vio la venta **se le representó** que era un castillo” “¿Qué dinamismo, qué mecanismo mental tiene lugar en esta situación? [...] la sustitución de la imaginación por la fantasía y la proyección de la fantasía en la realidad”<sup>605</sup>.

---

<sup>604</sup> Leturia 1941: 234.

<sup>605</sup> Castilla 2005: 73.

Además del mecanismo mental, resulta muy significativa la utilización por el narrador de una expresión (“se le representó”) de gran trascendencia en el trasfondo paródico, pues también forma parte de los elementos claves en la gestación de la novela.

En efecto, la frase “se le representó” no solo aparece frecuentemente en el Relato y la Vida, sino que se utiliza para explicar la serie de sucesos visionarios, ilusorios o milagrosos, que favorecieron el proceso transmutatorio de los primeros meses de Loyola y sobre los que se cimentarán los futuros Ejercicios.

Exceptuando la visión de la virgen con el niño ocurrida en la casa-torre, todas las primeras experiencias extraordinarias de Loyola se sitúan en Manresa. Allí, siguiendo instrucciones del confesor de Montserrat, inició una vida espiritual centrada en la oración, meditación y demás rigores ascéticos: ayunaba casi toda la semana, excepto los domingos, no comía carne y dormía muy poco<sup>606</sup>. Llegó incluso a pasar, a imitación de un santo, unos cuantos días sin comer ni beber<sup>607</sup>. La estancia en Manresa duró, aproximadamente, seis meses y, según los jesuitas, fue el periodo de las “grandes iluminaciones divinas [...] de los dones santísimos de oración infundidos en su alma”<sup>608</sup>.

De aquellas experiencias, y siguiendo una tradición monástica que remonta a los primeros cenobitas del siglo VI, surgió el libro de los *Ejercicios espirituales*, un complejo método de meditación que constituye, “en primer lugar, una serie de protocolos (silencio, retiro, soledad, silencio, etc.), destinados a propiciar el clima interior necesario para que la meditación resulte efectiva y se traduzca felizmente en actos. Tales protocolos tienen la finalidad de convertir al ejercitante en una especie de “tabula rasa,” sobre la que pudieran venir a imprimirse ciertos escenarios imaginativos – los de la pasión de Cristo, por ejemplo- sobre la base de la “imitación”<sup>609</sup>.

Para ello utiliza la célebre fórmula ‘*la composición viendo el lugar*’: “Se trata de un esfuerzo de imaginación mediante el cual se representa de un modo concreto un paisaje, un emplazamiento histórico, una escena”<sup>610</sup> que servirá de base para una posterior meditación.

Son ejercicios que estimulan permanentemente la imaginación y la fantasía, porque antes de la meditación, antes de iniciarse en el camino hacia el espíritu, Loyola invita a recrearse en fantasías, a viajar fuera de sí para estar en otra parte que ha de vivirse de igual forma que si se estuviera en ella.

Veamos algunos ejemplos alusivos a la vida de Cristo o a pasajes bíblicos

-ver con la vista de la imaginación el lugar corpóreo, donde se halla la cosa que quiero contemplar. Digo el lugar corpóreo, así como un templo o monte, donde se halla Jesu Cristo o nuestra Señora, según lo que quiero contemplar [47].

-ver con la vista de la imaginación la longura, anchura y profundidad del infierno [65].

-ver con la vista de la imaginación los grandes fuegos [del infierno], y las ánimas como en cuerpos ígneos [66].

-oír con las orejas llantos, alaridos, voces, blasfemias contra Cristo nuestro Señor y contra todos sus santos [67].

---

<sup>606</sup> “perseveraba en sus siete horas de oración de rodillas, levantándose a media noche continuamente, y en todos los más ejercicios ya dichos” (R, 23)

<sup>607</sup> “Y así le vino al pensamiento la historia de un santo, el cual, para alcanzar de Dios una cosa que mucho deseaba, estuvo sin comer muchos días hasta que la alcanzó. Y estando pensando en esto un buen rato, al fin se determinó de hacello, diciendo consigo mismo que ni comería ni bebería hasta que Dios le proveyese o que se viese ya del todo cercana la muerte” (R, 24)

<sup>608</sup> Loyola 1947: 26: 179.

<sup>609</sup> Blasco 2004.

<sup>610</sup> Guillerrou 1963: 99.



- oler con el olfato humo, piedra azufre, sentina y cosas pútridas [68].
- gustar con el gusto cosas amargas, así como lágrimas, tristeza y el verme de la consciencia [69].
- Etc.

Como técnica metodológica, la composición de lugar ejerció una gran importancia en la espiritualidad y en toda la cultura barroca. En realidad, el método de Loyola no es totalmente original, sino que se inspira en uno de sus libros de cabecera, la *Vita Christi* del Cartujano, “sucesión de contemplaciones de ‘pasos’, señalada como fuente directa de los Ejercicios y en la que se concede un gran valor espiritual a la representación de imágenes religiosas”<sup>611</sup>.

En definitiva, la ‘*compositio loci*’, “empleado como ‘acto de componer’, revela y pone de manifiesto una técnica para crear imágenes preferentemente visuales: un escenario imaginativo, ordenadamente dispuesto, donde se insertan las <<dramatis personae>> en diferentes posturas y actitudes”<sup>612</sup>.

Pues bien, partiendo de esas nociones, Cervantes adapta, literariamente, la fórmula de la ‘*composición de lugar*’ y sitúa a sus personajes en un marco realista afín al desarrollo narrativo de la novela. Pero ese marco, que habitualmente contemplan todos los personajes, lo sustituye don Quijote por otra realidad que designa “una percepción psíquica”<sup>613</sup> inspirada en los libros de caballería y que “explica el cambio de actitud del protagonista que se lanza a la acción aventurera propiamente dicha movido por una agresividad gratuita y arbitraria”<sup>614</sup>.

Ese lanzarse a la aventura, el salir del mundo imaginativo a la acción, es lo que diferencia estos episodios de la mera recreación intelectual que supone la composición de lugar. Cervantes da vida, integra esas imaginaciones en un mundo, aparentemente real, que rechaza la ‘anormalidad’ de las ‘visiones’ de don Quijote. Es el juego novelístico al que Cervantes acomoda las proposiciones metodológicas de los Ejercicios.

Y así como Loyola llegó al monasterio de Montserrat con un programa de actuaciones perfectamente meditado para velar armas y convertirse en caballero andante a lo divino, don Quijote llega a la venta con un proyecto paralelo. Él sabe lo que quiere y, encuentre lo que encuentre, va a comportarse como un actor que imita y se recrea, simbólicamente, en los pasos previos dados por el peregrino, de forma que puede decirse, parafraseando a Blasco, que Cervantes concibe a don Quijote como una especie de Ignacio de Loyola del siglo XVII y “como aquel, diseña un manual de ejercicios espirituales laicos desde los que provocar una nueva fe”<sup>615</sup>.

Solo desde ese planteamiento podrán comprenderse plenamente las actuaciones de don Quijote, las ya realizadas y las que van a venir; todas están condicionadas por una misma voluntad imitativa, por la finísima lectura hecha por Cervantes del Relato, la Vida y, también, de los Ejercicios.

Los libros de caballerías actúan, aparentemente, como motivo a imitar por don Quijote, pero en realidad es la vida de Loyola, su historia y sus métodos, lo que irá plasmando el novel caballero en una imitación en la que “el ejercitante deberá incorporarse, no ya como espectador de la misma, sino como actor [...] La finalidad de los ejercicios es

---

<sup>611</sup> Mancho 1993.

<sup>612</sup> Mancho 1993.

<sup>613</sup> Paz Gago 1995: 274.

<sup>614</sup> Paz Gago 1995: 274.

<sup>615</sup> Blasco 2004.

introducir al ejercitante en un proceso meditativo y de experiencias que va a transformar las pautas de su conducta”<sup>616</sup>.

### **SE LE REPRESENTÓ**

Volvamos al momento en el que don Quijote “luego que vio la venta **se le representó** que era un castillo” pues, precisamente, el narrador utiliza la misma expresión empleada por el narrador del Relato para explicar una de las primeras experiencias de Loyola en Manresa

Y perseverando en la abstinencia de no comer carne, y estando firme en ella, que por ningún modo pensaba mudarse, un día a la mañana, cuando fue levantado, **se le representó** delante carne para comer, como que la viese con ojos corporales (R, 27).

Según los jesuitas, este tipo de representaciones responde a un mecanismo sobrenatural por el que “entran en juego las consolaciones sin causa precedente, directamente infundidas por Dios en el alma”<sup>617</sup> aunque, por otra parte, el sicólogo Meissner, también jesuita, sostiene que en el camino hacia la búsqueda y confirmación de su nueva identidad, en Manresa, Ignacio experimentó “una variedad de alucinaciones junto con estados meditabundos”<sup>618</sup>.

Al margen de la naturaleza de dicha experiencia y de sus posibles causas, lo que viene al caso es el suceso y su forma de narrarlo. Loyola se levanta, tiene ante sus ojos, supongamos, una palangana para lavarse la cara, pero él ve un plato de carne, probablemente por el hambre que le devora pero, también, por influencia de alguna anécdota semejante leída en los libros de santos.

En otra ocasión, estando todavía en Manresa, le ocurre algo parecido

Una vez **se le representó** en el entendimiento con grande alegría espiritual el modo con que Dios había criado el mundo, que le parecía ver una cosa blanca, de la cual salían algunos rayos, y que della hacía Dios lumbre. Mas estas cosas ni las sabía explicar, ni se acordaba del todo bien de aquellas noticias espirituales, que en aquellos tiempos le imprimía Dios en el alma. (R, 29)

De nuevo los jesuitas interpretan esa representación como una gracia, una “ilustración sobre Dios, Creador del universo”, etc. Incluso Meissner habla de “experiencias místicas del más alto orden”<sup>619</sup>, aunque, al mismo tiempo, apunta que, en las experiencias de conversión, la solución de los conflictos subyacentes hace “surgir una sensación de plenitud y un entendimiento profundo o iluminación, que puede tener un efecto intensificador, ascendente y hasta expansivo en la conciencia de sí mismo del converso”<sup>620</sup>. Sin embargo, continúa el jesuita apoyándose en la psicología moderna, los conflictos residuales de los conversos “pueden ser reprimidos hasta cierto punto y son tratados con una variedad de mecanismos de defensa. Uno de los resultados puede ser la transformación de las experiencias psíquicas en un tipo de representación simbólica en forma de una diversidad de experiencias místicas”<sup>621</sup>.

La experiencia visual de Ignacio, la representación de la creación del mundo que tuvo “en el entendimiento”, vuelve a ser totalmente literaria, fruto de sus lecturas y, probablemente, de sus alucinaciones y estados meditabundos, pues la creación del

---

<sup>616</sup> Blasco 2004.

<sup>617</sup> Loyola 1947: 25: 178.

<sup>618</sup> Meissner 1995: 121.

<sup>619</sup> Meissner 1995: 120.

<sup>620</sup> Meissner 1995: 120.

<sup>621</sup> Meissner 1995: 120-121.

mundo, tal como entonces se entendía según la única explicación autorizada de la tradición bíblica, ¿no es pura literatura?

Don Quijote, como alter ego de Loyola a la llegada de Montserrat, ya está viviendo, experimentando, lo que se supone que él vivió en aquellos momentos: primero la emoción ante la visión, en lejanía, del monasterio-venta, ahora la confirmación del lugar en el que ambos, como aficionados a los libros de caballerías, han determinado velar armas

luego que vio la venta **se le representó** que era un castillo

¿No es el mismo mecanismo descrito por Loyola? ¿No se produce en ambos casos un trastorno en la percepción de la realidad? Loyola se levanta y, turbado por el hambre, ve carne donde no la hay. Don Quijote llega a la venta y, ofuscado por sus ideas caballerescas, ve en ella un castillo, justo lo que necesita ver, lo que, según los libros, acontece a los caballeros andantes.

Tanto uno como otro “viven sus propias fantasías, lo cual quiere decir que dislocan la realidad, por cuanto sitúan *en otro lugar* (fuera de sí) tales fantasías. El lugar en donde las malcolocan es aquel que no es el de la fantasía, sino el de la realidad objetivable y verificable [...] La locura consiste en darle categoría de real a lo que es mera fantasía. Imaginación, la llama Cervantes. Fantasía, decimos nosotros hoy día. Da igual. Lo opuesto a la realidad, vivido sin embargo como si lo fuera”<sup>622</sup>.

En definitiva, se aprecia una clara analogía entre la fantasía de Loyola, viendo carne donde no la hay, y la de don Quijote, viendo castillo donde solo hay venta, sobre todo porque Cervantes imita el mecanismo y la expresión clave que equipara ambos procesos mentales

RELATO	QUIJOTE
-un día a la mañana, cuando fue levantado, <b><u>se le representó</u></b> delante carne para comer, como que la <b>viere</b> con ojos corporales -Una vez <b><u>se le representó</u></b> en el entendimiento [...] le parecía <b>ver</b> una cosa blanca, de la cual salían algunos rayos	luego que <b>vio</b> la venta <b><u>se le representó</u></b> que era un castillo

Pero quizás sean las palabras de Ribadeneyra las que mejor explican, o acomodan, la relación entre el proceso ‘visionario’ de Ignacio en Manresa y el de don Quijote en la venta

*un día estando en las gradas de la iglesia de Santo Domingo rezando con mucha devoción las lloras de nuestra Señora, se comenzó a levantar en espíritu su entendimiento, y **representósele**, como si la viera con los ojos, una como figura de la santísima Trinidad, que exteriormente le significaba lo que él interiormente sentía. (Vida I, VII).*

Se encuentra rezando en la iglesia, mirando al altar y, de pronto, se le representa “*una como figura*”; no sabe qué es, pero tiene la apariencia de figura que le representa lo que interiormente siente: ve con los ojos una figura de la “*Trinidad*” que surge como un poso del intenso proceso de lectura y meditación interior sobre dicho misterio llevado a cabo en los días de Manresa.

<sup>622</sup> Castilla 2005: 26, 53.

¿No es, insisto, lo mismo que le ocurre a don Quijote? Ninguno de los dos ve la realidad, ambos ven el mundo, dependiendo de lo que han leído e interiormente sienten como poso del libro, ya sea “*figura de la santísima Trinidad*” o “un castillo” con todo lujo de detalles

y como a nuestro aventurero **todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído**, luego que vio la venta **se le representó** que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan.

Además de la esclarecedora expresión ‘se le representó’, el narrador ha introducido en su discurso otra frase cargada de reminiscencias ignacianas: “todo cuanto **pensaba, veía o imaginaba le parecía** ser hecho y pasar al **modo de lo que había leído**”

En efecto, si releemos detenidamente los textos de las fuentes correspondientes a las primeras experiencias visionarias de Loyola en Manresa, comprobaremos la abrumadora presencia de los conceptos ‘pensar’, ‘ver’ y ‘parecer’ asociados a meditaciones y lecturas espirituales y, al mismo tiempo, a ‘visiones’ y percepciones extrasensoriales. Veamos un revelador ejemplo

Ultra de sus siete horas de oración, se ocupaba en ayudar algunas almas, que allí le venían a buscar, en cosas espirituales, y **todo lo más del día que le vacaba, daba a pensar en cosas de Dios, de lo que había aquel día meditado o leído**. Mas cuando se iba a acostar, muchas veces le venían grandes noticias, grandes consolaciones espirituales, de **modo** que le hacían perder mucho del tiempo que él tenía destinado para dormir. (R, 26)

Además de ayudar a los demás en asuntos espirituales, el resto del tiempo disponible lo dedica a pensar en lo meditado o leído, de forma que, salvo el poco tiempo destinado para dormir, pasa todo el día entregado exclusivamente a las cosas de dios, razón por la que el narrador de la novela, repitiendo el ‘todo’ inicial de la frase, atribuye a don Quijote una exclusividad semejante, una fijación en los libros análoga a la que se deduce del Relato y que aparece reforzada por la presencia del verbo ‘pensar’ más la expresión “**de lo que había [...] leído**”

RELATO	QUIJOTE
<b><u>todo lo más del día que le vacaba, daba a pensar en cosas de Dios, de lo que había aquel día meditado o leído</u></b>	<b><u>todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído</u></b>

Pero también el narrador de la novela ha cargado el texto de ironía al introducir en su discurso el verbo ‘imaginar’ y la expresión “le parecía”, pues ambos ponen en entredicho la ‘calidad mental’ de los pensamientos de don Quijote.

Precisamente, la expresión ‘le parecía’ se repite en varias ocasiones en la descripción de las ‘visiones’ de Loyola en Manresa, incluso asociadas, como en la novela, a la expresión central ‘se le representó’

Una vez **se le representó** en el entendimiento con grande alegría espiritual el **modo** con que Dios había criado el mundo, que **le parecía ver** una cosa blanca, de la cual salían algunos rayos, y que della hacía Dios lumbre (R, 29).

Con la expresión ‘le parecía’, ambos narradores introducen un matiz de duda, de ser o no ser acertada o plausible tal cosa.

Incluso la pormenorizada descripción del castillo “con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan” y las precisas alusiones a los “chapiteles de luciente

plata”<sup>623</sup> o al puente y su “honda cava”<sup>624</sup> tal vez no sean otra cosa que la respuesta de Cervantes a las puntuales y pintorescas apreciaciones introducidas por Loyola en sus maravillosas y variopintas ‘visiones’.

En definitiva, todos los episodios ‘visionarios’ de los primeros capítulos de la novela se desarrollan de forma más o menos parecida con ‘representaciones’, o confusas transmutaciones, de unas realidades en otras. Siempre con el objetivo de parodiar el proceso espiritual de los inicios de Loyola, las equívocas ‘representaciones’ que, según el Relato<sup>625</sup> y la Vida<sup>626</sup>, vivió en los primeros tiempos de peregrinación y ascética.

---

<sup>623</sup> “Estando en este hospital le acaeció muchas veces en día claro ver una cosa en el aire junto de sí, la cual le daba mucha consolación, porque era muy hermosa en grande manera. No devisaba bien la especie de qué cosa era, mas en alguna manera **le parecía** que tenía forma de serpiente, y tenía muchas cosas que **resplandecían** como ojos, aunque no lo eran. El se deleitaba mucho y consolaba en ver esta cosa; y cuanto más veces **la veía**, tanto más crecía la consolación; y cuando aquella cosa le desaparecía, le desplazaba dello” (R, 19)

*“Antes que fuese visitado del Señor con estos regalos y favores divinos, estando aún en el hospital y otras muchas veces se le había puesto delante una hermosa y **resplandeciente** figura la cual no podía distinguir como quisiera, ni que cosa fuese ni de que materia compuesta, sino que **le parecía** tener forma como de culebra que con muchos a manera de ojos **resplandecía**. La cual cuando estaba presente le causaban mucho contento y consuelo, y por el contrario mucho descontento y pena cuando desaparecía. Esta visión **se le representó** aquí, estando postrado delante de la cruz. Pero, como ya tenía más **abundancia de la divina luz**, y en virtud de la santa cruz ante la cual estaba ahinojado, fácilmente entendió que aquella cosa no era tan linda ni tan resplandeciente como antes se le ofrecía, y manifestamente conoció **que era** el demonio que le quería engañar. Y de ahí adelante por mucho tiempo le apareció muchas veces, no solo en Manresa y en los caminos, sino en París y también y en Roma pero su semblante y aspecto no daba ya resplandor y claridad, mas era tan apocado y feo, que no haciendo caso dél, con el báculo que traía en la mano fácilmente le echaba de sí.” (Vida I, VII)*

<sup>624</sup> “Una vez iba por su devoción a una iglesia, que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama san Pablo, y el camino va junto al río; y yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba **hondo**. Y estando allí sentado se le empezaron abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que **le parecían** todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola” (R, 30).

*- Saliendo un día a una iglesia, que estaba fuera de Manresa como un tercio de legua y yendo transportado en la contemplación de las cosas divinas, se sentó cabe el camino que pasaba a la ribera de un río, y puso los ojos en las aguas. Allí le fueron abiertos los del alma y esclarecidos con una nueva y desacostumbrada luz, no de manera que viese alguna especie o imagen sensible, sino de una más alta manera inteligible. Por lo cual entendió muy perfectamente muchas cosas, así de las que pertenecen a los misterios de la fe, como de las ciencias tocan al conocimiento de las ciencias; y esto con una lumbre tan grande y tan soberana, que después que la recibió las mismas cosas que antes había visto **le parecían** otras. De tal manera que él mismo dijo que en todo el discurso de su vida, hasta pasados los sesenta y dos años della, juntando y amontonando todas las ayudas y favores que había recibido de la mano de Dios, y todo lo que había sabido por estudio o gracia sobrenatural, no **le parecía** que por ello había alcanzado tanto como aquella sola vez. Y habiendo estado buen rato en este arrebataimiento y suspensión divina, cuando volvió en sí echose de rodillas delante de una cruz que allí estaba, para dar gracias a nuestro Señor por tan alto y tan inmenso beneficio” (Vida I, VII).*

<sup>625</sup> “En todo este tiempo le aparecía muchas veces nuestro Señor, el cual le daba mucha consolación y esfuerzo; mas parecíale que vía una cosa redonda y grande, como si fuese de oro, y esto **se le representaba**” (R, 44)

“En esta ida tuvo el pelegrino como **una representación** de cuando llevaban a Cristo, aunque no fue visión como las otras” (R, 52)

Se aprecia, pues, una absoluta analogía entre los planteamientos visionarios del primer Loyola y los del primer don Quijote, otra cosa son las conclusiones tan dispares que teólogos y eruditos obtienen de los textos. Para los primeros son solo mecanismos sobrenaturales en el proceso de aproximación a dios. Para los segundos son formas de sustituir la realidad por la fantasía, proyecciones “de la fantasía en la realidad”<sup>627</sup>, locuras.

En ese sentido, también la iconografía posterior resulta sorprendentemente dispar. A Loyola, ya en los inicios de la ‘conversión’, suele representársele de rodillas y envuelto en un haz luminoso y místico de favores divinos, mientras que a don Quijote se le caracteriza con ojos de alucinado en espiral y echando chiribitas. Dos imágenes radicalmente opuestas cuando, al menos en los inicios, podían ser similares.

Por otra parte, Paz Gago sostiene que la “transformación ficcional de la venta en castillo constituye un procedimiento de gran eficacia para producir en el receptor un intenso efecto de realidad: éste percibe, como el narrador indica con toda objetividad en sus frecuentes aserciones aclaratorias, una auténtica venta, correlato de las ventas existentes en el mundo real de la época, mientras que el protagonista imagina ver un castillo idéntico a los que se describen en las historias imaginarias e inverosímiles de la caballería andante. Mediante esta estrategia narrativa, el lector es inducido a considerar el castillo como ficcional y la venta como real, cuando los dos tipos de edificios son igualmente ficcionales”<sup>628</sup>. A ello debe añadirse la sensación de un verdadero elemento real y oculto, de un trasfondo histórico sobre el que se erigen los símbolos venta-castillo que actúan como referentes del innominable monasterio de Montserrat.

## MUJERES MOZAS

Tras salir de casa furtivamente y caminar todo el día “sin acontecerle cosa que de contar fuese”, don Quijote llega a la venta (se le representa castillo) y lo primero que encuentra son dos mozas

Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido, las cuales iban a Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada;

Los dos primeros personajes secundarios que aparecen en la obra y ven a don Quijote vestido de caballero y hablan con él, resultan ser dos prostitutas que viajan con unos arrieros y trabajan y pernoctan en la venta manchega, una primera y rotunda estampa de la España del XVI que, aunque resulte poco edificante, parece fiel y representativa de la época, razón por la que el irónico y cáustico narrador utiliza un “acaso” (o ‘por casualidad’) con el que sugiere lo contrario de lo que nos dice: lo normal, aunque siempre de forma encubierta, era encontrarse, a la entrada de una venta o de otros recintos más serios, mujeres de la vida. Pero todavía resulta más sarcástico el adverbio si lo consideramos como un remedo, una referencia a la utilización de ese mismo adverbio hecha por Ribadeneyra al inicio del episodio del ‘moro’ que, como hemos dicho, ronda, tangencialmente, entre este capítulo y los dos siguientes. Recordemos el inicio del fragmento según el Relato

Pues yendo por su camino le alcanzó un moro, caballero en un mulo (R, 15).  
Y según la Vida

---

<sup>626</sup> “En otro tiempo también con grande alegría de espíritu se le representó la manera que tuvo Dios en hacer el mundo, el cual mucho después, cuando contaba estas cosas él mismo decía que no podía con palabras explicar” (Vida I, VII)

“Esta visión se le representó aquí, estando prostrado delante de la cruz” (Vida I, VII)

<sup>627</sup> Castilla 2005: 73.

<sup>628</sup> Paz Gago 1995: 193.

*Iba, pues, nuestro Ignacio su camino, como dijimos, hacia Montserrat, y topó acaso con un moro, de los que en aquel tiempo aún quedaban en España, en los reinos de Valencia y Aragón (Vida I, III).*

Mientras en el Relato se expone simplemente el hecho, la llegada de un moro en un mulo, Ribadeneyra introduce un gratuito ‘acaso’ que parece también relacionado con la no menos innecesaria, e incluso falsa, información restante, pues no era casual encontrarse ‘moros’ por los caminos de España en 1522, básicamente porque, hasta 1609 en que se produce la expulsión, fue un colectivo muy abundante y presente en los caminos, muchos trabajaban, principalmente, como arrieros y comerciantes.

Por eso resulta totalmente caprichoso, incluso capcioso, que Ribadeneyra, sin ningún fundamento, considere a este ‘moro’ como procedente de los reinos de Valencia y Aragón, donde abundaban, es cierto, pero igual que en Castilla o en todo el sur de la península. Tal vez sea el trauma de Ribadeneyra, sus orígenes de judío converso, lo que le haga inventarse el dato que aleja, al menos a ese ‘moro’, de su oriundo Toledo, donde, por cierto, todavía proliferaban en convivencia las tres culturas.

Cervantes, siempre lector sutilísimo, capta el detalle y lo evoca utilizando, irónicamente, el adverbio ‘acaso’ para que se lea, como el de la Vida, al revés de lo que se dice: no era casualidad encontrar ‘moros’, ni ‘putas’, en las ventas o en los caminos de la España de la primera mitad del siglo XVI.

La presencia de las dos mujeres no pasaría de ser un detalle más de la precisa y popular mirada cervantina, tan ejercitada en ventas y caminos, si la expresión “dos mujeres mozas” no pusiera, además, en conexión todo el fragmento con otro del Relato también de gran trascendencia para el resto de la novela. Aunque se analizará detenidamente en su momento, solo adelantar, por ahora, que Loyola fue detenido y acusado, en Alcalá de Henares, de seducir e incitar a dos viudas ricas a irse de romería y cambiar radicalmente de vida

Diecisiete días estuvo en la prisión, sin que le examinasen ni él supiese la causa dello; al fin de los cuales vino Figueroa a la cárcel, y le examinó de muchas cosas, hasta preguntarle si hacía guardar el sábado. Y si conocía dos ciertas mujeres, que eran madre y hija; y desto dijo que sí. Y si había sabido de su partida antes que se partiesen; y dijo que no, por el juramento que había recibido. Y el vicario entonces, poniéndole la mano en el hombro con muestra de alegría, le dijo: «esta era la causa porque sois aquí venido». Entre las muchas personas que seguían al peregrino había una madre y una hija, entrambas viudas, y la hija muy moza, y muy vistosa, las cuales habían entrado mucho en espíritu, máxime la hija; y en tanto que, siendo nobles, eran idas a la Verónica de Jaén a pie, y no sé si mendicando, y solas. (R, 61).

También Ribadeneyra ofrece una versión similar de estos mismos hechos

*Entre las personas que le oían y se aprovechaban de sus consejos, hubo dos mujeres, madre y hija, nobles y viudas honradas, y la hija moza y de muy buen parecer. Estas entraron en devoción y fervor indiscreto, y para padecer mucho por nuestro Señor se determinaron de mudar hábito, y como pobres y mendigas irse a pie en una romería larga. Pidieron parecer a nuestro B. P. sobre ello, y él les dijo que no le parecía bien, pues podían hallar en su casa más fácilmente y con menos peligro lo que buscaban fuera della. Y como viesan que no les salía a lo que ellas querían y a lo que estaban determinadas, sin decirlo más palabra se fueron entrambas en peregrinación a la Verónica de Jaén. (Vida I, XIV).*

Cervantes, curioso y desenfadado, hará mucho hincapié en esa hija que, en el Relato (“la hija muy moza, y muy vistosa”) y la Vida (“la hija moza y de muy buen parecer”) pone un toque de alegría entre tantos rigores ascéticos.

Lo que se deduce claramente de los dos textos religiosos es el “*peligro*” que suponía para dos mujeres, una de ellas “*de muy buen parecer*”, marcharse solas de romería por caminos y descampados. Pero peligro, claro, sexual, la obsesiva y, al parecer, eterna preocupación del clero, promotor de peregrinaciones y romerías, de grandes aglomeraciones (sustitutas de las fiestas paganas de la primavera y cuyo objetivo fundamental era evitar la endogamia en las incomunicadas sociedades antiguas) en parajes alejados a los que se acudía desde distintos lugares, de forma que el viaje, las noches en la oscuridad del campo, la terrible represión de un pueblo cruelmente insatisfecho, etc., propiciaban los encuentros sexuales y, también, el más triste oficio del mundo.

Por todo ello, la dos viudas ricas, y de buen parecer, que tantos problemas, entre eclesiásticos, le acarrearán a Loyola, van a convertirse, desde ahora, en un recurso permanente de la novela.

Concretamente aquí, las dos mujeres del partido situadas por el narrador a la entrada de la venta, conectan, sutilmente, con las dos viudas peregrinas. Veamos, ante todo, la relación formal entre los textos

RELATO	VIDA	QUIJOTE
<u>dos ciertas mujeres [...]</u> la <u>hija muy moza</u> , y muy vistosa, <u>las cuales [...]</u> eran <u>idas a</u> la Verónica de <u>Jaén</u>	<u>dos mujeres</u> , madre y hija, nobles y viudas honradas, y <u>la hija moza</u> y de muy <u>buen parecer</u>	<u>dos mujeres mozas</u> , destas que llaman del partido, <u>las cuales iban a Sevilla</u>

Tanto en el Relato como en la novela aparece un mismo sujeto, ‘dos mujeres’, más el calificativo ‘moza’, en singular o plural, y la oración de relativo, con el verbo ‘ir’, explicando el desplazamiento de las mujeres, siempre en camino hacia un lugar de Andalucía.

También, en los tres textos, se aprecian ciertas connotaciones sexuales, expuestas de forma explícita en la novela y sutilmente sugeridas en el Relato (‘no sé si mendicando, y solas’) y en la Vida (‘*peligro*’).

Pues bien, esa sugerencia, alusiva a la fama de promiscuidad existente en torno a las grandes reuniones marianas, o en torno a ermitas y famosos monasterios, es la que enlaza la idea de las mozas alcalaínas del Relato y la Vida con las mozas de la venta manchega, símbolo, como hemos dicho, del monasterio de Montserrat, primer lugar al que llega Loyola y donde realizará la serie de actuaciones que don Quijote va a representar en la venta.

Las prostitutas a las puertas de la venta son un claro ejemplo de que el momento histórico en el que va a desarrollarse el episodio puede corresponderse con el año (1522) en el que Loyola llegó a Montserrat y no con fechas posteriores pues, tras la clausura de Trento, en los años 1564-1565 “los arzobispos de las Españas convocaron unos concilios provinciales [...] en los que difundieron las instrucciones traídas de Trento con el fin de asegurar su ejecución [...] se declara la guerra a los blasfemos, a los comentaristas irreflexivos. El sexo tiene también sus disciplinas: se exalta el matrimonio como sacramento; el matrimonio es uno e indisoluble, salvo por la muerte; el adulterio y la simple fornicación son denunciados con perseverancia, sobre todo la simple fornicación porque el pueblo cristiano la consideraba de buena fe inocente y no renunciaba a ella con facilidad, pues muchos hombres aseguraban con toda energía que



el comercio con las prostitutas no implicaba ninguna falta moral, porque el mero hecho de pagar suprimía el pecado”<sup>629</sup>.

La primera imagen de la venta descrita por el narrador, dos prostitutas con las que habla don Quijote abiertamente en la puerta, parece, en definitiva, un indicio histórico de que nos encontramos, simbólicamente, en torno a 1522, todavía muy lejos de los primeros momentos post tridentinos en los que se perseguirá la prostitución<sup>630</sup>.

Tras recorrer 368 millas desde su casa, Loyola llega al “monasterio de Montserrat el 21 de marzo de 1522, fiesta de San Benedicto, siempre día de gran celebración en el monasterio. En días así, miles de peregrinos acostumbraban a llegar en tropel al lugar, provenientes de toda Europa”<sup>631</sup>, razón por la que Cervantes coloca, ante todo, en la puerta de la venta dos prostitutas, dos símbolos que actúan como referentes del espacio “ficcional”<sup>632</sup>, venta o castillo, de la novela y, al mismo tiempo, del espacio encubierto objeto de la parodia, el monasterio de Montserrat, un importante centro cultural y de peregrinación al que en determinados días, como el de la arribada de Loyola, acudían multitudes. Recordemos su llegada

Y fuese su camino de Montserrate, pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios. **Y como** tenía todo el entendimiento lleno de **aquellas** cosas, Amadís de Gaula y de **semejantes libros**, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquellas; y así se determinó de velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de nuestra Señora de Montserrate, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo. Pues partido de este lugar, fuese, según su costumbre, pensando en sus propósitos; y llegado a Montserrate, después de hecha oración y concertado con el confesor, se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días; y concertó con el confesor que mandase recoger la mula, y que la espada y el puñal colgase en la iglesia en el altar de nuestra Señora. Y éste fue el primer hombre a quien descubrió su determinación, porque hasta entonces a ningún confesor lo había descubierto. (R, 17).

Aunque, de entrada, difícilmente se aprecia alguna conexión entre este texto y la llegada de don Quijote a la venta, apenas recalamos en su contenido encontramos concomitancias inapreciables a simple vista.

La llegada o, mejor dicho, la aproximación, al monasterio o venta, se hace con la mente de ambos personajes colgada de sus ideas librescas. Tanto uno como otro han decidido formalizar aquí la decisión tomada, de ahí que lleguen “pensando en sus propósitos” o, como traduce el narrador, viendo castillo donde había venta, transmutando la realidad o acomodándola a sus pensamientos

---

<sup>629</sup> Bennassar 1983: 164-166.

<sup>630</sup> “Por ejemplo, entre 1576 y 1590, los asuntos de simple fornicación constituyen más de la tercera parte de las causas juzgadas en Toledo, en Cuenca o en Logroño. Después de 1590 el número de estos delitos disminuye regularmente y desaparecen casi completamente a partir de 1640.” Bennassar 1983: 167.

<sup>631</sup> Meissner 1995: 100-101.

<sup>632</sup> “La transformación ficcional de la venta en castillo constituye un procedimiento de gran eficacia para producir en el receptor un intenso efecto de realidad; éste percibe, como el narrador indica con toda objetividad en sus frecuentes aserciones aclaratorias, una auténtica venta, correlato de las ventas existentes en el mundo real de la época, mientras que el protagonista imagina ver un castillo idéntico a los que se describen en las historias imaginarias e inverosímiles de la caballería andante. Mediante esta estrategia narrativa, el lector es inducido a considerar el castillo como ficcional y la venta como real, cuando los dos tipos de edificios son igualmente ficcionales” Paz Gago 1995: 193.

RELATO	QUIJOTE
fuese, según su costumbre, <u>pensando</u> en sus propósitos; y <u>llegado a</u> Montserrate	Fuese <u>llegando a</u> la venta que a él le parecía castillo

Además de utilizar los mismos verbos ‘ir’ y ‘llegar’ como referentes, también en ambos casos se describe la llegada y la ofuscación mental de los protagonistas, Loyola “pensando en sus propósitos” y don Quijote en los suyos.

Lo mismo ocurre si comparamos las explicaciones intercaladas de ambos narradores, diferentes en matices, pero similares en forma y contenido

RELATO	QUIJOTE
<u>Y como</u> tenía <u>todo</u> el entendimiento lleno de <u>aquellas</u> cosas, Amadís de Gaula y de <u>semejantes libros</u> , veníanle <u>algunas</u> cosas al <u>pensamiento semejantes a aquellas</u>	<u>y como</u> a <u>nuestro aventurero todo</u> cuanto <u>pensaba</u> , veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar <u>al modo de lo que había leído</u> [...] con todos <u>aquellos</u> adherentes que <u>semejantes</u> castillos se pintan

Los dos comienzan con la expresión ‘y como’ más la idea del pensamiento obsesivo, ilusorio, que les caracteriza y que, en ambos casos, aparece ponderado con el adjetivo ‘todo’. Loyola tiene “todo el entendimiento lleno...de semejantes libros”, a don Quijote “todo cuanto pensaba, veía o imaginaba”, es decir, todo su entendimiento, discurre “al modo de lo que había leído”. Ambos son rehenes de sus lecturas, se alimentan intelectualmente de ellas.

También se menciona dos veces casi seguidas en el Relato, y relacionado con el contenido de los libros, el adjetivo ‘semejantes’, repetido en la novela con el mismo sentido de alusión a lo literario.

Pero recordemos que, un poco más arriba, ya se ha establecido otra comparación similar entre el mismo fragmento de la novela y otro del Relato también perteneciente a la época de Manresa, de forma que puede decirse que todo este capítulo está impregnado del contenido y la prosa de su correspondiente del Relato.

Como la versión de Ribadeneyra sobre este mismo texto tendremos oportunidad de comentarla más adelante, solo resaltar que a ella alude, como ya hemos visto en el capítulo primero, la utilización afectiva del posesivo nuestro (*nuestro Ignacio / nuestro nuevo soldado // nuestro aventurero*) y otros detalles de menor trascendencia.

Con esta serie de referentes y paralelismos entre la llegada de Loyola a Montserrat y la de don Quijote a la venta, Cervantes ha establecido una analogía, externa, entre los dos espacios y otra, interna, entre el estado síquico sugerido reiteradamente de ambos personajes.

### SEÑALES EXTERNAS

Don Quijote llega, pues, a la venta con la convicción de que accede a un castillo, como tal se le representa y, en consecuencia, lo dibuja en su mente “con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan”. Es una idealización, una imagen tópica, caballeresca, y también heredera, como hemos adelantado, de la forma en que Loyola guiará posteriormente a sus lectores en la realización de los ‘ejercicios espirituales’, invitándoles, por ejemplo, a contemplar los ‘santos lugares’, viendo “con la vista imaginativa sinagogas, villas y castillos por donde Cristo nuestro Señor

predicaba”<sup>633</sup>. Son ejercicios mentales, métodos de contemplación que favorecen la capacidad ilusoria de quienes, como don Quijote, ven una realidad hallándose en otra, o dicho de otra forma, hacen “realidad sus fantasías sin conciencia de ello, esto es, engañándose sin saberlo”.

No quiere decir que quienes realizan los ‘ejercicios’ se engañan, sino que se les estimula a vivir, a recrearse, temporalmente, en textos. Recordemos otro significativo ejemplo, según los ‘Ejercicios’, de “composición, viendo el lugar: “será aquí con la vista imaginativa ver el camino desde Nazaré a Belén, considerando la longura, la anchura, y si llano o si por valles o cuevas sea el tal camino, cuán grande, cuán pequeño, cuán bajo, cuán alto, y cómo estaba aparejado”<sup>634</sup>.

Loyola sugiere una recreación tan pormenorizada como la que el narrador le atribuye a don Quijote sobre el castillo con todos sus “adherentes”. Pero, además, ¿es que el monasterio de Montserrat, con su estratégica ubicación y sus fortificados muros, no presenta el aspecto de un literario castillo?

Don Quijote se acerca, pues, “a la venta que a él le parecía castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo”.

Según el texto, don Quijote espera escuchar, anunciando su llegada, una señal acústica que, para el narrador, y pensando en los libros de caballerías, debe ser una trompeta tocada por un enano, una nueva alegoría sobre el deseo de Loyola de llegar al monasterio y escuchar, por ejemplo, otro instrumento acústico, la campana, convocando a los fieles a misa, o anunciando las vísperas o completas, nuevas señales y motivos que ocupan la imaginación de Ignacio

*oía misa cada día, y vísperas y completas, y en esto sentía mucho consuelo interior y grande contento (Vida I, V).*

El consuelo y “*grande contento*” de ‘oír’ y cumplir diariamente los ritos eclesiales, resulta paralelo al “*extraño contento*” de don Quijote al escuchar el cuerno del porquero

En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastros una manada de puercos (que sin perdón así se llaman) tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida; y, así, con extraño contento llegó a la venta y a las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta; pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo

El cuerno del porquero ‘se le representa’ como “lo que deseaba”, cualquier sonido le habría servido para cumplir con la caballeresca idea preconcebida, con el aviso ritual de la llegada. Además de repetir la expresión clave (“se le representó”), el narrador ha utilizado otra que de nuevo conecta el mecanismo mental de don Quijote con el de Ignacio

Y aquí se le ofrecían los **deseos** de imitar los santos, no mirando más circunstancias que prometerse así con la gracia de Dios de hacerlo como ellos lo habían hecho. Mas todo lo que deseaba de hacer, luego como sanase, era la ida de Jerusalén, como arriba es dicho, con tantas disciplinas y tantas abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios, suele **desear** hacer. (R, 9).

---

<sup>633</sup> Loyola 1991: 91: 245-246.

<sup>634</sup> Loyola 1991: 112: 250.

El viaje, así como todas las digresiones previas que irá introduciendo a lo largo de un proyecto cuya meta es Jerusalén, nace del deseo de imitar a los santos, de hacer lo que ellos, según los libros, habían hecho.

La expresión “lo que deseaba” pone de manifiesto que, según ambos narradores, tanto Loyola como don Quijote actúan de forma mimética, acomodando sus actuaciones a los objetivos de imitación que impulsan sus comportamientos

RELATO	VIDA	QUIJOTE
	<i>sentía mucho consuelo interior y grande contento</i>	así, con <u>extraño contento</u> llegó a la venta
-se le ofrecían los <b>deseos</b> de <u>imitar</u> los santos - <b>se le representó</b> delante carne -todo <b>lo que deseaba</b> de hacer, luego como sanase, era la ida de Jerusalén	<b>representósele</b> , como si la viera	<b>se le representó</b> a don Quijote <b>lo que deseaba</b>

Sobre el irónico paréntesis añadido tras el vocablo “puercos (que sin perdón así se llaman)” aparece la siguiente nota en la edición de Murillo: “Deformación irónica de la costumbre (que perdura entre gente rústica) de pedir perdón al mencionar algo vil o desagradable. Cervantes nombra los puercos sin perdón”<sup>635</sup>. También la edición del Instituto Cervantes abunda en el mismo sentido: “Popularmente, es costumbre y cortesía pedir perdón al oyente al pronunciar alguna palabra tabú; Cervantes deforma irónicamente esta costumbre (*sin perdón*) y se burla del recato popular al escoger el malsonante puercos frente a otras opciones para nombrar los mismos animales”<sup>636</sup>.

Quizás no sea acertado sostener que en el siglo XVI fuera uso “popular” pedir perdón por pronunciar la palabra “puercos”. Tanto entonces, como ahora, esas sutilezas fueron más bien costumbres de gente acomodada, educada, por ejemplo, en colegios de la Compañía. Allí pudo el niño Miguel de Cervantes reírse muchas veces con sus compañeros de la melifluidad, de la ñoñez de profesores avergonzados de llamar a las cosas por su nombre. Solo en ese sentido puede entenderse la ironía del breve paréntesis que deja de ser gracietta monjil, remilgada disculpa, para tornarse en alegato contra la imposición de una educación, de una moral tan salvajemente represora que, en su delirio de control absoluto de la sociedad civil, llega incluso a estigmatizar el nombre de un animal considerado ‘malsonante’ por sus costumbres o por las connotaciones sexuales, religiosas e incluso racistas que se le adjudicaban.

Toda la prosa cervantina, tras la apariencia guasona, resulta un dardo afilado, un aguijón sin tregua contra la hipocresía de una sociedad represiva y formalista que al liberado cautivo de Argel le resulta estrecha; y la critica cuanto puede.

Las mujeres de la venta sienten se acobardan al ver venir “un hombre de aquella suerte armado”, pero no porque las prostitutas teman a un fantoche como don Quijote, sino porque dichas mujeres, símbolo de la promiscuidad sexual en las grandes concentraciones religiosas, se asustan al encontrarse ante tal representación simbólica del fundamentalismo católico. Incluso podría ser que el temor de las prostitutas hacia la imagen del caballero, sea una sutil alusión a la casi obsesiva labor redentora que Loyola mantendrá a lo largo de su vida con dicho colectivo. Ellas recelan porque saben quién

<sup>635</sup> Cervantes 1991: 13: 82.

<sup>636</sup> Cervantes 1998: 47: 49.

es, quién será y qué sueño de castidad universal logrará inculcar en una Compañía que, desde mediados del XVI, luchó contra la tolerancia de la prostitución, entendida hasta entonces “como un <<mal menor>> ya que, sin su presencia, se pensaba que muchos hombres pondrían sus energías en la seducción de mujeres honradas, en el incesto, la homosexualidad o el adulterio”<sup>637</sup>

### PACÍFICA PROFESIÓN

Una vez ante ellas, don Quijote descubre un rostro “seco y polvoroso” (muy similar al del peregrino llegando a Montserrat tras el largo viaje) y, serenamente, les dice

-Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguizado alguno, ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, quanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

Son, como hemos dicho, las dos primeras personas que ven y escuchan al nuevo don Quijote, dos mujeres que cualquiera, en su sano juicio, identificaría con prostitutas, pero a él se le ‘representan’ como “altas doncellas”, porque desde su nueva personalidad, desde la filosofía de quien se ha comprometido con la igualdad y la justicia entre sus semejantes, las está tratando como señoras, personas iguales al resto de las mujeres, rehabilitadas desde el momento en que se dirige a ellas con dignidad, con la misma actitud regeneracionista de Loyola.

Les habla con un lenguaje cargado de arcaísmos y distinto al que, un poco antes, el narrador le atribuyó hablando consigo mismo. Tampoco, a medida que avance la novela, su castellano será tan cerrado como en esta primera intervención, de forma que da la sensación de que, con tal concentración de arcaísmos y peculiaridades idiomáticas, la intención de Cervantes no es solo imitar el lenguaje de los caballeros andantes, sino parodiar el castellano “poco fluido y castizo”<sup>638</sup> de Loyola, mezcla del “castellano, medianamente concertado, de su padre y hermanos mayores, con el vascuence de la madre y la nodriza”<sup>639</sup>.

Pero, además, esos arcaísmos sirven también a Cervantes para ridiculizar el lenguaje de la Vida, concretamente el tono caballeresco del episodio de Loyola con el moro

*Iba, pues, nuestro Ignacio su camino, como dijimos, hacia Montserrat, y topó acaso con un moro, de los que en aquel tiempo aún quedaban en España, en los reinos de Valencia y Aragón. Comenzaron a andar juntos y a trabar plática, y de una en otra vinieron a tratar de la virginidad y pureza de la gloriosísima Virgen nuestra Señora. Concedía el moro que esta bienaventurada Señora había sido virgen antes del parto y en el parto, porque así convenía a la grandeza y majestad de su Hijo; pero decía que no había sido así después del parto, y traía razones falsas y aparentes para probarlo; las cuales deshacía nuestro Ignacio, procurando con todas sus fuerzas desengañar al moro y traerle al conocimiento de esta verdad; pero no lo pudo acabar con él, antes se fue adelante el moro, dejándole solo y muy dudoso y perplejo en lo que había de hacer. Porque no sabía si la fe que profesaba y la piedad cristiana le obligaba a darse prisa tras el moro, y alcanzarle y darle de puñaladas por el atrevimiento y osadía que había tenido de hablar tan desvergonzadamente en desacato de la bienaventurada siempre Virgen sin mancilla. Y no es maravilla que un hombre acostumbrado a las armas y a mirar en puntillos de honra, que pareciendo verdadera es falsa, y como tal engaña a muchos, tuviese por afrenta suya y caso*

---

<sup>637</sup> Díaz Ramírez 2009: 22.

<sup>638</sup> Leturia 1941: 42.

<sup>639</sup> Leturia 1941: 43.

*de menos valer, que un enemigo de nuestra santa fe se atreviese a hablar en su presencia en deshonra de nuestra soberana Señora. (Vida I, III).*

La grandilocuencia verbal y la veneración exagerada guardan cierta relación con la cortesía quijotesca y, sobre todo, mantiene un sutilísimo paralelismo entre la desbandada del moro y la que inician las damas.

En efecto, un poco más arriba, el narrador, con un pequeño matiz lingüístico, sugirió la interconexión entre esta parte del capítulo y el episodio del moro. El matiz es, según vimos, el inusual ‘acaso’ (“Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas”) que imita al utilizado por Ribadeneira al inicio del episodio (“*topó acaso con un moro*”) y, a la vez, conecta el problema de acoso, de marginación social del moro con el de las prostitutas. Igual que el moro sale huyendo de Loyola al darse cuenta del peligro que corre ante un hombre ‘armado’ de tal ideología, las mozas de la venta (“cuando vieron venir un hombre de aquella suerte armado”) sienten también miedo y deciden quitarse del medio. Don Quijote lo intuye y, conociendo el resultado del episodio que parodia, les pide que no huyan ni teman “desaguisado alguno” (de esa forma podría definirse la actitud de Loyola con el moro), pero, además, don Quijote justifica su pacifismo arguyendo que “la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno”.

Sabemos que don Quijote no ha hecho todavía ‘profesión’, le falta el requisito formal de la vela de armas pero, igual que Loyola se confirmó a sí mismo antes de salir de casa, él se siente ya comprometido, y expresa este convencimiento con una frase paralela a la de Ribadeneira para exponer la duda de Loyola sobre si la fe le obligaba, o no, a acuchillar al moro

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>No sabía si <u>la fe que profesaba</u> y la piedad cristiana le obligaba a darse prisa tras el moro</i>	<u>la orden de caballería que profeso</u> non toca ni atañe facerle a ninguno

La principal diferencia es que ‘la fe’ se ha sustituido por ‘la orden de caballería’, aunque haciendo referencia, en ambos casos, a la creencia que mueve a los protagonistas a actuar, ética y moralmente, de una manera determinada.

Loyola duda, no sabe cómo comportarse. Don Quijote no debe hacer ningún daño a nadie, por eso concluye con otra frase (“cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran”) con la que ensalza social y físicamente a las mozas, pues les llama ‘altas’, es decir, nobles y de buena presencia, otro dato aportado con la idea de ironizar sobre la ridícula altivez con que Ribadeneira coloca a Loyola frente al moro, ¡cómo atreverse a hablar así en su presencia!

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>que un enemigo de nuestra santa fe se atreviese a hablar en su <b>presencia</b> en deshonra de nuestra soberana Señora</i>	cuanto más a tan altas doncellas como vuestras <b>presencias</b> demuestran

Don Quijote no está contemplando la realidad, sino la representación que previamente ha imaginado, hay en su disparatada percepción tanta ‘locura’ como en la de Loyola ignorando la evidencia y circunstancias del ‘moro’ y sus creencias. Podría decirse que ambos caballeros ‘no se enteran de nada’, están obnubilados, presos de sus prejuicios librescos, algo que, en ocasiones, causa mucha risa

Mirábanle las mozas y andaban con **los ojos** buscándole el rostro, que la mala visera le **encubría**; mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su

profesión, no pudieron tener la risa y fue de **manera** que don Quijote vino a correrse y a decirles

El interés de las mozas por ver “el rostro, que la mala visera le encubría” responde, en el lenguaje profundo, al deseo de Loyola de ocultar su linaje a los ojos del mundo, según se deduce, en los inicios del Relato, de la clara intencionalidad de evitar los lugares donde “le conociesen y le honrasen”<sup>640</sup>.

Su deseo era dejar de ser quien había sido, buscaba partir de cero o, como dice el Relato, “él huía la estimación”<sup>641</sup>, una idea también recogida por Ribadeneyra con el mismo verbo ‘encubrir’ utilizado en la novela

*Y lo que más procuraba era **encubrir** su linaje y su **manera** de vivir pasada, para que, **encubierto** y desconocido a los ojos del mundo, pudiese más libre y seguramente conversar delante de Dios (Vida I, V).*

Además del referente del verbo ‘encubrir/encubierto’, la extraña y complicada frase “andaban con los ojos buscándole el rostro”, no tiene otro sentido que ironizar sobre el paralelo con la Vida. En ambos casos “los ojos” actúan como un elemento retórico, innecesario. También resulta muy sutil la apreciación sobre la calidad de “la mala visera”.

Sabemos que dicha visera, según el capítulo primero, es una chapuza defensiva con la que Cervantes hace referencia a la mala calidad de la formación espiritual de Iñigo antes de salir de casa. ¿Por qué ahora vuelve a insistir en el detalle?

Porque Ignacio, aunque se propuso pasar inadvertido, difícilmente pudo lograrlo. Todavía iba vestido con traje de rico caballero y reaccionó ante el ‘moro’ como un hombre soberbio e irascible, su espiritualidad seguía siendo tan deficiente como antes de salir de casa, por eso la ‘mala visera’ apenas puede ‘encubrir’ el viejo rostro. Por mucho interés que tenga, todavía sigue siendo más el viejo Iñigo que el nuevo Ignacio. No es extraño que, en ese sentido, don Quijote, un poco más adelante, se disculpe por haber descubierto su identidad, en consonancia con la falsa modestia mostrada por Loyola en sus inicios.

También resulta curioso que el narrador haya empleado, para referirse al marginal trabajo de las mujeres, el mismo vocablo (‘profesión’) con el que acaba de establecer una relación simbólica entre la profesión religiosa de Loyola y la caballerescas de don Quijote. Es como equiparar la dureza de tres profesiones al servicio de los demás.

Pero oigamos la respuesta de don Quijote, bastante mosqueado, por la risita de las señoras

-Bien parece la mesura en las hermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acutedes, ni mostredes mal talante, que el mío non es de ál que de serviros.

Con tranquilidad y elegancia, tras llamarlas ineducadas y necias, don Quijote se disculpa y vuelve a mostrar buena disposición hacia ellas. Como en la intervención anterior, el objetivo principal es incidir en el vocabulario y estilo, poner en conexión el habla de don Quijote con la del vizcaíno recién salido de su tierra y que, según sus escritos, manifiesta peculiaridades idiomáticas muy parecidas. Veamos, por ejemplo, un fragmento de los Ejercicios que Ignacio comenzó a escribir casi por estos primeros momentos de la salida

después de acabado el ejercicio, por espacio de un quarto de hora, quier asentado, quier paseándome, miraré cómo me a ido en la contemplación o meditación; y si mal, miraré la causa donde procede y, así mirada, arrepentirme,

---

<sup>640</sup> R, 18.

<sup>641</sup> R, 18.

para me enmendar adelante; y si bien, dando gracias a Dios nuestro Señor; y haré otra vez de la misma manera [77].

No buscamos analogías formales o de contenido, solo apreciar el lenguaje arcaico y las peculiaridades propias de un vizcaíno, pues Cervantes le está dando voz a don Quijote inspirándose en ese tipo de textos.

Don Quijote es un engendro, un hijo del Relato, la Vida, el libro de los Ejercicios, las cartas de Ignacio y las leyendas que ya corrían sobre él. En ese magma literario están sus genes, sus raíces, peculiaridades y anécdotas; ahí se encontraba en potencia, durmiente, de ahí lo extrajo Cervantes, lo redimió para pasearlo, para reedificarlo tal como era, tal como quiso ser, por eso declara, humildemente, ser su padrastro. Él no lo engendró, solo lo extrajo de esas fuentes para darle nueva vida, para sustentarlo y modelarlo al estilo e imagen del Relato. Pero con tanta pulcritud, con tanto rigor, que las dos primeras veces que le hace hablar ante los demás, pone en su boca un discurso, más o menos cómico, pero muy ajustado al lenguaje que el nuevo peregrino debía utilizar recién salido de casa. Es un retazo, una pincelada del lenguaje castizo que, poco a poco, Cervantes irá suavizando a medida que Loyola se abra al mundo con intención de comunicarse.

El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante si a aquel punto no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico, el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar a las doncellas en las muestras de su contento. Mas, en efeto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente y, así, le dijo

Si desde lejos provocó temor, ahora, una vez escuchado y observado, don Quijote acrecienta la risa de las señoras. De nuevo dos matices cargados de ironía. Primero, como hemos visto, el lenguaje, el habla cerrada con la que, ‘convencionalmente’<sup>642</sup>, se caricaturizaba a los vizcaínos, después, “el mal talle” y “la figura contrahecha”, dos claras alusiones al deplorable aspecto del hombre enfundado en la armadura mal compuesta y polvorienta.

Pero ¿no está sugiriendo el corrosivo narrador el poco agraciado aspecto de Loyola a su llegada a Montserrat? Precisamente, según Covarrubias, ‘contrahecho’ era “El lisiado de su cuerpo”. Por eso, teniendo en cuenta, además, que hasta no hace mucho, casi todas las minusvalías eran, al menos en España, más objeto de chanza que de indulgencia, no sería extraño que la burla de las dos mujeres aluda, simbólicamente, a la estampa del polvorienta y renqueante peregrino.

Pero situémonos allí, hagamos, al estilo de los Ejercicios, una composición de lugar, una visión de Loyola llegando al monasterio y encontrándose con unas mujeres, supongamos que prostitutas, con las que entabla conversación y que le causan un verdadero enojo, un atisbo de intolerancia porque, igual que el moro, rompen, de entrada, el riguroso y obsesivo esquema de religiosidad y castidad que, en torno a sí mismo y al monasterio, trae en la cabeza.

En ese momento, cuando está a punto de estallar la tormenta por la risa acrecentada de las señoras, aparece el ventero, hombre “muy gordo”, de lo que el narrador colige, basándose, según la crítica, en “la teoría de los humores de la época”<sup>643</sup>, su pacifismo. Pero, además, es un hombre intuitivo, pues enseguida capta, por la figura y las armas, el potencial peligro de don Quijote, de forma que decide neutralizar la burla de las señoras hablándole comedidamente.

---

<sup>642</sup> Cervantes 1998: 56: 102.

<sup>643</sup> Cervantes 1998: 56: 50.



En definitiva, la risa de las prostitutas ante la presencia y cortesía de don Quijote es algo así como una ‘composición de lugar’, una reflexión cervantina sobre lo que probablemente pudo encontrar Loyola a su llegada al monasterio y la doble sensación provocada en las señoras. Primero el temor de unas proscritas al encontrarse frente a un hombre vestido con traje de caballero rico, después la risa al comprobar sus pretensiones regenerativas, sus consejos de que abandonaran el pecado.

Ambos caballeros encarnan modelos formalmente diferentes pero ideológicamente idénticos; no sería extraño que, ante un mismo público, provocaran la misma risa.

## **GORDO Y PACÍFICO**

La primera caracterización del ventero, uno de los personajes más atractivos y anfibológicos de la novela, reúne dos rasgos esenciales que le hermanan con el sujeto a quien representa en este y en el siguiente capítulo: la gordura-pacifismo y el comedimiento.

Volvamos a Montserrat y veamos qué hace Loyola nada más llegar al monasterio y llegado a Montserrat, después de hecha oración y concertado con el confesor, se confesó

Lo primero, sin entrar por ahora en más detalles, ha sido hacer oración y, acto seguido, concertar con el confesor, planificar con él los pasos previos a la vela de armas, el primero de todos confesar.

Conozcamos ahora la versión de la Vida

*Es Montserrat un monasterio de los religiosos de san Benito, una jornada de Barcelona, lugar de grandísima devoción, dedicado a la Madre de Dios y celebrado en toda la cristiandad por los continuos milagros y por el gran concurso de gentes que de todas partes vienen a él a pedir favores, o hacer gracias de los recibidos, a la santísima Virgen nuestra Señora, que allí es tan señaladamente reverenciada. A este santo lugar llegó nuestro Ignacio, y lo primero que hizo fue buscar un escogido confesor, como enfermo que busca el mejor médico para curarse (Vida I, IV).*

También, según Ribadeneyra, lo primero que hizo fue buscar un confesor. Uno “escogido”, “el mejor”, como anteriormente comentamos. Solo apuntar que, probablemente, “el gran concurso de gentes que de todas partes vienen”, fue el motivo que sugirió a Cervantes situar a esas dos mujeres tan particulares en la puerta de la venta.

Exceptuando, pues, a las dos mujeres que han provocado el primer atisbo de cólera quijotesca, el ventero es, en definitiva, y en consonancia con el confesor de Loyola, el primer hombre con quien habla en la novela y en la venta. Y ha sido presentado como gordo y pacífico porque así, tradicionalmente, se caracterizaba a los frailes, a quienes, también de forma generalizada, podemos calificar como de hablar comedido, la otra cualidad asignada por el narrador al ventero (“determinó de hablarle comedidamente”).

Poseemos ya dos datos sobre el ventero que permiten, de entrada, aunque todavía muy débilmente, la asociación simbólica con el confesor de Loyola. A partir de ahora, a través de un sin fin de sugerentes e irónicas sutilezas, Cervantes encubrirá, bajo la máscara de un bruto y vulgar ventero, el perfil psicológico de un sensible confesor, o director espiritual.

En esa línea debe entenderse la actitud de no sumarse al “contento”, a la burla, que las mujeres hacían de don Quijote, pues no le dio buena espina ver “aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales”. Enseguida el narrador especifica cuáles son esas armas (“brida, lanza, adarga y coselete”) que, según la crítica especializada, son consideradas desiguales por el ventero “porque correspondían a dos modos de

armarse, para cabalgar o combatir”<sup>644</sup>. ¡Qué gran sutileza cervantina y apreciación crítica! ¿No es eso para lo que Loyola cree haberse armado? Peregrinar y combatir, sus dos objetivos inmediatos, pero ¿se encontraba realmente preparado?

Loyola, un par de meses después de haber dejado la milicia, tuvo una visión de la virgen que le cambió la vida. A partir de ahí decidió peregrinar a Jerusalén y entregarse para siempre a Cristo y a la humanidad. Eran sus ideas, sus sueños, pero eso no se alcanza fácilmente, transformarse de militar en aspirante a santo requiere algo más que un deseo, que una actitud. Como él mismo confesará, no tenía ni idea de qué cosa era espíritu. ¿No estuvo tentado, pocos días antes, de acuchillar a un moro? ¿No se le vio en Montserrat velando armas como un arcaico caballero?

Llega, pues, al monasterio con tal batiburrillo en la cabeza, armado “de armas tan desiguales”, que cualquier experto en la materia, cualquier confesor avezado, sentiría, dado el ambiente herético del momento, temor ante su presencia. Y esto no es una lucubración. Recordemos que “El hermano lego, encargado de los pobres que se acercan al monasterio de Montserrat, le calificará, diciendo <<que aquel peregrino era loco por Nuestro Señor Jesucristo>>”<sup>645</sup>. O, también, que en los alrededores del monasterio los niños le conocen como el “hombre del saco y lo toman por un payaso”<sup>646</sup>.

Un confesor ante semejante dilema, ante “máquina de tantos pertrechos”, toma lógicamente sus precauciones, y eso hace el ventero.

De forma que el extraño temor ante un don Quijote armado “de armas tan desiguales”, parodia la posible inquietud del confesor de Loyola al conocer el pasado y los propósitos de este todavía extravagante caballero, de esta “máquina” armada de una entusiástica y, por tanto, sospechosa fe renovada. Precisamente, Ribadeneyra suele utilizar las palabras ‘máquinas’<sup>647</sup>, o ‘pertrechos’, como elementos simbólicos, unas veces ofensivos y otras defensivos, contra las fuerzas heréticas de Satanás<sup>648</sup>.

¿Sospecha el confesor de Loyola que lo ha armado Satanás? ¿No es la mente de Ignacio una máquina cargada de pertrechos, caballerescos y divinos, dignos de ser temidos?

Por si acaso, una de las primeras palabras pronunciadas por un ventero que en seguida será calificado de ladrón es “amén”

-Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia

Al margen de la extravagancia lingüística que supone poner en boca de un caco sanluqueño del siglo XVI la palabra ‘amén’, lo importante es que dicho vocablo permite la doble lectura, bien como equivalente a la expresión ‘excepto el lecho’, o bien como el litúrgico ‘amén’, *así sea*, una de las primeras palabras que debió pronunciar el sorprendido eclesiástico de Montserrat al conocer las fantásticas proposiciones de Ignacio de confesarse durante tres días antes de velar armas. En el diálogo es como un

---

<sup>644</sup> Cervantes 1998: 58: 50.

<sup>645</sup> Larrañaga 1944: 4.

<sup>646</sup> Marcuse 1997: 57.

<sup>647</sup> “Pasada la tempestad de esta persecución, se siguió luego gran bonanza, y las **máquinas** que había armado Satanás para combatir la verdad le vinieron a servir para su defensa, como suele acontecer a los que tienen buena causa y estriban en el amparo divino” (Vida II, XV)

<sup>648</sup> “Y como Rey de todos los reyes, poderosísimo y sapientísimo, tiene cuenta de favorecer a su reino, que es la santa Iglesia Católica, con plazas inexpugnables y fuerzas, baluartes y reparos, que son las sagradas religiones, y de poner en ellas capitanes y soldados valerosos en presidio, para defensa y seguridad de todo el reino, y de bastecerlas y proveerlas de las armas, municiones, vituallas y **pertrechos** que son menester para que los enemigos, que son las maldades, herejías y errores, no corran el campo sin resistencia, y hagan guerra sin temor a la verdad y a la virtud” (Vida II, XVIII)

pecio, un residuo flotante que, gracias a la ambivalencia lingüística, aflora del fondo como signo burlesco y testimonial del cauce profundo.

Solo interpretando así el ‘amén’ adquiere un sentido genial el resto de la intervención del ventero, pues con la aclaración “en esta venta no hay ninguno”, suponemos que quiere decir ‘no hay ninguna cama libre’, aunque, ateniéndonos literalmente al texto, lo que niega es ¡la existencia de camas en la venta!; afirma aparentemente una cosa aunque, en realidad, dice otra que permite la asociación venta-monasterio de Montserrat, un lugar multitudinario donde, como afirma el ventero con mucha ironía y retranca, salvo camas “todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia”.

Por otra parte, en esta primera intervención, el ventero ha mencionado la naturaleza exacta de su establecimiento (“en esta venta”), algo que don Quijote parece no haber escuchado pues, tras la enigmática respuesta del hostelero, el narrador interrumpe el diálogo para realizar la siguiente aclaración

Viendo don Quijote la humildad del **alcaide** de la **fortaleza**, que tal le pareció a él el ventero y la venta, respondió:

-Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque “mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, etc.

A pesar de que el ventero ha mencionado expresamente la categoría de venta de su establecimiento, don Quijote sigue en sus treces y ve lo que quiere ver: un castillo y al alcaide de la fortaleza, dos conceptos asociados a un lugar defensivo y que, al lector del Relato, le conducen directamente al inicio de la obra, al momento de la resistencia de Iñigo en la fortaleza de Pamplona, dando sus razones al alcaide

estando en una **fortaleza** que los franceses combatían [...] él dio tantas razones al **alcaide** (R,1)

El hecho de que le llame “alcaide” no es solo una rémora caballeresca de Ignacio sino, especialmente, un referente lingüístico, otro arcaísmo de los que caracterizan su lenguaje pues, todavía un año antes de su muerte, pronuncia ese vocablo en los inicios del Relato, razón por la que Cervantes lo pone en boca del narrador, para asociar, una vez más, las singularidades del habla atribuida a ambos personajes.

Don Quijote, amablemente, llama al ventero “señor castellano” (encargado del castillo) y muestra su campechanía pronunciando una resignada afirmación (“cualquier cosa basta”) que unida al contenido de los dos versos (“mis arreos son las armas, mi descanso el pelear”), conforman una auténtica declaración de principios ascéticos al ensalzar el trabajo y la lucha sin tregua que debe mantener el caballero andante, o el religioso pues, como se insistirá a lo largo de la novela, ambas profesiones coinciden en lo esencial.

El llamar ‘castellano’ al ventero también toma un matiz burlesco en conexión con el lenguaje profundo, con las dificultades idiomáticas existentes entre Loyola y Chanones que, como sabemos, era francés con escaso conocimiento del castellano.

A continuación vuelve a intervenir el narrador para ofrecernos, primero, información sobre los pensamientos del ventero y, después, una serie de datos negativos, casi antecedentes penales, que anulan de un plumazo la primera impresión positiva que este buen hombre nos había causado tras el cauteloso y diplomático recibimiento hecho a don Quijote

Pensó el huésped que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiantado paje y, así, le respondió

Irónicamente, el narrador contrapone dos ideas estereotipadas, la honradez de los castellanos frente a la malicia de los andaluces, aunque, en el fondo, al utilizar la

expresión “sanos de Castilla” que, en germanía significa “ladrón disimulado”<sup>649</sup>, lo que viene a decir es que todos los venteros, fueran del norte o del sur, eran ladrones. Desde luego, el narrador se ceba con éste, concibiéndolo oriundo, peyorativamente, de la bella Sanlúcar<sup>650</sup> y equiparándolo con Caco y otros maleantes experimentados.

Se da la curiosa circunstancia de que cuando Loyola llega al monasterio, su abad es el famoso “castellano Pedro de Burgos, sucesor de Cisneros y abad durante la estancia de Ignacio”<sup>651</sup>. ¿Conocía Cervantes el dato? Debe tenerse en cuenta que el personaje ambivalente del ventero se nutre de cualquier información que evoque a los regidores de Montserrat “durante la estancia de Ignacio”.

No obstante, conociendo la retranca del narrador y el calamitoso estado moral de la Iglesia de entonces, no resultaría extraña la acusación de robador lanzada sobre el ventero-eclesiástico.

Pero la mala fama atribuida por el narrador al ventero no se corresponde, como iremos viendo, con la verdad. De entrada él mismo nos informó de los temores del ventero ante la imagen armada de don Quijote, algo incomprensible en un hombre con tales antecedentes. De hecho, esas y otras contradicciones del narrador, en este y en el siguiente capítulo, ponen en entredicho, desde ahora, su credibilidad, porque ofrece información malintencionada e inexacta de una realidad que él mismo va rebatiendo.

Por lo pronto, el maleante sanluqueño resulta un culto hostelero, pues responde a don Quijote parafraseando el resto del romance iniciado por él

-Según eso, las **camas** de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre **velar**; y siendo así bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.

El sutilísimo planteamiento ascético hecho por don Quijote con los dos versos del romance, ha sido perfectamente captado por el ventero, que responde con la continuación del mismo romance (“mi cama las duras peñas / mi dormir siempre velar”).

Por extraño que parezca, están en la misma onda, se entienden a la perfección, algo que, sin lugar a dudas, refuerza el sentido simbólico del ventero, su trasfondo de ‘confesor’ de un Ignacio que llega al monasterio ansioso por confesar y poner en práctica una forma de vida austera que, según había leído, lo encamine hacia la santidad. “A sus ansias de cambiar de vestidos se adaptan maravillosamente las exclamaciones de Cisneros ante el Crucifijo: <<Vos, Señor, desnudo en la Cruz, y yo compuesto de vanos y lascivos vestidos...Pues ¿qué haré, Señor?>>. Y todavía con insistencia más penetrante los prólogos del *Flos Sanctorum* de Loyola: <<¡Oh Jesús mío enclavado! Otórgame que de continuo, si quier coma, si quier duerma, si quier vele, que siempre sienta en mis oídos aquellos golpes crueles del martillo, cuando clavaban tus manos y pies sagrados... Traviesen, Señor, estos clavos la dureza de mi corazón. Traspasen estas espinas la penitencia de mis disoluciones y pecados. Olvide yo, Señor, considerando tu Pasión, las muelles camas y delicados vestidos y preciosos manjares>>”<sup>652</sup>.

---

<sup>649</sup> Cervantes 1991: 23: 84.

<sup>650</sup> “En tiempos de Cervantes, punto de reunión de pícaros, indeseables y fugitivos de la justicia” Cervantes 1998: 66: 51.

<sup>651</sup> Leturia 1941: 241.

<sup>652</sup> Leturia 1941: 247.

Vuelven los seguidores de Loyola a explicar tangencialmente las intenciones cervantinas.

Pero no hemos de alejarnos tanto de las fuentes originales para encontrar otro fragmento donde se exalta la machacona idea del peregrino obsesionado con la presencia continua de la idea religiosa evocada, simbólicamente, por el ventero pues, las ‘duras camas’ y el permanente ‘velar’ aparecen en la Vida asociadas a la rigurosa ascética de Ignacio en los primeros momentos de su peregrinación

*-Tenía el suelo por cama, pasando la mayor parte de la noche en vela (Vida I, V).*

*-Pedía limosna cada día; pero ni comía carne, ni bebía vino, solamente se sustentaba con pan y agua; y aun esto con tal abstinencia, que si no eran los domingos, todos los demás días ayunaba. Tenía el suelo por cama, pasando la mayor parte de la noche en vela. Confesábase todos los domingos, y recibía el santísimo sacramento del altar. (Vida I, V).*

La equivalencia entre el contenido del romance y el de la frase de la Vida es absoluta. Da lo mismo decir “*Tenía el suelo por cama*”, que “las **camas** de vuestra merced serán duras peñas”. La intención es resaltar, en ambos casos, el sacrificado empeño de acostarse en el duro suelo y, en consecuencia, apenas dormir, o sea, velar

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>Tenía <u>el suelo por cama</u></i>	las <b>camas</b> de vuestra merced serán <u>duras peñas</u>
<i>pasando la mayor parte de la noche en <u>vela</u></i>	su dormir, siempre <b>velar</b>

Sorprende que Cervantes no solo acomode su novela al texto del Relato y la Vida sino que, además, encuentre un romance capaz de servirle como vínculo caballeresco y amoldable a su doble intencionalidad. Eso prueba su portentosa memoria, su agilidad y flexibilidad mental a la hora de encontrar recursos y acoplarlos, sobre la marcha, a sus necesidades.

El ventero ha comprendido desde el principio la intención de don Quijote de no pegar ojo, solo así se explica la desatinada segunda parte de una respuesta en la que viene a decir que en su casa no se duerme jamás: “siendo así bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche”, propaganda más propia de un monasterio que de una venta donde se acude a comer y descansar.

No es extraño, siguiendo en esa línea, que el ventero, en otro alarde de sencillez y sinceridad anti-marketing, llame ‘choza’ a su establecimiento, pues dicho vocablo significa “cavaña donde se recogen los pastores. Díxose choça, quasi chota, por ser el lugar donde tienen encerrados los cabritillos o corderos mamantones; y a la noche cuando vienen las madres les dan de chotar o mamar”.<sup>653</sup> En otras ocasiones utiliza Cervantes el recurrente símbolo religioso del rebaño y su entorno. En este caso la venta-monasterio se convierte, por gracia del ventero, en la choza donde mamará Loyola las primeras leches espirituales.

En definitiva, en contra de la mala imagen difundida por el narrador, debe esgrimirse en favor del ventero el detalle de cultura literaria que le ha permitido continuar el romance y acoplarlo eficazmente a la situación, siguiéndole la corriente a don Quijote y hablándole con humor, pues llama ‘choza’ a su propia venta. O se trata de un dato

<sup>653</sup> Covarrubias 1993.

encubierto sobre el carácter simbólico del personaje, o de una sugerencia libidinosa, pues a ningún hostelero se le ocurre promocionar su venta, ante un hombre cansado de viajar, diciendo que es un lugar idóneo para no dormir.

Pero continuemos con los quehaceres del ventero según el narrador

Y en diciendo esto fue a tener el estribo a don Quijote, el cual se apeó con **mucha dificultad y trabajo**, como aquel que en **todo aquel día no se había desayunado**

Hemos visto que la intención de Cervantes es parodiar, en todo momento, el viaje de Ignacio desde su casa a Montserrat, donde llega tan cansado y polvoriento como don Quijote tras vagar una jornada entera por los caminos manchegos. Ahora, por fin, se apea y, como cualquier hombre que ha cabalgado desde el alba al anochecer, no digamos si tiene alrededor de cincuenta años, lo hace “con **mucha dificultad y trabajo**”, porque, además, “en **todo aquel día no se había desayunado**”.

Son pequeños detalles narrativos dentro de la progresión lógica de la obra, aunque contruidos a base de fragmentos de la Vida relacionados con el dificultoso y sacrificado camino del peregrino e ingeniosamente insertados en la novela. Del primero encontramos varios ejemplos<sup>654</sup>, uno casi idéntico

VIDA	QUIJOTE
las <b><u>muchas dificultades y trabajos</u></b> que experimentó en sí mismo (Vida II, I)	se apeó con <b><u>mucha dificultad y trabajo</u></b>

Igual ocurre con el segundo, alusivo al no comer en todo el día

VIDA	QUIJOTE
<b><u>no habiendo todo aquel día desayunándose</u></b> (Vida I, XII)	como <b><u>aquel</u></b> que en <b><u>todo aquel día no se había desayunado</u></b>

La igualdad formal y semántica es evidente. La principal diferencia se encuentra en la utilización del vocablo ‘*aquel*’ como adjetivo, mientras que en la novela actúa doblemente, como pronombre alusivo a Loyola (“como aquel”) y como adjetivo referido al día lejano en que Loyola no desayunó (“aquel día”).

## EN LA CABALLERIZA

Una vez apeado don Quijote, el narrador continúa informando sobre los primeros momentos de la llegada a la venta

Dijo luego al huésped que le tuviese **mucho cuidado** de su caballo, porque era la **mejor** pieza que comía pan en el **mundo**. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad; y, acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped **mandaba**

El detalle de bajarse del caballo y pedir al ventero un especial cuidado, vuelve a estar muy relacionado con el momento de la llegada de Loyola a Montserrat montado en una mula pues, lo primero que hizo, después de rezar, fue, según vimos, buscar un confesor, confesarse durante tres días y concertar “que **mandase** recoger la mula”

Pues partido de este lugar, fuese, según su costumbre, pensando en sus propósitos; y llegado a Montserrat, después de hecha oración y concertado con

<sup>654</sup> “Y aunque entre estos propósitos y deseos se le ofrecían **trabajos y dificultades**, no por eso desmayaba ni se entibiaba punto su fervor” (Vida I, II)

“parte por el mal del estómago y parte por los **trabajos y dificultades** del largo camino” (Vida I, XIV)

el confesor, se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días; y concertó con el confesor que **mandase** recoger la mula (R,17)

El significado real de la expresión “mandase recoger” es que Loyola donó la mula al monasterio. En la secuencia de hechos narrados, la recogida de la mula aparece al final porque Loyola, debe suponerse, hizo lo mismo que don Quijote tras apearse del caballo: entró en el recinto del monasterio, metió la mula en la caballeriza y, tres días después, tras confesar, acordó con el confesor que la recogieran como donación al monasterio. Además de la analogía entre la llegada a sus respectivos destinos y el interés por acomodar a las caballerías, Cervantes refuerza el paralelismo con el referente del verbo mandar

RELATO	QUIJOTE
concertó con el confesor que <b>mandase</b> recoger la mula	volvió a ver lo que su huésped <b>mandaba</b>

Volvamos ahora a la versión de la Vida sobre el mismo momento de la llegada a Montserrat

*A este santo lugar llegó nuestro Ignacio, y lo primero que hizo fue buscar un escogido confesor, como enfermo que busca el mejor médico para curarse. Confesóse generalmente de toda su vida, por escrito y con **mucho cuidado**, y duró la confesión tres días, con un religioso principal de aquella santa casa y gran siervo de Dios y conocido y reverenciado por tal, francés de nación, que se llamaba fray Juan Chanones (Vida I, IV)*

Ya hemos comentado la manipulación realizada por Ribadeneyra respecto a Chanones, cómo antepone la búsqueda de un escogido confesor a la confesión misma.

Es cierto que el encuentro con Chanones fue, según los historiadores, una suerte para las aspiraciones espirituales de Ignacio. Le sirvió como confesor y, también, actuó como un verdadero director espiritual para una persona que, en contra de lo que pretende Ribadeneyra, ignoraba el camino a seguir, cómo comenzar.

Según Leturia, Chanones proporcionó a Loyola el libro del reformador García de Cisneros “Ejercitatorio de la Vida Espiritual>>, estampado en 1500 en la imprenta de la Abadía de Montserrat. Este libro “se proponía ante todo introducir al nuevo religioso en la vía purgativa, mediante una cuidadosa confesión general, y mediante un septenario<sup>655</sup> de meditaciones sobre los pecados, y las verdades eternas, basado principalmente en los escritos del devoto holandés Gerardo de Zutphen, uno de los predecesores de Tomás de Kempis”.<sup>656</sup>

Chanones cumplió, pues, un papel importantísimo en la trayectoria de Ignacio. Parece ser que le inició “en la oración metódica”<sup>657</sup> y, probablemente, gracias a sus consejos, Loyola aplazó el viaje a Jerusalén y se detuvo en Manresa para orar, sacrificarse y tomar los primeros apuntes de los Ejercicios, muy influidos por las lecciones y recomendaciones de un confesor al que, según Leturia, “se le admiraba por su austeridad y abstinencia de carne, por el celo con que se dedicaba a oír las confesiones de los peregrinos, por su espíritu de oración tanto litúrgica como mental, por su especial devoción al Santo Rosario y a la Eucaristía. Rasgos todos que constan en el Necrologio hecho en 1568, fecha de su muerte, y que en gran parte reaparecen en la vida llevada en seguida, los primeros meses de Manresa, por su discípulo Iñigo de Loyola”<sup>658</sup>.

<sup>655</sup> “Tiempo de siete días que se dedican a la devoción y culto de Dios y de los santos” R.A.E.

<sup>656</sup> Leturia 1941: 242.

<sup>657</sup> Dalmases 1986: 48.

<sup>658</sup> Leturia 1941: 241.

Pues bien, al hilo de los tres días que duró la confesión, Ribadeneyra, añade una no documentada coletilla (“*con mucho cuidado*”) con intenciones didácticas, con la idea de fomentar el rigor y la seriedad en la confesión.

Cervantes aprecia la sutileza y, una vez más, la denuncia haciendo que don Quijote solicite al ventero el mismo “mucho cuidado” con el caballo que Ribadeneyra atribuye a Loyola en la confesión

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>Confesóse generalmente de toda su vida, por escrito y con <b>mucho cuidado</b></i>	Dijo luego al huésped que le tuviese <b>mucho cuidado</b> de su caballo
<i>como enfermo que busca el <b>mejor médico</b></i>	la <b>mejor</b> pieza que comía pan en el mundo

Y, para redondear la chanza, añade el hiperbólico piropo (“la mejor pieza”) con el que se alude, formal y semánticamente, a la retórica y tópica comparación de la Vida sobre el “*mejor médico*”.

### **GRACIOSA Y EXTRAÑA FIGURA**

Solucionado el acomodo del caballo, el ventero vuelve y encuentra a don Quijote siendo desarmado por las mujeres de la puerta

y, acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él; las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitalle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera y, así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y estraña figura que se pudiera pensar

Le han “quitado el peto y el espaldar”, las “piezas de la armadura que protegían el pecho y la espalda”<sup>659</sup>, pero no han podido “desencajarle la gola, ni quitalle la contrahecha celada”.

Ya sabemos que el proceso de ‘desmilitarización’ de Iñigo y la gestación, inconsciente, de su carrera religiosa, se inicia en el momento de la herida en Pamplona, cuando se produce la causa que desencadenará, poco después, la conversión.

Pues bien, insistimos en que Iñigo, desde el momento de la caída, debió ir asumiendo día a día la imposible rehabilitación de la pierna, el hundimiento de su proyecto de futuro y la búsqueda de una complicada salida. No era algo extraordinario, sabía lo que le esperaba. En la Europa del XVI abundaban sobremanera los lisiados de guerra, auténtica carne de cañón que la sociedad de entonces no reinsertaba, gente joven que, de buenas a primeras, pasaba de la euforia juvenil a una prematura vejez sin perspectivas de futuro.

Iñigo, ya operado y con un proyecto de vida desbaratado, todavía pide libros de caballerías, todavía desea recrearse en temas de su ex-mundo. Pero el azar o, según los devotos, la providencia, puso en sus manos libros religiosos que, siendo él imaginativo y fantasioso, le abrieron inmediatamente otras perspectivas de ensueños: más allá de amadises y esplandianes había otros mundos donde también podía alcanzarse la gloria y la fama con espectaculares hazañas. Y poco a poco, en su imaginación, fue mudando la tramoya ruidosa y colorista de la guerra, por la ascética parda y silenciosa del peregrino.

<sup>659</sup> Cervantes 1998: 69: 52.



Eso es, más o menos, lo que don Quijote y las señoras escenifican, metafóricamente, a través de un acto cuyo simbolismo se centra en poner en relación las dos confesiones ‘generales’ realizadas por Iñigo-Ignacio en los dos trascendentes momentos previos a su nuevo estado. La primera antes de ponerse en manos de los cirujanos

Y iba todavía empeorando, sin poder comer y con los demás accidentes que suelen ser señal de muerte. Y llegando el día de S. Juan, por los médicos tener muy poca confianza de su salud, fue aconsejado que se confesase; y así, recibiendo los sacramentos, la víspera de S. Pedro y S. Paulo, dijeron los médicos que, si hasta la media **noche** no sentía mejoría, se podía contar por muerto. Solía ser el dicho enfermo devoto de S. Pedro, y así quiso nuestro Señor que aquella misma media noche se comenzase a hallar mejor; y fue tanto creciendo la mejoría, que de ahí a algunos días se juzgó que estaba fuera de peligro de muerte.

Y viniendo ya los huesos a soldarse unos con otros, le **quedó** abajo de la rodilla un hueso encabalgado sobre otro, por lo cual la pierna **quedaba** más corta; y **quedaba** allí el hueso tan levantado, que era cosa fea; lo cual él no **puediendo** sufrir, porque determinaba seguir el mundo, y juzgaba que aquello le afearía, se informó de los cirujanos si se podía aquello **cortar**; y ellos dijeron que bien se podía **cortar**; mas que los dolores serían mayores que todos los que había pasado, por estar aquello ya sano, y ser menester espacio para **cortarlo**; y todavía él se determinó martirizarse por su propio gusto, aunque su hermano más viejo se espantaba y decía que tal dolor él no se atrevería a sufrir; lo cual el herido sufrió con la sólita paciencia.

Y **cortada** la carne y el hueso que allí sobraba, se atendió a usar de remedios para que la pierna no **quedase** tan corta, dándole muchas unturas, y extendiéndola con instrumentos continuamente, que muchos días le martirizaban. Mas nuestro Señor le fue dando salud; y se fue hallando tan bueno, que en todo lo demás estaba sano, sino que no podía tenerse bien sobre la pierna, y así le era forzado estar en el lecho. Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de Caballerías, sintiéndose bueno, pidió que le diesen algunos dellos para pasar el tiempo; mas en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer, y así le dieron un Vita Christi y un libro de la vida de los Santos en romance” (R, 2, 3, 4, 5)

Recordemos también la versión de esos mismos acontecimientos según la Vida

*Y estando ya algo mejor, le enviaron con mucha cortesía y liberalidad a su casa, donde fue llevado en hombros de hombres, en una litera. Estando ya en su casa, comenzaron las heridas, especialmente la de la pierna derecha, a empeorar. Llamáronse nuevos médicos y cirujanos, los cuales fueron de parecer que la pierna se había otra vez de **desencajar**; porque los huesos (o por descuido de los primeros cirujanos, o por el movimiento y agitación del camino áspero) estaban fuera de su juntura y lugar, y era necesario volverlos a él y concertarlos para que se soldasen. Hízose así, con grandísimos tormentos y dolores del enfermo. El cual pasó esta carnicería que en él se hizo y todos los demás trabajos que después le sucedieron, con un semblante y con un esfuerzo que ponía admiración. Porque ni mudó color, ni gimió, ni sospiró, ni hubo siquiera un ay, ni dijo palabra que mostrase flaqueza. Crecía el mal más cada día y pasaba tan adelante, que ya poca esperanza se tenía de su vida, y avisáronle de su peligro.*

*Confesóse enteramente de sus pecados la víspera de los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo, y como caballero cristiano **se armó de las verdaderas armas** de los otros santos sacramentos, que Jesu Cristo nuestro Redentor nos dejó para*

nuestro remedio y defensa. Ya parecía que se iba llegando la hora y el punto de su fin; y como los médicos le diesen por muerto si hasta la **medianoche** de aquel día no hubiese alguna mejoría, fue Dios nuestro Señor servido que en aquel mismo punto la hubiese. La cual creemos que el bienaventurado apóstol san Pedro le alcanzó de nuestro Señor; porque en los tiempos atrás siempre Ignacio le había tenido por particular patrón y abogado, y como a tal le había reverenciado y servido; y así se entiende que le apareció este glorioso apóstol la **noche** misma de su mayor necesidad, como quien le venia a favorecer y le **traía** la salud. Librado ya deste peligroso trance, se comenzaron a soldar los huesos y a fortificarse; mas **quedábanle** todavía dos deformidades en la pierna. La una era de un hueso que le salía debajo de la rodilla feamente. La otra nacía de la misma pierna, que por haberle sacado della veinte pedazos de huesos, **quedaba** corta y **contrahecha**, de suerte que no podía andar, ni tenerse sobre sus pies. Era entonces Ignacio mozo lozano y polido, y muy amigo de galas y de traerse bien; y tenía propósito de llevar adelante los ejercicios de la guerra que había comenzado. Y como para lo uno y para lo otro le pareciese grande estorbo la fealdad y encogimiento de la pierna, queriendo remediar estos inconvenientes, preguntó primero a los cirujanos si se podía **cortar** sin peligro de la vida aquel hueso que salía con tanta deformidad. Y como le dijiesen que sí, pero que sería muy a su costa, porque habiéndose de **cortar** por lo vivo, pasaría el mayor y más agudo dolor que había pasado en toda la cura, no haciendo caso de todo lo que para divertirle se le decía, **quiso** que le **cortasen** el hueso, por cumplir con su gusto y apetito. Y (como yo le oí decir) por poder **traer** una bota muy justa y muy polida, como en aquel tiempo se usaba; ni fue posible sacarle dello, ni persuadirle otra cosa. **Quisiéronle atar** para hacer este sacrificio y **no lo consintió**, pareciéndole cosa indigna de su ánimo generoso. Y estuvo con el mismo semblante y constancia, que arriba dijimos, así suelto y **desatado**, sin menearse, ni boquear, ni dar alguna muestra de flaqueza de corazón. **Cortado** el hueso, se **quitó** la fealdad. El encogimiento de la pierna se curó por espacio de muchos días, con muchos remedios de unciones y emplastos, y ciertas ruedas e instrumentos con que cada día le atormentaban, estiraron y extendiendo poco a poco la pierna y volviéndola a su lugar. Pero por mucho que la desencogieron y estiraron, nunca pudo ser tanto que llegase a ser igual, al justo con la otra. (Vida I, I)

Se aprecia una clara diferencia en la información sobre el mismo acto de la confesión

RELATO	VIDA
Y llegando el día de S. Juan, por los médicos tener muy poca confianza de su salud, <u>fue aconsejado que se confesase; y así, <u>recibiendo los sacramentos</u></u>	<u>Confesóse enteramente de sus pecados la víspera de los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo, y como caballero cristiano se armó de las verdaderas armas de los otros santos sacramentos, que Jesu Cristo nuestro Redentor nos dejó para nuestro remedio y defensa</u>

Según el Relato, le aconsejaron confesar y recibir “los sacramentos”, probablemente comunión y extremaunción, los dos que se administraban, tras la confesión, a quienes se encontraban en semejante trance.

Ribadeneyra, cumpliendo con el propósito didáctico y catequista del libro, no solo elimina, por razones de imagen, el hecho de que Iñigo se confesara por consejo de otros, sino que añade un adverbio (“*enteramente*”) que transforma la confesión urgente y

convencional del herido, en una confesión general “de los pecados de toda la vida pasada”<sup>660</sup> (se confesó “*enteramente*”). Y, además, convierte la escueta y despersonalizada información del Relato en un singular y metafórico proceso de ceremonia espiritual del que Iñigo resurge tan ‘armado’ y airoso para la nueva etapa como antes de la caída.

A aquella primera ‘confesión’ le siguió una segunda en Montserrat sobre la que también poseemos doble información

RELATO	VIDA
<p>Y fuese su camino de Montserrat, pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios. Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes libros, veníanle algunas cosas al <b>pensamiento</b> semejantes a aquellas; <b>y así se</b> determinó de velar sus <b>armas <u>toda una noche</u></b>, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de nuestra Señora de Montserrat, <b><u>adonde tenía determinado</u></b> dejar sus vestidos y vestirse las armas de <b><u>Cristo</u></b>. Pues partido de este lugar, fuese, según su costumbre, <b>pensando</b> en sus propósitos; y llegado a Montserrat, después de hecha oración y concertado con el confesor, <b><u>se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días</u></b>; y concertó con el confesor que <b><u>mandase</u></b> recoger la mula, y que la <b><u>espada y el puñal colgase en la iglesia en el altar de nuestra Señora</u></b>. Y éste fue el primer hombre a quien descubrió su determinación, porque hasta entonces a ningún confesor lo había descubierto. (R, 17)</p>	<p><i>Es Montserrat un monasterio de los religiosos de san Benito, una jornada de Barcelona, lugar de grandísima devoción, dedicado a la Madre de Dios y celebrado en toda la cristiandad por los continuos milagros y por el gran concurso de gentes que de todas partes vienen a él a pedir favores, o hacer <b>gracias</b> de los recibidos, a la santísima Virgen nuestra Señora, que allí es tan señaladamente reverenciada. A este santo lugar llegó nuestro Ignacio, y lo primero que hizo fue buscar un escogido confesor, como enfermo que busca el mejor médico para curarse. <u>Confesóse generalmente de toda su vida, por escrito y con mucho cuidado, y duró la confesión tres días, con un religioso principal de aquella santa casa y gran siervo de Dios y conocido y reverenciado por tal, francés de nación, que se llamaba fray Juan Chanones; el cual fue el primero a quien, como a padre y maestro espiritual, descubrió Ignacio sus propósitos y intentos. Dejó al monesterio su cabalgadura; la espada y daga de que antes se habíapreciado y con que había servido al mundo, hizo colgar delante del altar de nuestra Señora.</u> (Vida I, IV)</i></p>

La vuelta del ventero de la caballeriza (“y, acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba”) coincide, pues, con la donación al monasterio de la cabalgadura de Iñigo. Y el despojo de las piezas de la armadura (“le habían quitado el peto y el espaldar”) con el cuelgue de las armas en el altar

RELATO-VIDA	QUIJOTE
<p>-adonde tenía determinado <u>dejar sus vestidos</u> y vestirse las armas de Cristo - <i>la espada y daga de que antes se habíapreciado y con que había servido al</i></p>	<p>al cual estaban <u>desarmando</u> las doncellas</p>

<sup>660</sup> RAE

Se trata en ambos casos de una continuación del proceso de limpieza e investidura previo a la vela de armas realizada tanto por Loyola como por don Quijote.

Según Ribadeneyra, con la primera confesión general (“*Confesóse enteramente*”) Iñigo “*se armó de las verdaderas armas*”, es decir, se despojó de las antiguas armas militares para equiparse con las espirituales que caracterizarán su nueva figura. Pero ¿lo hizo realmente? ¿Por qué nueve meses después de aquella primera confesión realizó, en Montserrat, otra ‘general’ que duró tres días?

La clave la ofrece el sutilísimo narrador al referirse, en el no menos simbólico desarme de don Quijote (“al cual estaban desarmando”), a la reconciliación con las doncellas (“las doncellas, que ya se habían reconciliado con él”) pues, además del sentido más común de restablecer relaciones dañadas, ‘reconciliarse’ también significa volver a confesarse cuando se ha olvidado algún pecado<sup>661</sup>.

La reanudación de relaciones con las irónicamente denominadas ‘doncellas’ resulta una maravillosa referencia al pasado de un Iñigo que, como viejo soldado, debió olvidar, en aquella primera confesión de urgencia, importantes pecados, tal vez prostibularios, que ahora, en los tres días que duró la confesión de Montserrat, afloran en su mente para ‘reconciliar’ con el confesor.

Es precisamente la acción de ‘*servir al mundo*’ especificada por Ribadeneyra (“*la espada y daga de que antes se habíapreciado y con que había servido al mundo*”) la que sugiere a Cervantes la idea pecaminosa con las supuestas doncellas que representan el pasado ‘mundano’ de Iñigo. Un asunto de gran trascendencia en la vida de Loyola en estos primeros momentos de su andadura pues, como se verá más adelante, vivió en Manresa una fuerte crisis de remordimientos y escrúpulos.

En general, puede decirse que se establece una relación simbólica entre las confesiones y la sucesión de circunstancias que ‘desarman’, definitivamente, a Iñigo para la milicia, y el trabajo de las ‘señoras’ que, aunque desarman, parcialmente, a don Quijote, lo predisponen para la investidura de caballero.

En ese sentido resulta fundamental la utilización, hasta tres veces en el fragmento de la novela, del verbo ‘desarmar’ con el que, metafóricamente, se alude al proceso de desmilitarización de Iñigo, iniciado en el momento de la herida de Pamplona y finalizado en Montserrat con el cambio de vestidos y la vela de armas ante la virgen.

Por esa razón, gran parte del complejo fragmento del narrador se haya profundamente relacionado con las circunstancias quirúrgicas de Iñigo. Dos referentes señalan el momento de la Vida donde se narran las vicisitudes de Loyola y sus piernas.

El primero (**desencajarle** la gola) alude al punto en que los cirujanos acuerdan recomponer los huesos mal encajados de Iñigo (*la pierna se había otra vez de **desencajar***). El segundo (“ni quitalle la **contrahecha** celada”) evoca el estado en que quedó dicha pierna (*quedaba corta y **contrahecha***)

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>Llamáronse nuevos médicos y cirujanos, <b>los cuales</b> fueron de parecer que la pierna se había otra vez de <b>desencajar</b></i>	<b>las cuales</b> , aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron <b>desencajarle</b> la gola
<i>quedaba corta y <b>contrahecha</b>, de suerte que no podía andar</i>	ni quitalle la <b>contrahecha</b> celada

<sup>661</sup> “En el Sacramento de la Penitencia, después que uno se ha confesado, si se acuerda de algún pecado y buebe a los pies del confesor, se llama esto reconciliarse”. Covarrubias 1993.

Las doncellas cumplen, pues, ahora una función paralela a la de los médicos. En uno y otro caso actúan como sujetos (*los cuales/las cuales*) del verbo desencajar; igual que las actuaciones de los médicos predisponen a Iñigo para dar el paso definitivo que le convertirá en Ignacio, las actuaciones de las putas predisponen a Alonso Quijano para la vela de armas que le convertirá 'legalmente' en don Quijote.

Las mujeres, empeñadas en desarmarle, aunque tratan de "desencajarle la gola", no pueden

las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitalle la contrahecha celada.

Le han despojado de la armadura del pecho y de la espalda, pero no del conjunto atado que forman la gola y la celada, símbolos del complejo embrollo espiritual que tiene Loyola en la cabeza y que se sostiene gracias a unas "cintas verdes" de las que nada se dijo hasta ahora

las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitalle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los nudos

Sabemos de unas barras de hierro para reforzar la estructura de la celada que aludían, simbólicamente, a las disciplinas corporales con las que se mortificaba Ignacio desde la salida. Ahora aparecen estas cintas verdes que, al ir atadas a la gola, hacen de ella y la celada una especie de pieza única e inseparable.

Curiosamente 'la cinta', según Covarrubias, "es símbolo de castidad", de forma que estas cintas verdes vienen a corroborar que la "contrahecha celada", el endeble proyecto de espiritualidad de Ignacio, se sostiene gracias al compromiso de castidad adquirido desde el momento de la 'visitación' de la virgen en la casa-torre.

El hecho de que en la novela sean precisamente prostitutas las que intentan, inútilmente, quitar la celada, refuerza la idea de castidad que enarbola don Quijote con su oposición. La negativa a cortar los nudos que unen ambas piezas da idea de la voluntad de seguir, de conformarse, por ahora, con la débil armadura conseguida, la única que tiene y a la que se niega a renunciar.

No es casual que la dificultad en separar ambas piezas estribe en que se hayan atadas con unos fuertes nudos ("por no poderse quitar los nudos"), porque 'nudo' también significa "la cuestión dificultosa, que no se puede fácilmente desatar"<sup>662</sup>, algo semejante al 'voto' de castidad, un compromiso de difícil disolución.

En definitiva, de la misma manera que Iñigo, para seguir en el mundo, se puso en manos de los doctores sin temor a los fuertes dolores que le amenazaban, don Quijote se niega a despojarse de la incomoda celada que le transformará en caballero andante. Ambos protagonistas están dispuestos a sufrir cuanto sea necesario para conseguir sus proyectos: Iñigo, a pesar de los temores infundidos por los médicos, determina martirizarse ("y todavía él se determinó martirizarse por su propio gusto"), someterse a una nueva operación por motivos estéticos; es un tozudo, tiene claro lo que desea, seguir el mundo, vivir como un caballero, por eso, a pesar de las dolorosas advertencias de los cirujanos, se pone de nuevo en sus manos.

Don Quijote también determina martirizarse. Aunque quieren cortarle las cintas para que pueda comer y airearse, él prefiere sacrificarse, sufrir lo que haga falta con tal de ser un perfecto caballero.

La analogía entre ambas personalidades, la testarudez de uno y otro cuando se proponen llevar algo a cabo, aparece también ratificada por otra expresión existente en ambos textos

---

<sup>662</sup> Tesoro 1993.

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>Quisiéronle atar para hacer este sacrificio y <b>no lo consintió</b>, pareciéndole cosa indigna de su ánimo generoso</i>	mas <b>él no lo quiso consentir</b> en ninguna manera y, así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta

La negativa de don Quijote a que se corten las cintas para quitarle la celada se inspira, pues, en la de Iñigo a que le aten para ser operado. Se establece una especie de paralelismo quiasmático entre el negarse a ser atado de Iñigo y el negarse a ser desatado de don Quijote, para darnos a entender que los dos muestran una gran seguridad en sí mismos y un disciplinado espíritu de sacrificio pues, a fin de cuentas, se trata, en los dos casos, de soportar estoicamente situaciones dolorosas que, ambos narradores, cada uno en su estilo, resumen con una descripción final caracterizada por la resignación de los protagonistas

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>Y estúvose con el mismo semblante y constancia, que arriba dijimos, así suelto y desatado, <b>sin menearse, ni boquear, ni dar alguna muestra de flaqueza de corazón</b></i>	y, así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y estraña figura que se pudiera pensar

Ribadeneyra insiste en presentarnos a Loyola como un superhombre capaz de soportar las más duras y cruentas intervenciones médicas sin inmutarse, sin moverse, ¡sin ni siquiera abrir la boca ni mostrar la más mínima debilidad!

Y así como Loyola llegó al monasterio con la determinación de velar las armas toda la noche, con una idea preconcebida que no llevará a cabo hasta después de confesarse durante tres días, don Quijote permaneció toda la noche con la celada puesta, con la misma idea predeterminada de realizar una larga vigilia preparatoria para la vela de armas que le convertirá formalmente en caballero. Los referentes señalan claramente la intencionalidad paródica

<b>RELATO</b>	<b>QUIJOTE</b>
<b>y así se</b> determinó de velar sus <u>armas</u> <b>toda una noche</b>	<b>y, así, se</b> quedó <b>toda aquella noche</b> con la celada puesta

Añade el narrador una conclusión (“era la más graciosa y estraña figura que se pudiera pensar”) válida tanto para la actitud y aspecto de Loyola en el monasterio, como para la de don Quijote en la venta. Quizás tampoco sea casual la utilización del vocablo ‘graciosa’ con el que vuelve a converger la intencionalidad espiritual de ambos caballeros

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>de todas partes vienen a él a pedir favores, o hacer <b>gracias</b> de los recibidos, a la santísima Virgen nuestra Señora</i>	era la más <b>graciosa</b> y estraña figura que se pudiera pensar

Al margen de la bufonesca estampa que ofrece la enrevesada figura, don Quijote aspira en la venta a alcanzar un ‘don’, una ‘gracia’ semejante a la supuestamente alcanzada por

Loyola, al menos eso llevaba él ampliamente meditado, ‘pensado’, antes de llegar a Montserrat

RELATO	QUIJOTE
veníanle algunas cosas al <b>pensamiento</b> semejantes a aquellas; <u>y así se</u> determinó de velar sus <u>armas toda una noche</u>	la más <b>graciosa</b> y estraña figura que se pudiera <b>pensar</b>

En conclusión, Loyola, vestido como un cortesano, se presenta en el monasterio dispuesto a desprenderse doblemente de su pasado. Primero, realizando una confesión general que le limpie de los viejos pecados y, después, cambiando las antiguas armas y el vestido por las nuevas armas que son el voto de castidad, el deseo de limpieza general, y el nuevo vestido de peregrino. En él conviven las dos personalidades que revelan el traje externo y las intenciones internas que le han conducido al monasterio.

Don Quijote, vestido como caballero, se desprende en la venta de toda la armadura, salvo de la parte correspondiente a la celada, es decir, a la cabeza, que representa, junto con la gola, el todo, independiente del cuerpo, donde se guarda la esencia del nuevo caballero, el nuevo proyecto de espiritualidad que, como vimos, representaba la celada. Por eso, el intento de las doncellas de desnudar a don Quijote no puede llevarse a cabo en su integridad. Gola y celada son el símbolo del nuevo peregrino, las nuevas armas con las que Ignacio salió ya de casa, de ahí el rotundo “jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola” con el que se sugiere el permanente compromiso de castidad, la imposibilidad de sacarle de la cabeza una decisión tan firme.

### PRINCIPALES SEÑORAS

Mientras las damas continúan desarmando a don Quijote, acuden a su imaginación nuevos pensamientos librescos

y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

-<<Nunca fuera caballero  
de damas tan bien servido  
como fuera don Quijote  
cuando de su aldea vino:  
doncellas curaban dél;  
princesas, del su rocino>>,

o Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; que, puesto que no quisiera **descubrirme** fasta que las fazañas fechas en vuestro **servicio** y pro me **descubrieran**, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me **manden** y yo **obedezca**, y el **valor** de mi brazo **descubra el deseo que tengo de serviros**

Don Quijote, atendido por unas ‘damas’, les promete, en prueba de agradecimiento y generosidad, hacer en el futuro hazañas en su servicio. Un paso genuinamente caballeresco, libresco, del que también pueden encontrarse retazos en las fuentes ignacianas, concretamente en el Relato, donde aparece un fragmento acomodado a la situación.

Ignacio, camino de Jerusalén, en Italia, se encuentra enfermo a causa de las muchas privaciones; de él cuidan unas señoras principales

Veniendo el invierno, se enfermó de un enfermedad muy recia, y para **curarle** le ha puesto la cibdad en una casa del padre de un Ferrera, que después ha sido criado de Baltasar de Faria; y allí **era curado con mucha diligencia**; y por la devoción que ya tenían **con él** muchas **señoras principales**, le venían a **velar de noche** (R, 34).

Aunque don Quijote está siendo asistido por unas mujeres de la vida, “él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas **principales señoras**”; está acomodando su situación al texto que le sirve de referencia, a una escena semejante en la que Loyola sí está siendo atendido por unas “**señoras principales**” que le velan de noche, a la misma hora que las dos mujeres ayudan a don Quijote, no olvidemos que llegó a la venta “a tiempo que anochecía”.

También Cervantes acomoda la forma en que don Quijote les recita el romance (“les dijo **con mucho donaire**”) a la que era curado Ignacio (“**con mucha diligencia**”) pues, en ambos casos, se pondera la “gracia y buen parecer en lo que se dize o haze”<sup>663</sup>.

Junto a los dos anteriores referentes destaca, también en ambos textos, la presencia del verbo ‘curar’, en el Relato en su doble acepción de ‘sanar’ o ‘cuidar’ (“para curarle” “allí era **curado**”), en el romance, adaptado, con la ambigua acepción ‘cuidar del’ (“doncellas **curaban** dél”).

En definitiva, igual que don Quijote acomoda su situación al romance de Lanzarote, Cervantes acomoda la de don Quijote a ese breve fragmento del Relato, como queda patente en el siguiente cuadro de referentes comunes

RELATO	QUIJOTE
<b>era</b>	<b>eran</b>
con <b>él</b>	dél
<b>curado</b>	<b>curaban</b>
<b>con mucha diligencia</b>	<b>con mucho donaire</b>
muchas <b>señoras principales</b>	algunas <b>principales señoras</b>

Tras recitar los primeros versos del romance, don Quijote descubre su nombre y el de su caballo, y explica que, aunque su intención era guardar el anonimato, se ha visto forzado (“la fuerza de”) a “acomodar al propósito presente este romance viejo”, una información contradictoria con la mostrada hasta aquí, pues desde que salió de casa ha manifestado un deseo constante de ganar honra y fama con sus aventuras. Ahora, según dice, su propósito es guardar el anonimato, acomodar su intención al deseo mostrado por Loyola en los inicios de su salida

-nunca osaba decir de qué tierra ni de qué casa era (R, 3).

-Y en amaneciendo se partió por no ser conocido, y se fue no el camino derecho de Barcelona, donde hallaría muchos que le conociesen (R,18).

-Y lo que más procuraba era encubrir su linaje y su manera de vivir pasada (Vida I, V).

-En este **tiempo** era muy atormentado de la tentación de la vanagloria, de suerte que ni osaba decir quién era ni de dónde era, ni descubrir adónde iba, ni cómo vivía, ni qué pretendía, por no desvanecerse y ser llevado del aire popular y buena reputación, en que por ventura otros le tendrían (Vida I, X).

A pesar de que Ignacio añadirá más adelante a su nombre el sobrenombre de su tierra, en los inicios intentaba no ser conocido, huir “de la vanagloria”, tal vez hasta alcanzar honra y fama de santo por sí mismo, porque la gloria, la fama engrandece al héroe, pero

<sup>663</sup> Covarrubias 1993.



en los santos funciona al revés, el santo debe procurar la humildad, la modestia, etc., pero sin que se note, de ahí la mansedumbre de don Quijote ante las ‘damas’ hasta “que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran”, otro pretexto para imitar las caballerescas imaginaciones de Iñigo durante su convalecencia

**imaginando** lo que había de hacer en **servicio** de una **señora**, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la **señora** no era de vulgar nobleza: no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno destas. (R, 6).

Loyola imagina desde el lecho una fantástica relación con la importante doña Catalina. Don Quijote imagina que las prostitutas que le desarman (“él se **imaginaba** que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban **eran algunas principales señoras** y damas de aquel castillo”) son principales señoras del castillo. Tanto en el Relato como en la novela, las fantasías librescas de sus protagonistas les abstraen de la cruda realidad.

Además del verbo ‘imaginar’, el paralelismo central entre ambos textos es el deseo de realizar hazañas guerreras en nombre de una dama, la única diferencia es que los “hechos de armas” del Relato (“los hechos de armas que haría en su servicio”) se suplen en la novela por el sinónimo “hazañas” (“fazañas fechas en vuestro servicio”), pero toda la frase es una sutil y disimulada transposición exacta del texto del Relato, sin lugar a dudas un fragmento tan caballeresco y literario que demuestra por sí solo la enorme influencia que tales libros ejercieron en la mente de Iñigo antes de la transmutación y cómo, tanto años después, mientras dicta el Relato, vuelven a su memoria los recuerdos y las palabras caballerescas

RELATO	QUIJOTE
<b>imaginando</b>	<b>imaginaba</b>
-lo que había de <u>hacer en servicio</u> de una <u>señora</u> -los <u>hechos de armas que haría en su servicio</u>	las <u>fazañas fechas en vuestro servicio</u>
<b>señora</b>	<b>señoras</b>

Ya hemos visto que el trabajo de imitación e inserción de fragmentos del Relato y la Vida lo explica el narrador cuando dice que don Quijote acomoda su comportamiento al de los libros que imita (“la fuerza de acomodar al **propósito presente** este romance viejo de Lanzarote ha sido causa”), pero en la misma explicación introduce una expresión con la que equipara su actitud con la de Loyola imitando a los santos

*A ninguna destas cosas paraba mientes, sino que abrazado y aferrado con lo que entonces le parecía mejor y más a **propósito de su estado presente**, ponía todo su cuidado y conato en hacer cosas grandes y muy dificultosas para afligir su cuerpo con asperezas y castigos; y esto no por otra razón, sino porque los santos que él había tomado por su dechado y ejemplo habían echado por este camino. (Vida I, III).*

Loyola, ya de peregrino, se esfuerza por “*hacer cosas grandes y muy dificultosas*” igual que hicieron los santos, afligiendo el “*cuerpo con asperezas y castigos*”. Su personalidad no ha cambiado, el mismo que aspiraba a conquistar el corazón de una princesa haciendo grandes hechos en su nombre, ahora, “*a propósito de su estado presente*”, de acuerdo con las nuevas intenciones, quiere hacer “*cosas grandes*” en

“asperezas y castigos” y en pro de la santidad, ¿No ha dicho lo mismo don Quijote al prometer a las doncellas demostrarles el valor de su brazo y los servicios que hará por ellas? ¿No destacará Loyola en su carrera por amparar y socorrer a mujeres de la vida?

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>ni osaba decir quién era ni de dónde era, ni descubrir adónde iba, ni cómo vivía, ni qué pretendía</i>	puesto que <u>no quisiera descubrirme</u> fasta que las fazañas fechas en vuestro <b>servicio</b> y pro me <b>descubrieran</b>
<i>aferrado con lo que entonces le parecía mejor y más a <u>propósito de su estado presente</u>, ponía todo su cuidado y conato en <u>hacer cosas grandes y muy dificultosas</u></i>	<u>la fuerza de acomodar</u> este romance viejo <u>al propósito presente</u>

La humildad de don Quijote, la intención de pasar desapercibido, de no descubrirse hasta que sus hazañas hablen por él, se encuentra, pues, relacionada con el propósito de Loyola de ocultar su historia anterior, los antecedentes que despertaban la curiosidad y admiración de la gente. Leturia, refiriéndose al silencio de Iñigo en la casa-torre, habla del “pánico de que personas conocidas advirtieran su conversión y le tuvieran por santo. La manifestación había de hacerse lejos, donde fuera fácil conservar el anónimo”<sup>664</sup>.

La vanidad de don Quijote en estos primeros capítulos es un detalle más del fino análisis psicológico realizado por Cervantes, una clara alusión a la falta de espiritualidad, a la oscuridad en la que todavía vivía Loyola, incapaz de comprender que la humildad no es solo una renuncia a las cosas materiales, al honor y la fama, sino que es preciso llegar (según Kempis en la *Imitación de Cristo*) hasta el abandono de sí mismo, negarse completamente a sí mismo “sin retener traza alguna de amor a sí. Y cuando haya hecho todo eso que tiene que hacer, entonces habrá que hacerle percibir que no ha hecho nada”<sup>665</sup>.

De manera muy sutil don Quijote está imitando, parodiando las intenciones de Loyola en esos primeros momentos en los que empieza a vislumbrar la espiritualidad, cuando comienza a comprender los límites entre la humildad y la vanidad, esa es ahora, como imitador de los santos, su máxima aspiración, aunque “Dedicarse sin descanso a mantener a raya las ambiciones, ¿acaso no es también una ambición?”<sup>666</sup>.

En definitiva, don Quijote encuentra, como siempre, en su memoria caballerescas un texto, en este caso el romance de Lanzarote, análogo a su situación o, mejor dicho, un texto al que se ve ‘forzado’ a acomodarse y que le obliga a descubrir su nueva identidad “antes de toda sazón”, antes, según él, de que se haya probado su valor y entrega. Toda una arenga caballerescas que el narrador, inmediatamente, calificará de “semejantes retóricas” pues, efectivamente, don Quijote no ha hecho más que seguir de carrerilla los tópicos al uso de los libros de caballerías.

Lo curioso es que don Quijote, al mismo tiempo, nos desvela parte de sus métodos de actuación, cómo acomoda viejos textos a situaciones nuevas y cómo, además, se toma la libertad de introducir pequeñas variantes, en este caso el nombre, para que adquieran sentido, se actualicen. Pero ¿no es eso lo que viene haciendo Cervantes desde el inicio de la novela? ¿No acomoda en cada momento, “al propósito presente”, las fuentes ignacianas y caballerescas?

<sup>664</sup> Leturia 1941: 237.

<sup>665</sup> Meyer 2008: 226.

<sup>666</sup> Aramburu 2011.

## VUESTRAS SEÑORÍAS

Don Quijote concluye el discurso a las damas con una de sus características frases premonitorias

pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros

Aunque sigue hablando con quienes imagina “principales señoras”, ahora se dirige a ellas otorgándoles tratamiento de “vuestras señorías” y vaticinando un futuro en el que se pondrá a sus órdenes (“vuestras señorías me manden y yo obedezca”) y demostrará “el deseo que tengo de serviros”, toda una estrategia cervantina para denunciar el papel de ‘servidor’ de la ortodoxia católica que, indirectamente, le asigna Ribadeneyra a su fundador, y a toda la Compañía, en la *Dedicatoria* de la Vida, dirigida al Inquisidor general Gaspar de Quiroga<sup>667</sup>

*Es tan grande y tan antigua la obligación, y conforme a ella el deseo que toda esta nuestra mínima Compañía de Jesús tiene, de servir a V. S. Ilustrísima, que tengo yo por muy grande merced de Dios N. S. ofrecérseme tan buena ocasión de mostrar este nuestro reconocimiento y deseo, con dirigir a V. S. Ilustrísima el libro de la vida de nuestro padre Ignacio, Padre y fundador de esta nuestra Religión: y con publicarle debajo de su nombre y amparo [...] Y toca a mí hacer esto más que a nadie, así porque, de haberme criado desde niño a los pechos de nuestro padre, soy testigo de la amistad estrecha que entre vuestra Señoría Ilustrísima y él hubo, como por la merced tan conocida que V. Señoría Ilustrísima siempre me hace, como a hijo (aunque indigno) de tal padre.*

Cervantes condensa en unas cuantas frases el tono general de sumisión y encomio, de retórica cortesana que trasciende de la totalidad de la *Dedicatoria*, evocada en la doble frase de don Quijote: “vuestras señorías me manden y yo obedezca”<sup>668</sup>, y “el deseo que tengo de serviros”

VIDA	QUIJOTE
<i>vuestra Señoría</i>	<u>vuestras señorías</u>
<i><u>el deseo que toda esta nuestra mínima Compañía de Jesús tiene, de servir a V. S. Ilustrísima, que tengo</u></i>	<u>el deseo que tengo de serviros</u>

A lo largo de la novela, Cervantes volverá una y otra vez a parodiar este apartado de la Vida que representa y describe, como ningún otro, el cambio de rumbo de la Compañía tras la muerte del fundador, el gran giro ideológico y la traición definitiva al ideario de Loyola.

También llama la atención la vanidosa actitud de don Quijote, presumiendo, ante las damas, del “valor” de su brazo (“el **valor** de mi brazo”) cuando, todavía, no ha hecho algo que lo acredite, claro que, como ya sabemos, habla basándose en unos textos que narran la vida de un hombre que él está interpretando, parodiando, y del que se resalta su valor al inicio de la obra

*Entre los cuales habrá muchas de las empresas señaladas, que siendo él capitán, se han acometido y acabado, y algunos de los encuentros y*

<sup>667</sup> “*Ilustrísimo y reverendísimo señor don Gaspar de Quiroga, Cardenal de la santa iglesia de Roma, Arzobispo de Toledo, primado de las Españas, Canciller mayor de Castilla, Inquisidor Apostólico general contra la herética pravedad y apostasía, en los Reinos de su Majestad, y de su consejo de Estado*” (Vida, *Dedicatoria*)

<sup>668</sup> “*Lo primero, el haberla yo tomado no por mi voluntad, sino por voluntad de quien me puede mandar y a quien tengo obligación de obedecer y respetar en todas las cosas.*” (Vida, *A los Hermanos*)

*persecuciones que con su prudencia y valor se han evitado o resistido (Vida, A los Hermanos).*

Es un detalle más de la minuciosa labor de traslación realizada por Cervantes, de su interés por crear un personaje paralelo e identificable, en todo momento, con Loyola, con los múltiples rasgos que, a lo largo del Relato y la Vida, se obtienen sobre su trayectoria y personalidad.

## CURADILLO Y ABADEJO

Tras el monólogo de don Quijote, interviene de nuevo el narrador

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; solo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

Las mozas califican las palabras de don Quijote como “retóricas”, pero no en el sentido de “modo de hablar con arte y compostura”<sup>669</sup>, sino en el irónico de “sofisterías o razones que no son del caso”<sup>670</sup>, prácticamente lo mismo que podría decirse de la *Dedicatoria*, evocada con los referentes insertados en las últimas frases. Y también porque los jesuitas se han encargado siempre de difundir la idea de un Ignacio de quien se decía “que era el más cortés y comedido hombre.”<sup>671</sup>

Ante tanta cortesía las damas no responden palabra, pero le preguntan a don Quijote “si quería comer alguna cosa”

-Cualquiera yantaría yo -**respondió** don Quijote-, porque, a lo que entiendo, me haría mucho **al caso**.

Tan enrevesada respuesta a pregunta tan elemental, solo adquiere razón de ser en el lenguaje profundo, pues con “a lo que entiendo”, además de hacer referencia a la dura jornada de viaje que lleva en el cuerpo, alude, también, al proceso de imitación, al momento en que Loyola llega al monasterio cansado y hambriento tras tantos días de camino. Don Quijote se imagina, supone, que le corresponde estar hambriento, por eso utiliza para su respuesta una expresión (“a lo que entiendo”) semejante a la ya comentada de la Vida y utilizada por Ribadeneira para deducir, del contenido del Relato, la milagrosa aparición del apóstol<sup>672</sup>.

Sarcásticamente, don Quijote entiende o deduce que, según la situación de Loyola, debería estar hambriento. Además, toda la respuesta se inspira en otro fragmento de los primeros capítulos de la Vida donde dicha expresión aparece asociada a los verbos “hacer” y “responder” y al sinónimo ‘parecer’

*Y aunque le preguntaron quién era, de dónde venía, y cómo se llamaba, a nada desto **respondió**, pareciéndole que no hacía al caso (Vida I, IV).*

Cervantes convierte en estilo directo y pone en boca de don Quijote una expresión atribuida, indirectamente, por Ribadeneira a Loyola

VIDA	QUIJOTE
<b>respondió</b>	<b>respondió</b>
<u>pareciéndole</u>	a lo que <u>entiendo</u>
<b>hacía <u>al caso</u></b>	<b>haría</b> mucho <b><u>al caso</u></b>

La similitud entre ambas frases es una prueba de cómo Cervantes utiliza cualquiera de las respuestas asignadas a Loyola en el Relato o la Vida. En realidad puede decirse que

<sup>669</sup> Covarrubias 1993.

<sup>670</sup> R.A.E.

<sup>671</sup> Dalmases 1986: 222.

<sup>672</sup> “y así se **entiende** que le apareció este glorioso apóstol la noche misma de su mayor necesidad” (Vida I, I)

todas encuentran su reflejo en la novela, es una de las muchas formas de identificación, de gestación del personaje.

Tras la respuesta de don Quijote a las mozas, interviene de nuevo el narrador

A dicha, acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman **abadejo**, y en Andalucía bacallao, y en otras partes **curadillo**, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela, que no había otro pescado que dalle a comer.

El ser viernes parece condicionar el menú de esta venta que, en medio de la llanura manchega, en pleno siglo XVI, ofrece a sus comensales exclusivamente pescado en salazón. Polinous encuentra intencionalidad en estas viandas de viernes y ve en ellas una burla al poder de los clérigos, que aparecen satirizados "con los diminutivos de **curadillo** y **abadejo**"<sup>673</sup>, de hecho, según Covarrubias, los pescadores llamaban a algunos pescados 'abad', 'obispo' o 'fraile', detalle muy acorde con el trasfondo paródico, pues resulta difícil aceptar tal rigor gastronómico en una venta castellana regentada por un caco. Pero no parece extraño que dicha abstinencia sí se consiguiera en el monasterio de Montserrat, donde Loyola llega con la intención, no de comer, sino de alimentarse espiritualmente, de iniciar, con una confesión general y con la asistencia a todos los oficios divinos, su definitiva carrera hacia la santidad. Así lo recordaba una de las personas que conocieron a Loyola en aquella época: "De Iñigo contó años adelante Juan Pascual que durmió aquellas noches vestido y calzado, y que ayunó en Montserrat a pan y agua. La noticia se adapta perfectamente al ambiente"<sup>674</sup>.

La intención del narrador es, pues, sugerirnos la alimentación espiritual de Loyola, su intensa relación con el 'cura' con quien confesó durante tres días (**curadillo**), y con el abad de Montserrat (**abadejo**), dos personajes reales transformados en metáforas alimenticias alusivas al viernes. "Montserrat era, además, el único centro notable en España donde se cultivaba la *devotio moderna*, corriente de espiritualidad venida de los Países Bajos. Esta se caracterizaba por una particular insistencia en la vida interior y el recurso a métodos prácticos para la oración, examen de conciencia, ascesis, etc. En 1500 se publica en la imprenta del monasterio la doble edición, castellana y latina, del *Ejercitatorio de la vida espiritual*, obra del abad Cisneros, que sin duda ayudó a Iñigo a iniciarse en la práctica metódica de la oración"<sup>675</sup>.

También parece, como vimos en el capítulo anterior, que este "*Ejercitatorio*" del abad Cisneros fue base incuestionable de los futuros *Ejercicios espirituales* de Loyola, razón por la que Cervantes, siempre tan socarrón, alimenta a don Quijote, en la venta-castillo-monasterio, de curadillo y abadejo.

Solo dentro de ese contexto, de la relación venta-monasterio, adquiere sentido la interpretación religiosa que, sin explicar por qué, ha venido apreciando parte de la crítica en esas viandas de viernes.

Ambigüedad con la que, por otra parte, Cervantes consigue no solo el objetivo de imitación paródica, sino también establecer una clara diferencia entre la alimentación de la España pobre, o peregrina y, como veremos después, la de los clérigos y acaudalados. A la menguada oferta gastronómica de la venta, don Quijote responde con sencillez e indulgencia

-Como haya muchas truchuelas –respondió don Quijote–, podrán servir de una trucha, porque eso me da que me den ocho reales en sencillos que en una pieza de a ocho. Cuanto más, que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que

---

<sup>673</sup> Polinous 1893: 60.

<sup>674</sup> Leturia 1941: 244.

<sup>675</sup> Gonçalves da Câmara 1983: 38.

es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero, sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.

Según la crítica, don Quijote confunde la ‘truchuela’, o bacalao curado, con la “trucha pequeña”<sup>676</sup>, de ahí el juego de palabras que, ¿casualmente?, vuelve a establecer con el ocho, el mismo número, como vimos, que sirvió de referencia para numerar los días que, en el capítulo primero, tardó en ponerse nombre a sí mismo y, también, el mismo número de capítulos que contiene el Relato incompleto y la primera de las cuatro partes en que se divide el Quijote de 1605.

Concluye don Quijote su extraña disertación culinaria con una especie de máxima militar (“el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas”) que, a pesar de su aparente transparencia, no deja de resultar ambivalente, sobre todo si se interpretan ‘las armas’ en el sentido religioso utilizado permanentemente por Ribadeneyra.

Considerándolo así, el verdadero deseo de don Quijote es no comer, gobernar sus tripas para soportar el “peso de las armas”, tal como el mismo Loyola defiende en los Ejercicios: “en la cuarta regla para ordenarse en el comer, se afirma que la perfecta abstinencia es una disposición para que la persona sienta algunos rayos de conocimiento interno y movimientos consoladores enviados del cielo”<sup>677</sup>.

## CENA EN LA PUERTA

Pusiéronle la mesa a la puerta de la venta por el fresco, y trújole el huésped una porción del mal remojado, y peor cocido bacallao, y un pan tan negro, y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenía puesta la celada, y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daba y ponía, y ansí una de aquellas señoras servía deste menester, mas al darle de beber no fue posible, ni lo fuera, si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas, cuatro, o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote, que estaba en algún famoso castillo, y que le servían con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal, y las ramerías, damas, y el ventero Castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación, y salida. Mas lo que más le fatigaba, era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna, sin recibir la orden de caballería.

Sentado “a la puerta de la venta”, don Quijote recibe de manos del ventero unos alimentos de la peor calidad. El narrador carga especialmente las tintas sobre tal pormenor, al especificar que el bacalao estaba mal remojado, mal desalado y peor cocido, dos circunstancias que lo hacen incomedible. Y no digamos el pan, “negro y mugriento como sus armas”. ¿Las armas de quién? Al ventero ni se le han visto ni se le verán, y las de don Quijote ¿no estaban ya limpias?

No. Aunque en el capítulo uno lo primero que hizo Alonso Quijano fue limpiar las armas de sus bisabuelos, no debió hacerlo bien pues, como comentamos al principio de este capítulo dos, vuelve a insistirse en el asunto: “En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño”, una

---

<sup>676</sup> Murillo 1991: 31: 86.

<sup>677</sup> Suárez 2003: 91.

primera alusión, dijimos, al imperante deseo de Ignacio de confesarse y limpiarse definitivamente en Montserrat, donde, nada más llegar, “después de hecha oración y concertado con el confesor, se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días”, acto al que, simbólicamente, estamos asistiendo. Entre otras razones porque Loyola, como ya sabemos, lleva en mente todo un programa de actuaciones a realizar en el monasterio que deberá concluir con una vela de armas ante la virgen. Precisamente, el rito de la ceremonia de la vela de armas se transmitió a la literatura caballeresca desde “las *Siete Partidas*, de Alfonso el Sabio, en las que se dedican hasta tres leyes a las ceremonias de la investidura de los nuevos caballeros, la XIII, la XIV y la XV de la Partida II, título XXI. La primera describe la limpieza de cuerpo y alma como preparación necesaria a la vela de armas”<sup>678</sup>.

Para cumplir con tal precepto ritual y dando un giro a lo divino de la norma caballeresca, Loyola, antes de velar armas, se confiesa en Montserrat durante tres días; limpia su alma antes de la ceremonia.

Tanto el bacalao “mal remojado y peor cocido” como el pan “negro y mugriento” inciden, con sus rotundos matices negativos, en el pecaminoso pasado de Iñigo que el ventero-confesor, como matrona socrática, muestra ahora a don Quijote para que se lo coma.

Si las armas y su limpieza actuaban en el capítulo primero como símbolo de la pureza espiritual, de la promesa de castidad realizada tras la ‘visitación’ de la virgen, los desabridos y repugnantes alimentos representan ahora la suciedad del pecado.

Precisamente Loyola, tras los primeros conocimientos espirituales adquiridos en Montserrat, inicia en el mismo monasterio, y continúa en Manresa, un largo periodo de zozobra interior a causa de los escrúpulos de sus pecados pasados. Por más que se confiesa, no lograr quedar tranquilo, limpiar su conciencia, hasta que un día el confesor le prohíbe volver a confesarse.

Pero sigamos con la portentosa cena, con la risa que provoca verle comer, “porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba”.

La celada, símbolo de la promesa de castidad y única arma que puede esgrimir en estos momentos de confusión en los que está tratando de limpiarse, no le permite “poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba”, ¿no es una forma simbólica de hacer referencia al sacramento de la comunión? Tras aludir al ‘mugriento’ asunto de la confesión, ahora, con la imposibilidad de tocar con las manos, se hace referencia a la comunión con ‘pan’ e, inmediatamente, con vino

Mas al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horudara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia, a truco de no romper las cintas de la celada.

También el vino lo ‘recibe’ don Quijote de manos del ventero-confesor, que utiliza un artilugio, una especie de alambique que actúa como metáfora del proceso de transformación del vino en sangre que, según los católicos, ocurre con la consagración.

Incluso la actitud de don Quijote recibiendo “todo esto...en paciencia” redundante en la sumisa y humilde disposición propia de quien recibe el sacramento de la comunión. No en vano el narrador ha escogido el vocablo ‘paciencia’, logrando, una vez más, atribuirle a don Quijote otro de los rasgos característicos de Loyola ante las adversidades<sup>679</sup>.

---

<sup>678</sup> Loyola 1947: 18: 150-151.

<sup>679</sup> “todavía él se determinó martirizarse por su propio gusto, aunque su hermano más viejo se espantaba y decía que tal dolor él no se atrevería a sufrir; lo cual el herido sufrió con la sólita **paciencia**.” (R, 4).

En definitiva, el narrador ha descrito a un don Quijote rígido y casi incapacitado para beber y comer por culpa de la parte de la armadura, correspondiente a la cabeza, que no ha querido quitarse para no deshacerla; la tenía tan cogida con alfileres, tan endeble, como la insegura e incipiente espiritualidad de Ignacio. Podría decirse que se trata de una cena ‘asistida’, en cuanto él solo puede tragar como un niño los alimentos, pan y vino, que de manos externas le llegan a la boca como alegoría del sacramento de la comunión. Precisamente el verbo recibir (“todo esto lo **recebía** en paciencia”), aparece, en el mismo tiempo y modo, en un fragmento ya citado de la Vida relacionado con la comida y los sacramentos

*Pedía limosna cada día; pero ni comía carne, ni bebía vino, solamente se sustentaba con pan y agua; y aun esto con tal abstinencia, que si no eran los domingos, todos los demás días ayunaba. Tenía el suelo por cama, pasando la mayor parte de la noche en vela. Confesábase todos los domingos, y **recibía** el santísimo sacramento del altar. (Vida I, V).*

Este fragmento de la Vida resume, de forma genérica, el contenido de la alegórica cena de don Quijote, metáfora de los ayunos y abstinencias realizados por Loyola desde que, prácticamente, salió de casa y que ahora, en Montserrat, aumenta para reforzar, con la confesión y comunión, el objetivo de limpieza espiritual propuesto.

Estando en esto, **llegó** acaso a la venta un castrador de puercos, y así como **llegó**, sonó su silbato de cañas, cuatro, o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote, que estaba en algún famoso castillo, y que le servían con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal, y las rameras, damas, y el ventero Castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada **su determinación**, y salida. Mas lo que más le fatigaba, era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna, sin recibir la orden de caballería”

Como “toda fantasía ha de tener necesariamente su punto de partida en la realidad empírica”<sup>680</sup>, don Quijote aprovecha el posible sonido del silbato de “un castrador de puercos”, para creer que le sirven la cena con música, etc., es decir, sustituye la realidad por su deseada fantasía, porque, igual que Loyola en el monasterio, don Quijote halló en la venta el lugar soñado para cumplir con el primer paso importante en su nueva carrera. Ya sugerimos la posibilidad de que la música escuchada por don Quijote, la propia del castillo y ambiente en que imagina estar cenando, bien podría ser un símbolo de la música religiosa, de las campanas, o la salmodia y el órgano que Loyola soñaba con escuchar, y escuchó, en el monasterio: “a la media noche, previa la llamada mística del campanero que tañía <<con la campana mayor>>, entonaban aquella noche los monjes desde el coro alto de la iglesia el Invitatorio de la Anunciación, y seguían los Maitines y Laudes, coronando con el saludo a la Virgen <<Ave Stella matutina>>...Ignacio, amante siempre hasta las lágrimas del canto litúrgico, debió de cantar entonces extasiado la canción de su Reina y Señora”<sup>681</sup>.

En éxtasis semejante parece encontrarse don Quijote durante la esperpéntica cena, feliz al comprobar que las cosas están saliendo tal y como las había programado, razón por la que “daba por bien empleada **su determinación**”, frase con la que el narrador vuelve a recordar el núcleo paródico, la “determinación” del viaje de Loyola y su estancia en el monasterio, otro claro e ilustrativo referente

---

<sup>680</sup> Castilla 2005: 53.

<sup>681</sup> Leturia 1941: 251.



RELATO	QUIJOTE
Y éste fue el primer hombre a quien descubrió <u>su determinación</u>	y con esto daba por bien empleada <u>su determinación</u>

En definitiva, don Quijote se siente satisfecho por ir cumpliendo el programa de actuaciones previstos, pero al mismo tiempo también se encuentra fatigado, obsesionado con cumplir el requisito definitivo que le transformará en caballero

Mas lo que más le fatigaba, era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna, sin recibir la orden de caballería.

El agobio responde al deseo de acomodar sus pasos, y en el mismo orden, a los de Loyola, de ahí la fatiga, pues el peregrino llegó a Montserrat, confesó, mudó de vestimenta, veló armas y, rápido porque anhelaba salir, emprendió la peregrinación. Don Quijote ha cumplido todos esos requisitos y, ahora, solo le falta el último, velar armas, para poder salir cuanto antes, y legítimamente, en busca de aventuras y de la imitación perfecta.